





# Intimidad, sexo y dinero



Luis Chiozza

# Intimidación, sexo y dinero

¿Alguien sabe quién soy?



libros del  
*Zorzal*

Chiozza, Luis

Intimidad, sexo y dinero. ¿Alguien sabe quién soy?. -  
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del  
Zorzal, 2013.

224 p. ; 13,5x20 cm.

ISBN 978-987-599-306-8

1. Psicoanálisis. I. Título

CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza

© Libros del Zorzal, 2013

Buenos Aires, Argentina

*Printed in Argentina*

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra,  
escribanos a:

<[info@delzorzal.com.ar](mailto:info@delzorzal.com.ar)>

Asimismo, puede consultar nuestra página web:

<[www.delzorzal.com](http://www.delzorzal.com)>

# Índice

Prólogo .....	15
Intimidad .....	21
<b>Capítulo 1. La intimidad custodiada .....</b>	<b>23</b>
La identidad de uno .....	23
Acerca de las vidas pública, privada y secreta .....	27
Los habitantes de la intimidad .....	31
Acerca de la razón y la intuición.....	35
<b>Capítulo 2. El desasosiego interior .....</b>	<b>39</b>
Las fuerzas en pugna .....	39
Los fundamentos íntimos de la conducta .....	42
Los problemas de conciencia.....	44
Los subterfugios de la culpa .....	47
Las alternativas del proceso psicoanalítico .....	49
La crisis axiológica .....	52
<b>Capítulo 3. La incertidumbre de acertar .....</b>	<b>57</b>
La universalidad de los valores.....	57
Acerca de las relaciones entre la razón y la intuición .....	59
Los fundamentos racionales de la certidumbre.....	62
Hasta qué punto se puede confiar en la intuición .....	65
¿Y entonces, cómo? .....	70
<b>Sexo.....</b>	<b>75</b>
<b>Capítulo 4. Sexualidad.....</b>	<b>77</b>
Sexualidad y genitalidad.....	77
El sexo en la evolución de la vida .....	80
¿En qué consiste, entonces, el sexo?.....	83
El gen egoísta.....	86
Sobre la actividad sexual humana.....	91
<b>Capítulo 5. El amor que buscamos y el amor que encontramos.....</b>	<b>95</b>

La unión progenitora .....	95
¿Qué significa amar? .....	97
Sobre lo que nos hace falta .....	100
El encuentro entre el amor y el odio.....	104
<b>Capítulo 6. Entre lo habitual y lo sublime .....</b>	<b>109</b>
La intimidad sexual de cada uno .....	109
¿Qué significa sublimar?.....	112
Condena y defensa de la promiscuidad .....	115
La diferencia entre ser individuo y ser completo.....	118
<b>Dinero .....</b>	<b>121</b>
<b>Capítulo 7. Acerca de las relaciones</b>	
<b>entre el valor y el dinero .....</b>	<b>123</b>
La diferencia entre lo que las cosas son y lo que representan..	123
¿En qué consiste el dinero?.....	125
El valor del dinero y el valor de los bienes .....	128
¿Qué representa el dinero? .....	130
¿Cómo se constituye el valor del dinero? .....	133
<b>Capítulo 8. Las distorsiones en la función del dinero .....</b>	<b>135</b>
Cuando el poder nunca alcanza.....	135
El dinero y la culpa .....	138
El uso perverso del dinero en algunas instituciones .....	140
Algunas distorsiones institucionales frecuentes .....	143
Los excesos del materialismo y el individualismo.....	147
<b>Capítulo 9. Hacia una intimidad saludable</b>	
<b>en una convivencia armónica.....</b>	<b>153</b>
Las relaciones del dinero con la salud y el amor.....	153
La soledad y la compañía .....	157
La necesidad de compartir los valores.....	160
El difícil equilibrio entre la transparencia y la opacidad.....	162
<b>Poder, deber y querer .....</b>	<b>167</b>
<b>Capítulo 10. A manera de epílogo y resumen .....</b>	<b>169</b>
Intimidad, identidad e incertidumbre .....	169
Sexo, genitalidad y convivencia .....	172
Dinero, opacidad y transparencia.....	176
Poder, deber y querer .....	180



<b>Capítulo 11. Relato del filme <i>Appaloosa</i></b> .....	185
La ley y el orden.....	185
Allie.....	188
El malhumor de Allie y la fuga de Bragg .....	193
La cacería.....	196
El ajuste de cuentas.....	199
El indulto .....	202
Un gesto noble.....	204
<b>Capítulo 13. La quintaesencia de</b>	
<b>convivir mejor.....</b>	209
La diferencia entre amistad y relación amistosa .....	209
La mujer .....	213
Poder, deber y querer .....	216
<b>Índice de autores citados.....</b>	221



Para Silvana, que me inició en el amor paterno,  
con admiración y gratitud.



...el hombre civilizado actual observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en las cuestiones sexuales, procediendo con el mismo doblez, el mismo falso pudor y la misma hipocresía.

Sigmund Freud, “La iniciación del tratamiento”



# Prólogo

Los libros, como las personas, tienen una historia que explica, en parte, su manera de ser, aunque no siempre pueda decirse que los justifica. Antonio Porchia escribió en *Voces*: “Las cosas, unas conducen a otras. Son como caminos, y son como caminos que sólo conducen a otros caminos”. Así nació este libro, a continuación de otro (*El interés en la vida*) en el cual me ocupaba, fundamentalmente, de lo que su subtítulo expresa (que sólo se puede ser siendo con otros) y de la crisis actual, tanto en lo que atañe a los valores como en todas las formas de la convivencia.

Vivimos en una época que, desde un punto de vista, nos fascina con sus adelantos científicos y tecnológicos, algunos de los cuales no sólo nos deleitan sino que, además, nos permiten resolver cuestiones espinosas y difíciles entre aquellas que nos deparan dificultades, sufrimientos o enfermedades. Desde otro punto de vista, sin embargo, también es cierto que sufrimos hoy calamidades antiguas que en nada han mejorado, a las que se agregan otras nuevas que a veces conducen a temer por el destino de la raza humana. Duele ver que eso suceda pero, dado que me he dedicado al psicoanálisis, es muy poco lo que, de una manera solvente y seria, podría decir acerca de ideas filosóficas, sociológicas, económicas

o políticas, que pudieran contribuir a mejorar la crisis general que nos aqueja. Un tema sobre el cual, además, se ha escrito tanto. Este libro, como continuación de *El interés en la vida*, no se justificaría, pues, si no fuera por otra circunstancia.

También duele ver la escasa participación que tiene el psicoanálisis (excepto con algunos, muy pocos, de sus conceptos esenciales) en los frecuentes intercambios entre distintas ramas del conocimiento que se influyen y se enriquecen recíprocamente en campos interdisciplinarios. Más allá de las razones que conducen a que así suceda, importa subrayar ahora que hay trastornos en las colectividades y en las instituciones, que el psicoanálisis puede ayudar a comprender a partir de lo que sucede en las personas. Profundizar en los temas abordados en *El interés en la vida* me ha llevado pues a escribir *Intimidad, sexo y dinero*, tres asuntos que se entretajan de manera muy estrecha en la convivencia humana, que se expresan con ocultamientos y reservas en las vidas pública, privada y secreta, y que conducen al conmovedor enigma de la identidad, al cual alude el subtítulo: *¿Alguien sabe quién soy?* No cabe duda de que si la pregunta surge, es porque nace de la esperanza que nos sostiene cuando sufrimos sintiéndonos diferentes, incomprendidos y solos.

Detrás de cada ventana hay un mundo. El mundo particular de una persona o el mundo particular de una familia. Y en los mundos distintos de tantas ventanas, siempre habrá un lugar donde se esconden maneras de



vivir que nunca imaginamos, caminos que tal vez jamás recorreremos, que pueden despertar fantasías, temores y anhelos ocultos que llevamos dormidos. Es un mundo íntimo, que cada uno lleva “debajo de la piel”, y cuyas “ventanas” son nuestros sentidos, nuestras actitudes, nuestros gestos y nuestras palabras. Se trata de un mundo que, más allá de los innumerables aspectos que suele adoptar, es el reino indiscutido de dos grandes señores —el sexo y el dinero— que, estrechamente relacionados entre sí, funcionan como los motivos poderosos que alimentan su movimiento.

La indagación psicoanalítica en los tres asuntos que se mencionan en el título —intimidad, sexo y dinero— nos ha llevado a la necesidad de nutrirnos en conceptos desarrollados en otras disciplinas, muchos de los cuales, dado que subvierten ideas que son clásicas, contribuyen, desde un nuevo ángulo, a enriquecer el psicoanálisis.

Entre los bienes que pueden disfrutarse, hay algunos que, como el azúcar, pueden utilizarse a medida que se adquieren, aunque no se haya reunido la cantidad necesaria para satisfacer por completo la demanda. Pero hay otros, como, por ejemplo, una bicicleta, que si se adquieren por partes, sólo pueden funcionar cuando se los ha integrado. Aunque los conceptos que se desarrollan en este libro pueden ser comprendidos mientras se recorren sus páginas, hay una parte de su contenido que surge de su conjunto entero, y que sólo “funciona” cuando se ha completado. ¿En qué consiste pues ese “contenido” que, como el hilo rojo que recorre los

cabos de la marina inglesa y los caracteriza, impregna el trasfondo de las páginas que conforman este libro?

La cuestión prosigue en el camino de lo que decíamos en *El interés en la vida*, donde citábamos a Maurice Maeterlinck, quien escribe que cuando una abeja sale de la colmena, “se sumerge un instante en el espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas; pero, bajo pena de muerte, es menester que a intervalos regulares vuelva a respirar la multitud, lo mismo que el nadador sale a respirar el aire. Aislada, provista de víveres abundantes, y en la temperatura más favorable, expira al cabo de pocos días, no de hambre ni de frío, sino de soledad”. Llegamos entonces a percibir, a través de la metáfora de la abeja y su colmena, que no sólo se trata de que el cuerpo y el alma sean dos aspectos, inseparables, de una misma vida y que, más allá de las apariencias, cuando se enfermen, siempre se enfermen juntos. Se trata sobre todo de que los seres vivos “sólo pueden ser siendo con otros”, y que esa, su forma de ser conviviendo, constituye su espíritu. Un espíritu que, inseparable del cuerpo y del alma, también, cuando se enferman, se enferma con ellos.

El estudio de los fines que la sexualidad persigue nos ha llevado a comprender que la actividad genital destinada a la reproducción no alcanza para satisfacer los poderosos motivos sexuales que impregnan la vida de los seres humanos. La cuestión no se detiene en este punto, porque más allá de la búsqueda del placer que encontramos en el ejercicio de la sexualidad, existen otros desen-

laces que derivan de dos importantes recursos. Uno de ellos es la coartación de la satisfacción “directa”; el otro, la sublimación. El primero da lugar a los sentimientos de amistad, cariño y simpatía. El segundo substituye las metas originales encaminándolas hacia los logros culturales y las buenas obras que enriquecen el espíritu de una comunidad.

Sorprende ahora enfrentarse, de pronto, con que la mayor parte del caudal de los impulsos que surgen de la sexualidad, trascendiendo la finalidad de reproducir individuos de la especie humana, constituya el alimento de los sentimientos que, a despecho de las tendencias destructivas, conducen a la unión y a la colaboración. Son los sentimientos y las actitudes que, junto con el anhelo, insospechadamente pertinaz, de realizar “obras buenas”, nos permiten convivir en una comunidad civilizada. Y no ha de ser casual que una consciencia nueva de la trascendencia de esos valores que la sexualidad motiva nos alcance en una época en donde nos acosan dos perniciosas enfermedades del espíritu: el materialismo y el individualismo.

¿Podremos desandar el camino equivocado que conduce a sobrevalorar —la mayoría de las veces, en secreto— el sexo desaprensivo y el dinero fácil, pensando que constituyen las fuentes primordiales de la satisfacción? Frente a los cada vez más impresionantes panoramas que los estudios interdisciplinarios nos arrojan a la cara, nos damos cuenta de que la pregunta “¿hacia dónde vamos?” no es algo que se puede ver con claridad ni depende

esencialmente de quienes asumen un gobierno o la cátedra de la más sofisticada de las disciplinas. Hoy vemos a la multitud como a una ola con una fuerza propia. Repararnos, pues, en que una cosa es surfear una ola, y otra muy distinta es creer que uno la está conduciendo hacia donde uno quiere. Pero también es cierto que no sólo hay olas y surfistas, también hay caballos y jinetes; y que si no fuera por Cristóbal Colón, el descubrimiento de América no hubiera sido lo mismo en tiempo y forma.

Finalizamos el libro incluyendo las reflexiones que nos suscita el filme *Appaloosa*, porque las vicisitudes de su trama nos muestran desequilibrios entre el poder, el deber y el querer, que son frecuentes y que se traducen en conflictos de lo que nos pide el cuerpo con lo que llevamos en el alma, o con el espíritu que nos impregna. Sólo me resta agregar lo que ya escribí una vez, hace muchos años, al iniciar el libro *¿Por qué enfermamos?:* “Cómo decir” ha sido siempre el principal problema de toda convivencia, y cada nuevo intento no es más, ni es menos, que una nueva esperanza...

Buenos Aires, diciembre de 2012

# Intimidad



# Capítulo 1

## La intimidad custodiada

### La identidad de uno

En los edificios que veo desde mi ventana, viven personas que no conozco. Sus viviendas se ven, desde lejos, como las celdas de un panal de abejas; con ventanas y antepechos que intentan lucir sus diferencias mínimas, salvaguardando de algún modo ese valor indispensable de toda vida humana que solemos llamar identidad.

A veces, cuando miro esos edificios, me surgen cuestiones como esta: ¿quién usará ese sillón que descansa vacío, habitando el lugar que se divisa, enfrente, a medias perceptible, detrás de una cortina entreabierta? Pienso que la existencia de esa cortina representa muy bien uno de los motivos principales que me llevan a escribir este libro, pero es un asunto —el de la cortina— sobre el que volveré más adelante, porque son otras las preguntas que en este momento atrapan mi atención.

¿Quién será el habitante que “se protege” con ella? ¿Será hombre o mujer? ¿Será joven o estará recorriendo los últimos años de su vida? ¿Cómo transcurrirán sus días? ¿Ha constituido una familia y se reúnen en

la mesa cuando cenan? ¿De qué habla cuando comen? ¿Comparte, en cambio, sus horas hogareñas únicamente con un perro, un gato o con algún canario? ¿Cómo se gana la vida? ¿Cuáles serán sus penurias y sus afanes? ¿En dónde depositará sus esperanzas y en qué consistirán sus logros?

La persona que habita el lugar que contemplo podría ser alguien como yo; o como tú, que estás leyendo ahora este libro porque somos, hasta un cierto punto, “semejantes”. Pero también podría ser muy diferente; alguien que, tanto a ti como a mí, nos desconcierte, nos intrigue o, inclusive, nos disguste.

Sin embargo, se trate de un alma que podamos considerar gemela o de otra cuya diversidad nos sorprenda, se trate de que podamos reconocernos en ella o de que nos encontremos con una manera de vivir que nos resulte extraña o inclusive antipática, en nuestros sentimientos se mezclarán, en proporciones diferentes, la satisfacción y la carencia. Porque en la similitud solemos encontrar compañía, pero también a veces la sensación de encierro y la noción de una carencia, que surgen de un convivir monótono, mientras que en las diferencias es frecuente que encontremos soledad e incomprensión, pero también novedad y esperanza.

De acuerdo con lo que afirma el diccionario, la identidad de algo o de alguien se configura como un conjunto peculiar de propiedades que lo caracterizan y distinguen de sus semejantes. También se dice que dos existentes son idénticos cuando son iguales de manera



completa y absoluta. Pero esa igualdad absoluta es un género ideal, ya que en la realidad cada existente sólo es idéntico a sí mismo. Los seres humanos, como las hojas de otoño que tapizan el suelo de un bosque (el ejemplo es de Leibniz), podemos ser muy parecidos, pero nunca idénticos.

Hay veces, sin embargo, en que nos sentimos idénticos con alguien o con otros, hasta alcanzar el punto en que nos encontramos mancomunados en ese tipo de identidad conjunta a la que solemos referirnos usando la palabra “uno”. Uno sufre..., uno se alivia..., uno se esmera... y, como dice Discépolo, “uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias”. Otras veces tú eres tú, y yo soy yo, cada cual a su manera, con una identidad distinta, y sucede, como ya hemos dicho, que eso puede disgustarnos, pero también puede llegar a complacernos.

Nuestra identidad, nuestro modo de ser, adquiere su estructura en un proceso constituido como un conjunto de asimilaciones que denominamos identificaciones. Un proceso mediante el cual “copiamos” algunas de las cualidades que encontramos en las personas con quienes convivimos. Ese proceso adquisitivo, que se inició en el instante en que fuimos una célula surgida del amor que logró la fusión de un espermatozoide con un óvulo, permanece siempre abierto; y sólo concluye cuando concluye nuestra vida.

Conmueve darse cuenta, de pronto, que, en la constitución de nuestra identidad, la importancia de los seres

que nos rodean es tan grande como para que nuestro nombre –uno de los representantes privilegiados de la identidad– sea ante todo, por su origen, y mucho antes de que lo asumamos como nuestro distintivo, la manera en que “se nos llama”. Podemos ser al mismo tiempo, por ejemplo, para nuestros padres, Tito; para algunos amigos, Alberto; y para la empresa en donde trabajamos, el ingeniero González. Y –dicho sea de paso– no ha de ser casual que una de las formas en que se nos llama dependa de la tarea que desempeñamos, porque es la tarea con la que nos inscribimos en la comunidad a la que pertenecemos.

Una parte muy importante de las identificaciones ocurre en la convivencia que pertenece a la vida íntima, que en parte es privada y en parte es secreta. Algunos reflejos de la intimidad que se perciben “desde afuera” configuran una imagen nuestra que continuamente “re-tocamos” para una vida pública, también nuestra, que constantemente nos influye, mejorando o empeorando nuestra propia estima.

Dado que la etimología nos aclara que íntimo es “lo de más adentro”, es atinado pensar que cuando hablamos de nuestra intimidad estamos usando la metáfora de un presunto lugar recóndito (es decir, escondido, reservado y oculto) para aludir a sentimientos, pensamientos y recuerdos que identificamos como nuestros hasta el punto en que nos cuesta separarlos de lo que llamamos “yo”. La experiencia nos muestra que sólo aceptamos compartirlos con muy pocas personas y en

algunas ocasiones, y que vivimos apresados entre la necesidad y la dificultad de lograr “un lugar” en donde nuestros afectos más entrañables puedan florecer en su mejor manera.

Es precisamente allí, en el solar de nuestra convivencia íntima, en donde nuestra vida, como sucede con los farolitos chinos cuando se sopla en ellos, despliega algunas de sus estructuras fundamentales en el proceso con el que nuestra identidad intenta alcanzar la plenitud de su forma.

Es claro que entre aquello que celosamente guardamos y lo que disponemos para presentarnos ante el mundo que habitamos como una persona que se integra en una comunidad social, no existe una delgada línea fronteriza. Existe todo un amplio territorio limítrofe, privado, en donde la familiaridad suele engendrar una familia, y la convivencia estrecha desemboca siempre en amistades y enemistades cercanas.

### **Acerca de las vidas pública, privada y secreta**

La palabra “persona” surge en el teatro antiguo, en donde era el nombre de la máscara que se usaba para caracterizar a los distintos actores del drama representado. Pienso que lo que constituye nuestro carácter, la personalidad que nos hace personas, tiene, como aquella careta teatral, dos superficies. Una destinada a la contemplación exterior, construida y dispuesta para establecer los vínculos que sostienen nuestra imprescindible convivencia pública. Otra interior, colocada de

un modo que se oculta a la vista, como una especie de ámbito privado que se nutre de un armazón “visceral”, escondido, que cotidianamente sustenta y construye a la persona que se integra en el mundo. Entre esas dos superficies, hay un amplio territorio “doméstico” que separa nuestra vida pública de nuestra vida secreta.

Podemos contemplar nuestra máscara desde afuera cuando, como hace Narciso al ver su reflejo en el estanque, procuramos mirar “con otros ojos” nuestra propia imagen, preparada para afrontar el mundo. Más allá de los entornos de esa corteza exterior, prosigue el enorme dominio de una vida pública, en donde nos encontramos con los pensamientos, los sentimientos y los recuerdos que otros seres construyen. A pesar de que entre esos pensamientos, sentimientos y recuerdos ajenos habrá, sin duda, algunos que nos incluyen o que nos incumben, no podemos evitar ignorar a la mayor parte de ellos, ya que pertenecen a una red de magnitud inabarcable.

Vivimos cotidianamente dentro de esa vida pública que necesitamos gestionar, pero también es cierto que todos los días, en breves intervalos, con más decisión por las noches y durante los fines de semana, nos salimos de ella para volver a ingresar en una vida que denominamos privada porque la compartimos con muy pocas personas. En el borde interno del territorio limítrofe, comienza, en cambio, nuestra vida secreta (reservada y oculta) que casi nadie conoce y que, sin solución de continuidad, se interna en zonas de nuestra

intimidad que a veces intuimos y que, en su mayor parte, ignoramos.

En los últimos cincuenta años, ha ganado consenso la idea de que vivimos integrados en una red multifocal y compleja que nos trasciende, y que arroja en nuestra consciencia sólo algunos de sus innumerables reflejos. Una red que no logramos percibir con la mirada más allá del panorama estrecho de nuestro entorno local. Es inútil negarlo, llevados por una arrogancia que pretende hacernos dueños de una independencia que en realidad es ficticia. Vivimos impregnados por un entorno que nos contagia los pensamientos y los hábitos que imaginamos propios. Los integrantes de nuestra original combinación de virtudes y defectos –de la manera de ser que por ser nuestra preferimos o, inclusive, amamos– son lugares comunes, universales y ubicuos. Las “melodías” de cada carácter podrán ser muy distintas, pero las notas que las constituyan siempre serán las del piano que nos ofrece el entorno en la época dentro de la cual vivimos.

Es obvio que los pájaros que vuelan en bandadas, o los peces que integran un cardumen, no perciben la forma que adquiere su conjunto cuando respetan sus distancias relativas. Y, sin embargo, es posible pensar que, como ocurre con una formación de aviones o con una carrera de ciclistas, la configuración que los agrupa es la que mejor penetra en el medio en que se mueven. El hecho de que los conjuntos de seres humanos que espontáneamente se reúnen para un funcionamiento

colectivo se constituyan, como Internet o el hormiguero, de acuerdo con parámetros que están lejos de la consciencia de sus participantes, permite comprender que esos conjuntos organizados no sean igualmente “transparentes” en las distintas direcciones interiores que sus integrantes procuran divisar.

La biología conduce a sostener que la opacidad no es un defecto, sino que, por el contrario, disponer la permeabilidad “comunicativa” en una forma heterogénea, configurando conductos o canales, para lograr que no trascorra en todas direcciones con igual facilidad, es un requisito ineludible de toda organización funcional. Así se establecen, en los seres vivos, las estructuras internas de las células o de los tejidos; de órganos tan complejos como el cerebro o del cuerpo entero. Pero también se establecen, de la misma manera, la trama de la vida en su conjunto, las instituciones sociales, y las interrelaciones minerales que configuran la ecología del planeta que habitamos.

Somos producto de una distribución primordial constitutiva que libera a las tareas habituales de nuestra consciencia humana, de vigilar estructuras y funciones que se controlan a sí mismas. Nuestro interior vive, como el de las células, físicamente “envuelto” con una especie de membrana que lo pone a cubierto de un contacto indiscriminado con el mundo exterior. Nuestra piel, opaca, esconde nuestras vísceras. Nuestros sentidos son ventanas especialmente dedicadas a determinados intercambios. Nuestras ropas esconden nuestra piel y

nuestra forma corporal. ¿Ha de extrañarnos entonces que convivamos usando biombos y cortinas, que nuestras casas se construyan con paredes aislantes salpicadas con algunas ventanas, y que en nuestras habitaciones usemos cerraduras en las puertas y en los muebles?

La cortina a la cual nos referimos, entonces, como símbolo de todas las opacidades, no sólo se nos revela útil, sino que también se nos presenta como imprescindible. Apenas acabamos de encontrarle ese, su fundamental sentido, y ya nos queda claro que todavía falta comprender cuándo y cómo funciona aportando perjuicio o beneficio. Se trata de una cuestión importante que impregnará al libro entero, ya que las opacidades entre la consciencia y lo inconsciente, o entre el mundo y el organismo, se manifiestan de distintas maneras: como represión, como relación del ego con sus tres “amos” (la realidad –sea física o social–, el superyó y el ello), o como formaciones del carácter.

## Los habitantes de la intimidad

Si tuviéramos que elegir un tema en el cual la producción científica (como representante de la percepción objetiva y del pensamiento racional) y la producción artística (como representante de la sensación subjetiva y de la convicción intuitiva) se han encontrado llegando al colmo de la coincidencia o de la disidencia, de la simpatía o de la antipatía, caben pocas dudas de que el sexo es uno de los principales candidatos.

El otro, que le sigue muy de cerca, es el tema del dinero, y no ha de ser casual que ambos sean justamente asuntos principales que generan emociones y recuerdos que sustraemos de la vida pública y, celosamente custodiados, los reservamos para la intimidad. Freud, en “La iniciación del tratamiento”, escribe:

El analista no niega que el dinero debe ser considerado en primera línea como medio para la conservación individual y la adquisición de poderío, pero afirma, además que en su valoración participan poderosos factores sexuales. En apoyo de esta afirmación puede alegar que el hombre civilizado actual observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en las cuestiones sexuales, procediendo con el mismo doblez, el mismo falso pudor y la misma hipocresía.

El significado original de la palabra “sexo” (del latín *sexus*) es el de seccionar o separar. Designa lo que hoy también suele denominarse “género”, es decir, la condición que diferencia “separando” a una gran cantidad de seres vivos en las clases masculina y femenina; pero también a los órganos que se disponen para la unión genital que conduce a una de las formas de la reproducción. Es precisamente el sexo, con su estructura, sus funciones y sus propósitos, lo que nos permite comprender al conjunto de procesos biológicos que, sea que se manifiesten como fenómenos fisiológicos, psicológicos o sociales, denominamos sexualidad.

Dos grandes contribuciones con respecto al tema de la sexualidad nos colocan hoy en una posición privilegiada para poder contemplar, desde cada una de ellas,



un conmovedor encuentro entre la ciencia y el arte, el pensamiento y el sentimiento, la razón y la intuición. Una de esas contribuciones proviene del psicoanálisis; la otra, de la biología fecundada por la semiótica y por las teorías acerca del caos y de la complejidad.

En cuanto al tema del dinero, conviene empezar por subrayar una primera cuestión que nadie ignora. El dinero se constituye, en su origen, como un “medio”, es decir, un instrumento, que facilita el trueque de los bienes. Esa primera cuestión adquiere un valor muy especial si ponemos cuidado en referirla a los bienes verdaderos, aquellos cuyo intercambio saludable permite, en una comunidad, que cada uno de sus miembros disminuya la distancia que existe entre lo que puede producir y lo que necesita consumir.

No se trata –esta última– de una cuestión banal; muy por el contrario, es quizás la cuestión más importante de la vida –que inevitablemente se convive–, el poder disponer de la suficiente sensatez para distinguir entre lo fundamental y lo superfluo, y entre lo saludable y lo dañino, ya que se trata de elegir entre adquirir y desechar, buscar y abandonar, apreciar y despreciar. Y es allí, precisamente, en donde nuestras convicciones se debaten entre la razón y la intuición, en nuestro afán por alcanzar la necesaria certidumbre, siempre riesgosa y siempre esquivada.

Para que un bien se constituya en “verdadero”, ¿es suficiente con que logre satisfacer la necesidad de un particular individuo? Más allá del valor indudable que

puede llegar a tener la satisfacción de una persona, no cabe duda de que esa condición de “verdadero” se alcanza en plenitud cuando el intercambio permite que “cada uno” de los integrantes de una comunidad disminuya en alguna medida la distancia que a veces se establece entre sus posibilidades y sus necesidades.

No me anima, en este punto, entretenerme con utopías ideales que son inalcanzables. Deseo, en cambio, subrayar un hecho que se presenta con una importancia extrema. Si tenemos en cuenta que funcionamos en una red ecosistémica que se ocupa de su propio equilibrio, todo parece indicar que desvestir —como suele decirse— a un santo para vestir a otro, conducirá, tarde o temprano, a enfrentarse con el malestar evadido. Sucede en las pequeñas comunidades y sucede en las naciones. En otras palabras, no podemos desconocer sin consecuencias graves —que aunque se posterguen fatalmente llegan— que obtener un bienestar de alguien produciendo en algún otro un daño, se cobrará su precio en el sistema entero.

La cuestión, sin embargo, es más amplia. A pesar de que tendemos a creer que podremos disfrutar de todos los bienes que —sean materiales o espirituales— logremos adquirir, descubrimos pronto que el límite no sólo pasa por nuestra capacidad para acceder a lo que deseamos, sino que, muy por el contrario, “nuestras posesiones” pierden su “sabor” cuando no podemos compartirlas. ¿Se puede acaso, por ejemplo, colmar la dicha de acariciar a una persona amada cuando esa persona no alcanza a disfrutar de la caricia?

## Acerca de la razón y la intuición

La experiencia nos conduce a pensar que los acontecimientos que se relacionan con el sexo y el dinero son los habitantes que se han enseñoreado en nuestra estancia más íntima, empujando a la superficie otros asuntos que a veces nos parecen, quizás, más importantes, mientras que “en el sótano” se rellenan las venas de esos cuatro gigantes que denominamos envidia, celos, rivalidad y culpa.

Con esos acontecimientos íntimos dominados por el sexo o el dinero, siempre hemos procurado dialogar pulsando a fondo nuestros pensamientos para encontrar un camino entre una maraña de sentimientos y recuerdos que no siempre son nítidos, porque las veces que hemos fracasado, hemos querido olvidarlos ocultándolos detrás de una cortina. Y a veces nos sucede que ese mundo que subyace, inquieto y turbulento, aflora de pronto, precipitándonos en una crisis que perturba nuestra vida estallando como una tormenta inesperada.

Obligados a valorar los resultados de nuestro pensamiento, sobre todo en las circunstancias en que opera exigido por sufrimientos acuciantes, demasiadas veces se ha votado a favor de la razón, ya que, para enfrentar las dificultades de la vida, nada parece más sensato, a primera vista, que optar por un procedimiento razonable. Sin embargo, la experiencia nos muestra que junto a los asuntos que la razón resuelve de manera exitosa, se acumulan algunos en donde sólo la intuición nos ayuda

y, por fin, hay otros que permanecen insolubles, aquellos frente a los cuales una y otra vez fracasamos.

La historia de las relaciones entre la intuición y la razón (o también entre la inducción y la deducción) en la resolución de los problemas que la vida nos plantea, es una historia que recorre la filosofía desde tiempos remotos. Solemos decir, para referirnos a las cosas que no funcionan de manera previsible, que en asuntos como esos la solución “no es matemática”, y sin embargo, precisamente ocurre que en las matemáticas, que constituyen la base operativa de las ciencias duras, las deducciones impecables que la razón establece parten de axiomas indemostrables que surgen de lo que la intuición considera una evidencia indudable.

No ha de ser casual que no sólo desde las matemáticas sino también desde la física y desde la biología se haya llegado a descubrir que hay procesos en los cuales no funcionan los razonamientos que (a partir del cálculo diferencial que formulara Newton) suelen llamarse “lineales”. Para lidiar con esos procesos, los aportes de distintas ciencias confluyen en un campo interdisciplinario que se ocupa de las realidades complejas. Pero lo más importante reside en la complejidad como concepto, porque nos ha llevado a descubrir que algunas intervenciones (de índole médica, económica o política, por ejemplo), cuando operan guiadas por aproximaciones lineales, suelen empeorar los procesos sobre los cuales influimos llevados por la ingenua pretensión de mejorarlos.

Una vez que se ha llegado a la idea de que el razonamiento no siempre puede corregir a la intuición, cabe preguntarse: ¿en qué circunstancias la intervención del pensamiento, como guía de la acción, puede conducir a un error? ¿Qué valor podemos darle a la intuición? Tal vez sea la intuición la que nos dice (como la antena o la feromona del insecto) si estamos procediendo en el “lugar” que nos corresponde dentro de la “formación” compleja que integramos y cuya existencia trasciende nuestra posibilidad de contemplarla.

Sin embargo, son muchas las veces en que tropezamos con el hecho de que nuestra intuición nos engaña. Cuando se esquiá en la nieve, por ejemplo, “el cuerpo nos pide” que lo inclinemos hacia la montaña en un intento intuitivo que procura evitar que nos deslicemos en línea recta por la pendiente, mientras que sólo inclinándolo hacia el valle se puede girar para alcanzar la diagonal buscada. Enfrentados con las complejidades de nuestra vida humana, hemos aprendido, dolorosamente, que en algunas circunstancias el procedimiento efectivo se logra por un camino que nuestra intuición rechaza.

Nos vemos obligados a admitir, a partir de la experiencia, que tanto los procedimientos razonables como los intuitivos son incapaces de garantizar, por sí solos, que una certidumbre es algo más que una ilusión. ¿A cuál procedimiento podemos recurrir, entonces, cuando el raciocinio y la intuición se contradicen? Volveremos más adelante sobre sus desavenencias, a menudo

patológicas, pero adelantaremos una primera conclusión: todo parece sustentar la idea de que, cuando no coinciden, sólo nos resta tolerar la incertidumbre.

## Capítulo 2

# El desasosiego interior

### Las fuerzas en pugna

Cuando pensamos en cómo resolver nuestros problemas, estamos usando el pensamiento en su función verdadera y esencial. De modo que tiene sentido afirmar que, en última instancia, pensamos porque tenemos problemas. Sin embargo, tal vez sea mejor decir que tenemos dificultades, a las que llamamos problemas porque, implícitamente, damos por sentado que se pueden resolver sin más recurso que el razonamiento. Pero, en el fondo, se trata de conciliar afectos, ya que tenemos dificultades porque nuestras acciones —o inhibiciones— están motivadas y “enjuiciadas” por sentimientos que, cuando no colisionan entre sí, se mantienen en un equilibrio inestable.

Cuando nos damos cuenta de que esos sentimientos pertenecen a las cinco categorías que describió Victor von Weizsaecker —querer, deber, poder, “estar obligado a” y “tener permiso de”—, no nos parece extraño que el equilibrio sea precario y que los momentos de paz interior sean más escasos de lo que preferimos creer. Detrás de la cortina que custodia nuestra intimidad, hierve el

caldero en donde se prepara el mejunje destinado a las soluciones cotidianas, pero son muchas las veces en que sus borbotones salpican y alcanzan a traspasar la valla. Son los momentos en que una inquietud que se tiñe con colores de angustia nos avisa que una agitada turbulencia interior amenaza con hacerse pública, estallando, en primer lugar, en nuestra vida privada con las personas que más nos importan.

Es mejor dejar de lado ahora el hecho de que, entre los ingredientes de ese caldero, figuran, en primera plana, la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa. Cuatro gigantes que nos gustaría controlar, pero que, arrinconados desde la más tierna infancia, se instalaron allí para crecer en la sombra sin ceder posiciones. Dejemos de lado también, por ahora, ese extraño vórtice que se forma en el corazón del tornado, y que se siente como la carencia que denominamos “falta”. Una especie de vacío que, como un agujero negro, devora todo lo que incautamente se le acerca. ¿Parece demasiado? Y sin embargo es así, aunque son muchas las veces en que vivimos razonablemente bien, gracias a que logramos que las emociones ligadas a nuestras experiencias dolorosas se guarden en lugares que nunca miramos.

Necesitamos comenzar por identificar los puntos cardinales desde donde operan las fuerzas en pugna. Freud sostuvo que el ego se ve forzado a obedecer a tres amos: la realidad (que nos dice, por ejemplo, que no se puede recorrer en un minuto un kilómetro a pie), la conciencia moral (que se rige por las normas que corresponde a un



yo “superior” o ideal, el superyó) y los impulsos que provienen de un reservorio instintivo (un “ello” que contiene los preceptos acumulados, como “hábitos automáticos”, por la experiencia ancestral). Veremos enseguida que, como ya ha ocurrido con los tres mosqueteros (a los que se agrega D’Artagnan), los amos en realidad son cuatro.

La palabra “moral”, que deriva de *mores*, que significa ‘costumbres’, nos indica que las normas morales son pensamientos consolidados como hábitos consuetudinarios y colectivos. Ortega y Gasset, en *El hombre y la gente*, señala que el verdadero significado del término “sociedad” no reside, como suele pensarse, en el acto de convivir, sino que consiste en ser un producto de la convivencia. La sociedad se configura así como una especie de resto perdurable de una vida compartida; como un conjunto de costumbres y un estilo que constituyen un *corpus* normativo.

El planteo de Ortega aproxima el concepto de sociedad a los de civilización y urbanidad, ya que estos últimos aluden a cualidades que se adquieren educándose en una ciudad, que es el lugar en donde la convivencia se estrecha. Es cierto que una vida rural lleva implícito desarrollar una cultura, es decir, cultivar un conjunto predilecto de modos de vida, pero es en la vida civil, y especialmente en la urbe populosa, en donde las normas sociales son a un mismo tiempo que más necesarias, más complejas y más difíciles. Encontramos, pues, en esa realidad social, el cuarto punto entre los cardinales que tensan la conducta del ego.

## Los fundamentos íntimos de la conducta

Algunos de los movimientos y secreciones viscerales que corresponden a los procesos de excitación del organismo progresan hacia la consciencia, en donde se registran como las sensaciones y los sentimientos que motivan los actos. Esos procesos vegetativos, que son la “materia *prima*” de los afectos, se depositan en la memoria junto con la noción de la importancia que en su momento tuvieron por su vinculación con una determinada cantidad y calidad de sufrimiento o de placer.

Las palabras “importancia”, “valor” y “significancia” aluden, en principio, a un referente común que precede al significado de cosas y experiencias. Porque el significado nace frente a la necesidad de disminuir la intensidad de las inversiones que “cargan” un determinado asunto, para permitir que el pensamiento funcione como un atemperado ensayo de la acción.

La huella de un suceso que se registra en la memoria junto con la importancia que la experiencia tuvo constituye entonces el sustrato de lo que llegará luego a constituirse como un valor moral. Funciona como el fundamento de una ética que establece bondades y maldades nacidas de lo que, según se siente, “hace bien” o “hace mal”. De ahí surge, por ejemplo, el principio moral: “No le hagas a los otros lo que no quieres que te hagan”.

El juicio acerca de lo que está bien –y de lo que está mal– se inicia así a partir de los afectos que configuran las importancias, los valores y los ideales. Afectos similares generarán, entonces, una ética, es decir: los valores

y las normas que una comunidad comparte. Sin embargo, encontramos, en nuestra convivencia, diferentes actitudes y conductas que derivan de normas morales y de rasgos de carácter que difieren, porque han surgido de las distintas vicisitudes de cada vida humana, sometida –quizás hoy como nunca– a un desconcierto ético.

La moral no siempre funciona poniéndose en contra de “lo que pide el cuerpo”. El tema de la relación entre naturaleza y cultura surge, en nuestra época, de pensamientos nuevos. Hoy se admite que no sólo hay natura en la cultura, sino también cultura en la natura, y en un grado que ayer no pudimos siquiera sospechar. Las pulsiones que provienen del reservorio instintivo son preceptos –o “leyes”– que se han acumulado como automatismos decantados por la experiencia ancestral. Operan como normas que provienen del ello, y –tal como sostuvo Freud– el superyó, en parte, también las representa.

Las lenguas latinas utilizan una misma palabra, “conciencia”, para designar, por un lado, al acto cognoscitivo que observa, comprende e interpreta los significados de lo que percibe, siente y quiere, y por el otro, para la noticia de una obligación moral. El primer significado corresponde a lo que en inglés se dice *consciousness*, y en castellano solemos denotarlo escribiendo “consciencia” con una “s” en el medio. Al segundo se refiere el término *conscience*.

La confluencia de ambos significados en una misma palabra, como ocurre en las lenguas romances, no ha

de ser casual. Dado el rol fundamental que la sensación cumple en la consciencia, y la relación existente entre sensaciones y afectos, por un lado, y entre afectos, significancias y valores, por el otro, nada tiene de extraño que la consciencia se constituya, desde sus mismos orígenes, con una intensa connotación moral.

Tampoco ha de resultar extraño entonces que la palabra “falta” conserve en castellano el doble sentido de carencia y de trasgresión de las normas morales. Porque cuando no se respeta una norma, se incurre en la carencia de una cualidad ideal. Pero también, y ante todo, porque la carencia de aquello que “nos falta” transforma la anulación de esa carencia en un valor y un deber que “hace falta” cumplir.

## Los problemas de conciencia

El estudio psicoanalítico del significado inconsciente de las fracturas, la osteoporosis y otros trastornos del sistema óseo nos permitió comprender que los huesos son representantes simbólicos de la función de proteger y sostener estructuras más débiles, y que se adjudican la representación de las normas morales. Eso nos lleva a prestar atención al hecho de que la conducta moral es el producto de una capacidad que se adquiere de tres maneras que permanecen siempre más o menos abiertas y que se combinan en proporciones diferentes en distintas épocas de la vida.

El entorno (se trate de la comunidad o de la familia) impone, en primera instancia (ya en las primeras con-

vivencias infantiles), las reglas morales. Luego, una voz interior, representante de la autoridad de los padres, se configura como una conciencia moral propia, en la cual habita un conjunto de ideales que conforman la imagen de un ego superior, el superyó. Por fin, el ego las incorpora (egosintónicamente) en el carácter, donde dejan de ser normas conscientes para funcionar implícitas en una manera de ser automática.

En nuestros años infantiles más precoces, incluimos en lo que consideramos “yo” todo aquello que nos da placer, y cuando la realidad nos fuerza a reconocer que nuestra madre “va y viene” más allá de nuestro dominio, experimentamos esa “falta” primaria que es la fuente de los celos, de la envidia y del pánico, y que, aunque permanezca cuidadosamente escondida, nos acompañará toda la vida. Nacemos con una disposición a establecer un vínculo filial materno colmado de significancia. En ese vínculo se realiza la impronta que nos deja grabada la figura de la persona que nos ofrece los cuidados maternos. La relación que establecemos con ella configura una emoción y una conducta fundamental que denominamos apego, el cual, contemplado desde la persona que coparticipa en el vínculo, se llama lealtad.

Esa impronta deja huellas indelebles en el carácter y se realiza inexorablemente, sean cuales fueren las cualidades de la persona que ocupa ese lugar, satisfaciendo esa necesidad de identificación en un momento que no admite postergación alguna. En los primeros vínculos, no sólo se aprende cómo hacer algunas cosas, sino que

ante todo se aprende qué cosas se deben o no se deben hacer y, más aún, se deben o no se deben desear, configurando de ese modo nuestros ideales y nuestra imagen del mundo. El efecto de esa impronta indeleble, cuya modificación nos enfrenta con una dificultad extrema, constituye, sin duda, unos de los núcleos fundamentales de la conciencia moral y de la ética que regirá la conducta.

Desde ese punto de vista, el superyó y la conciencia moral se constituyen como dos aspectos de una misma estructura, que contiene representaciones ideales que configuran dos tipos de deudas, deberes, carencias o “faltas”: evitar lo que está mal y alcanzar lo que está bien. Cabe decir, además, acerca de la función que cumplen, que prohibir o exigir, por un lado, y proteger y sostener, por el otro, coinciden, en condiciones saludables, como partes de un solo proceso.

Pero no siempre las condiciones son tan saludables. Las normas que influyen en la conducta de una persona operan sobre su vida desde cuatro ubicaciones diferentes: desde la sociedad que la rodea, desde su propio superyó, desde la instancia que denominamos “ello”, o incorporadas en la forma que ha adquirido su carácter. De más está decir que los preceptos que habitan esas cuatro ubicaciones pueden ser muy semejantes entre sí, pero también pueden ser diferentes hasta llegar al punto de ser contradictorios cuando se intenta llevarlos a la acción. El hecho es que, aunque no se manifieste de manera consciente, con mucha frecuencia entran en

conflicto. Eso es lo que siempre encontramos en el fondo de los motivos que se aducen cuando se recurre a una psicoterapia.

## Los subterfugios de la culpa

Una manera de explorar las vicisitudes del proceso que transcurre entre el litigio y la conciliación de las fuerzas en pugna es prestar atención a los sentimientos que ocurren en las innumerables veces que incurrimos en la trasgresión de los preceptos que, bien o mal, adoptamos. Esos sentimientos confluyen en el ubicuo –y en su mayor parte, reprimido– sentimiento de culpa. Un sentimiento que, en la medida en que crece, disminuye el buen aprecio de nosotros mismos, que solemos denominar autoestima.

Freud describió con perspicacia la situación frecuente en la cual se realiza un delito menor con el fin, inconsciente, de atribuirle un oscuro sentimiento de culpa, precedente, que corresponde a un episodio biográfico reprimido. Dado que, en el intento ilusorio de disminuir el sentimiento de culpa precedente, se elige un delito de importancia menor, la desproporción de la culpa sentida no puede ocultarse. Por ese motivo, el recurso se vuelve inestable y debe repetirse una y otra vez, como sucede, por ejemplo, con la cleptomanía.

Cuando los episodios biográficos reprimidos (que, una vez recordados, “justifican” los sentimientos de culpa) surgen como recuerdos, suelen evocar escenas destructivas que son difíciles de elaborar y que otorgan a la

culpa inconsciente los poderes malignos que frecuentemente se manifiestan como un temor permanente a sufrir un daño o merecer un castigo. Sin embargo, cuando profundizamos en el psicoanálisis de los recuerdos que justifican la culpa, descubrimos que también allí, como en el caso de los delitos menores, la culpa precede al acto indebido. Los verdaderos orígenes de los sentimientos de culpa se pierden de este modo en “la noche de los tiempos”, los cuales, en palabras de Shakespeare, ocultan “la oscura huella de la antigua culpa”.

Un niño pequeño, más allá de ceremonias sacramentales como el bautismo, destinadas a liberarlo de un pecado original, nos muestra una alegría, inmune a los sentimientos de culpa, que solemos designar con la palabra “inocencia”, que no por casualidad se usa como antónimo de la culpa. Sin embargo, bien pronto se introducen en su vida la malicia y la vergüenza, ¿de dónde provienen? ¿Es que el contacto con sus progenitores le inocular culpabilidad? ¿O ese contacto sólo abre las compuertas que mantienen reprimida una culpa inconsciente heredada que el psicoanálisis interpreta como un legado ancestral que coincide con lo que denomina “pulsiones de muerte”?

Lo que valoramos y lo que somos se forjó en la fragua de nuestros afectos entrañables. De allí, y de la confluencia de nuestra naturaleza con nuestra educación, provienen nuestros ideales, nuestra moral y nuestra manera de ser, nuestro carácter. Esa relación recíproca que tienen los afectos con las normas, y ambos con el carácter, nos



ayuda a comprender por qué, cuando nuestra conducta proviene de una moral malsana, el mayor daño ocurre en nuestro trato (maltrato) con las personas que más nos importan. No se pueden cambiar, de pronto, las normas incorporadas en el carácter, para adaptarlas a las distintas importancias que asignamos a cada relación.

Eso nos sorprende, porque hubiéramos dicho, espontáneamente, que podíamos limitarnos a infringir algunas normas morales sólo cuando tratamos con aquellos que apreciamos menos. Que seríamos capaces de proteger a las personas que mejor queremos (y de protegerlos), con mayor eficacia. Pero nos encontramos, de repente, con que no es así. En verdad, cuando uno, dejándose llevar por afectos como la codicia o los celos, ingresa en conductas inmorales, el mayor daño lo ejerce sobre aquellos que le importan mucho.

Cuesta reconocer que los sentimientos antagónicos, que originan las vicisitudes que sufrimos en las relaciones con nuestros semejantes, son universales y que también forman parte, desde la infancia a la vejez, de todos los vínculos en los cuales el amor y la amistad florecen.

## Las alternativas del proceso psicoanalítico

Es muy poco lo que un psicoanalista y su paciente pueden hacer para cambiar las normas que operan en la sociedad dentro de la cual ambos viven, pero también es cierto que ya, en ese punto, cabe distinguir —o por lo menos explorar— una diferencia entre lo que puede concebirse como la realidad de esas normas sociales y

la idea que acerca de ellas el paciente —o el psicoanalista— se ha formado. También es importante explorar la actitud que se asume frente a las normas del entorno que, a pesar de que no se pueden cambiar, a veces no se comparten. Cae por su propio peso, sin embargo, que el grueso de la tarea de una psicoterapia criteriosa se emprenderá sobre el carácter del paciente y también sobre la forma que llegó a adquirir su superyó.

Es obvio que cambiar, aunque sea una parte, del carácter, no es una cuestión fácil ni sencilla. La justificación de la tarea no suele surgir, en primera instancia, de la voluntad expresa del paciente, ya que, por lo general —y a pesar de lo que a veces aduce—, está conforme con la modalidad de su carácter. A eso nos referimos cuando decimos que el carácter es, en su mayor parte, egosintónico. La justificación nace, muy por el contrario, de que a medida que se progresa en el análisis, se va consolidando la convicción de que los sufrimientos que lo aquejan, y que lo conducen a buscar un tratamiento, se encuentran estrechamente vinculados con algunos de los rasgos que conforman su carácter.

A pesar de esa convicción —que opera con más fuerza en el psicoanalista—, a despecho de ella y más allá de lo que a veces se dice, uno ama su manera de ser, construida con esfuerzo a lo largo de la vida. Es natural, entonces, que el paciente se defienda en ese punto en forma tenaz y continuada, construyendo una especie de baluarte frente a las interpretaciones que, cuando se dirigen al carácter, experimenta como acosos. Es un asun-

to que merece reflexión y desarrollos que no podemos emprender ahora, pero es algo que urge realizar.

Suele repetirse que, de acuerdo con Freud, la finalidad del tratamiento psicoanalítico es lograr que el yo asuma como propio algo que anteriormente pertenecía al ello. No es menos cierto que la meta también puede ser encaminarse hacia una reconciliación entre el yo y el superyó. Se comprende muy bien que ambas metas coincidan, dado que el superyó no sólo representa a las normas de la sociedad, sino que además es un representante del ello ante el yo.

Eso en la época de Freud, cuando no cabía duda alguna con respecto a cuáles serían los preceptos consensuales normativos que conformaban ese superyó. La tarea de hoy es más compleja, porque no se trata solamente de conciliar el yo del paciente con los mandatos de un superyó más tolerante, sino también de comprender qué tipo de superyó se ha construido y cómo establece sus valores. La añoranza, que a veces se manifiesta, por un retorno a los valores de antaño, parece minimizar el hecho de que se trata de procesos complejos que no pueden ser recorridos hacia atrás.

De más está decir que las relaciones entre las tendencias del ello, el carácter del ego, el superyó y las normas sociales que la comunidad sostiene, se manifiestan muchas veces a través de conflictos que no siempre son leves. La cuestión se complica porque sucede con frecuencia que las normas que una determinada sociedad manifiesta en forma pública no coinciden con las que

en verdad respeta. Recuerdo que un colega me dijo, con cierta ironía, durante mi visita a una ciudad extranjera, que el semáforo en rojo, en el cruce de calles, era “sólo indicativo”.

## La crisis axiológica

La palabra “axiología” se usa para designar a una teoría acerca de los valores, y hoy se oye decir con frecuencia que vivimos dentro de una crisis axiológica. No se trata, en realidad, como a veces se afirma, de que carecemos de valores, ya que la vida sin ellos es tan inconcebible como el alma de un zombi o la existencia de una brújula sin norte. La crisis surge porque carecemos de un conjunto suficiente de los valores compartidos que configuran la ética de una comunidad social. Tal vez nos hemos despedido de una ética caduca y, lejos aún de constituir una nueva, funcionamos a tientas, con un relativismo moral que nos conduce a que cada cual sostenga valores diferentes o, inclusive, a que una misma persona los sustituya fácilmente frente a un cambio menor de la circunstancia o el momento.

Hay una serie de valores que forman parte de las virtudes “clásicas”: la dignidad, la distinción, la honradez, la autenticidad, la responsabilidad, la fidelidad, la cultura y también la autoridad (entendida como capacidad testimoniada por el hecho de haber sido autor). Nadie diría que esos valores han perdido vigencia, pero más allá de lo que acerca de ellos se diga, hoy suelen ser relativizados, porque en su valoración influye a menudo,

sin demasiado escrúpulo, la idea de que el fin justifica los medios.

Lo mismo ocurre con valores solemnes como la libertad y la justicia, frente a los cuales se suele fingir que no se admite ningún género de condicionamiento. Otros, como el poder —especialmente el que se ejerce sobre otros individuos—, la posesión —sobre todo de bienes materiales—, la supervivencia —medida en cantidad de años—, o el triunfo y la fama, se suelen considerar absolutos. En ese desconcierto cultural, los roles masculino y femenino han cambiado su figura clásica, integrada en las costumbres de antaño, sin haber llegado a establecerse con un perfil nuevo que goce de un consenso ampliamente compartido.

Tanto las normas sociales con las cuales nos encontramos al nacer (que influyeron también en la forma en que fuimos concebidos y en las vicisitudes de nuestra gestación) como los avatares de nuestra convivencia en el mundo que constituye nuestro entorno están condicionados hoy por esa crisis que se manifiesta como una falta de coincidencia y de consenso en la asignación de valores. Es también evidente que la crisis va más allá de un conflicto generacional. Cuando la humanidad, en un cambio evolutivo turbulento cuyo epicentro ocupó centurias, abandonó el predominio de la magia para ingresar en un mundo regido por el predominio del pensamiento racional, sentó las bases de la cultura en la cual durante mucho tiempo vivimos instalados.

En esa cultura, la antigua tribu cedió su lugar a la familia, y la magia se bifurcó en ciencia y religión, pero la mutación fundamental debemos verla en el desarrollo de una nueva consciencia individual, que avaló, en cada ser humano, el sentimiento y la idea de ser el dueño de sí mismo. El desarrollo cultural obtenido fue magnífico y, sin embargo, ya no parecen caber dudas de que nuestra civilización ha ingresado en una crisis de turbulencia semejante a la que caracterizó aquel cambio evolutivo primitivo en el pensamiento de la especie *homo sapiens*.

La crisis actual se manifiesta de dos maneras distintas. Por un lado, una dificultad caótica en el proceso de establecer valores compartidos en el seno de nuestra civilización, dentro de la cual los valores de antaño y especialmente el sostén de los derechos individuales, la ciencia “objetiva” y el desarrollo tecnológico que la acompaña, parecen haber superado su nivel óptimo para ingresar en un extremo de material-ismo y de individual-ismo que genera, frente a la complejidad del mundo, perjuicios incontrolables e imprevistos. Por el otro, el desarrollo de la filosofía y de la ciencia se interna en el descubrimiento de los límites del pensamiento lógico y racional, para acceder a otras formas del pensamiento y del conocimiento, que desdibujan las fronteras de las distintas disciplinas de la ciencia, de la religión y del arte.

Es difícil saber si hemos llegado al epicentro de nuestra turbulencia actual, pero, aunque así fuera, no es aventurado suponer que en el mejor de los casos la

superación de la crisis demandará su tiempo. Mientras tanto, el rayo láser, la fisión atómica, los anticuerpos monoclonales, los pesticidas, el trasplante de órganos, la ingeniería genética, la fertilización asistida, la informática, la investigación farmacológica de las enzimas y los medios de comunicación en red, continuarán enfrentándonos con nuestra enorme dificultad para pensar nuevas leyes sociales, en un mundo cuya evolución y cuyo desarrollo creíamos hasta hace poco que podíamos guiar.

El núcleo de cristalización de la crisis que hoy nos aqueja parece ser un individualismo malsano que, persiguiendo el prestigio, el poder y la riqueza material, incurre en su forma ruinosa. Una forma en la cual el orgullo es sustituido por la vanidad, el amor a los hijos oculta el narcisismo excedido, el amor a la familia oculta el egoísmo, la amistad se transforma en una relación de conveniencia, y el cariño, interpretado como una debilidad, se sustituye por la pasión, por el enamoramiento, o por el intento de poseer a las personas que pretendidamente se ama.





## Capítulo 3

# La incertidumbre de acertar

### La universalidad de los valores

Sabemos que una conducta regida por valores compartidos se logra mediante un proceso cultural de socialización (de educación o de civilización) cuyo núcleo fundamental se adquiere en la infancia, se puede mejorar en la escuela y permanece abierto a los ulteriores progresos que puede otorgar la convivencia durante toda la vida. El núcleo fundamental se constituye, por obra de la convivencia –y de las identificaciones–, gracias a la intervención de los afectos, pero es importante agregar que también influyen los procesos de pensamiento que forman parte de la cultura, y que surgen motivados por las dificultades que –en la vida que compartimos con nuestros semejantes– nos hacen sufrir. Hoy, cuando vivimos dentro de la turbulencia de lo que suele llamarse una crisis axiológica, necesitamos, más que ayer, recurrir al pensamiento para construir una ética mejor.

Acabo de escribir “al pensamiento”, pero, como veremos enseguida, no me refiero únicamente al pensamiento racional. Antes es necesario acometer una cuestión más difícil. Se oye decir, a diestra y siniestra, que

cada cual tiene el derecho de pensar y de vivir a su manera, y que es bueno que cada cual exprese y defienda sus ideas. Nadie niega, sin embargo, que el derecho de cada uno deba finalizar en donde empieza el que tienen los demás. Hasta allí la cuestión, lejos de mostrar algo malo, suena completamente convincente, pero conviene explorarla con mayor detalle.

La inquietud comienza en cuanto reparamos en que si cada cual piensa a su manera, y, más aún, si asume sin mayor cuidado que los pensamientos diferentes son una fuente bienvenida de riqueza, es muy difícil, emprendiendo ese camino, cumplir con el objetivo de llegar a compartir las mismas normas. ¡A menos que pensemos que los pensamientos no influyen en la normas que rigen la conducta! Una conclusión insostenible, porque tanto el pensamiento como las normas encuentran su sentido como intentos de mejorar la acción. Si los pensamientos diferentes no tuvieran consecuencias diferentes, y si esas diferencias no fueran importantes, ¿de qué nos serviría pensar?

Nadie puede sentirse complacido por el hecho de que en una junta médica un profesor opine que hay que operar al paciente, mientras que otro sostiene que la única forma de salvarlo es evitar la cirugía. Debe haber, pues, una “fase” en la que pensar diferente nos enriquece bien, y otra en la cual los pensamientos diferentes nos hacen mucho mal. Una primera fase de “diástole” en donde se incorporan ideas que constituyen los materiales de una construcción en marcha. Y una segunda fase

de “sístole” en donde se construye una sentencia que se materializa en una acción particular. Pero lo que se oye por doquier acerca de las bondades del pensar diferente prescinde de esa distinción de “fases”. Y lo hace hasta el punto en que se niega la existencia de la necesidad de que alguna vez un pensamiento se cierre para llegar a una conclusión, ya que no se puede vivir sin decidir.

En un mundo en que, a pesar de admitir que todo puede ser también de otra manera, no se acepte que exista una verdad que, aunque sea provisoria, se pueda sostener, tampoco existirá un conjunto de normas lo suficientemente universal como para que se pueda compartir. Por fortuna, no es forzoso ni atinado llegar a semejante extremo de un relativismo cognitivo que, bajo el pretexto de una pretendida libertad de pensamiento, esconde la idea absurda de que el pensar carece de valor, ya que cualquiera sea el resultado, da lo mismo. La mejor prueba de que no se puede vivir ni pensar sin asumir una verdad que, aunque sea de modo provisorio, debe ser asumida, la tenemos al alcance de la mano: quienes sostienen que no existen verdades universales, asumen y defienden con ahínco, sin dudas ni escrúpulos, que lo que dicen es una verdad que debemos universalmente compartir.

### **Acerca de las relaciones entre la razón y la intuición**

Hay que aceptar, como conclusión insoslayable, que frente a una misma circunstancia hay pensamientos de

mayor o de menor valor, ya que si así no fuera, el pensar, como función biológica, carecería por completo de sentido. Si se trata de superar la crisis axiológica que surge cuando una comunidad no logra regirse por una ética suficientemente compartida, es obvio que no alcanza con que cada integrante regule su conducta de acuerdo con las normas morales que espontáneamente le dictan sus afectos y sus hábitos. Es necesario, como dijimos antes, recurrir al pensamiento, y ese recurso incluirá seguramente corregir gran parte de lo ya pensado que, cotidianamente, legitimamos sin pensar.

Se trata de un proceso colectivo que, en el mejor de los casos, demandará su tiempo, dado que, como ya ha sucedido en el pasado, lleva implícita nada menos que la evolución “social” de una comunidad. Una comunidad que hoy, en la llamada era de la globalización, incluye como nunca al conjunto entero de la humanidad. En ese proceso complejo, los cambios en la manera de pensar conducirán entonces, sin duda, a cambios en la manera de sentir, que influirán nuevamente en nuestra manera de pensar acerca de las normas que rigen la conducta.

Mientras tanto, urge que nos preguntemos cuáles son los parámetros que pueden ayudarnos a pensar mejor. La función del pensamiento es prever consecuencias y la evolución del intelecto humano nos ha llevado a enfrentarnos con los límites del pensamiento racional. Forman parte de esa evolución los desarrollos matemáticos de Gödel (acerca de los enunciados verdaderos), la

teoría de los *quanta* (que afirma, por ejemplo, que un mismo electrón puede pasar al mismo tiempo por dos orificios separados que pertenecen a un mismo plano), el principio de incertidumbre, de Heisenberg (que ha conducido a sostener que en la trayectoria de las partículas atómicas el único conocimiento posible es estadístico), y las teorías acerca de la complejidad (que han puesto en crisis las relaciones “lineales” entre causas y efectos).

Sabemos que las demostraciones impecables del pensamiento matemático, fundamento de las ciencias duras, se basan en axiomas intuitivos que son indemostrables. Las nuevas teorías, en física y en matemáticas, conducen a pensar de un modo diferente sobre las relaciones entre la deducción y la inducción, o entre la razón y la intuición. De ese modo se descubre una considerable cuota de superstición en la fe depositada en los razonamientos, en los métodos y en las afirmaciones de la ciencia.

Frente a las incertidumbres que un determinado asunto crea, aún suele pensarse que la intuición puede aportar una primera guía, pero que la razón es el tribunal definitivo en donde se zanja una cuestión que, en el fondo, siempre se refiere a la posibilidad de predecir. De vez en cuando se oye que alguien se lamenta por no haber obedecido a una intuición, pero es frecuente que se piense, en esos casos, que no es la razón lo que ha fallado, sino la forma, simplista o defectuosa, en que se la ha ejercido.

Sin embargo, una vez que los nuevos desarrollos han marcado los límites del pensamiento racional y su imposibilidad de contener dentro de sí algunos pensamientos que (como la teoría de los *quanta*, por ejemplo), a pesar de que repugnan a la lógica, han contribuido al progreso científico y tecnológico, ya no se privilegia indiscriminadamente a la razón en su relación con la intuición.

La relación entre la razón y la intuición tiene vínculos estrechos con la que existe entre pensamiento y sentimiento, pero antes de abordarla, son necesarias algunas reflexiones sobre los fundamentos que suelen avalar “racionalmente” la convicción de haber alcanzado una certeza.

## Los fundamentos racionales de la certidumbre

Una de las fuentes racionales de la certidumbre es la inducción, que proviene de la experiencia (o del experimento) y que conduce a afirmar, por ejemplo, que todos los hombres son mortales porque siempre, en todos los casos pretéritos, ha sido así. Por la misma razón, puedo decir que si suelto el vaso que tengo en la mano se caerá sobre la mesa. En realidad, no es seguro que así sea en ninguno de los dos ejemplos, ya que no hay un argumento que pueda avalar que lo que siempre ha sucedido continuará sucediendo en el futuro. Un físico dirá, además, con respecto al vaso, que puede subir, en lugar de caer, si se da el hecho, extremadamente improbable, pero no imposible, de que el movimiento browniano se combine azarosamente para que así suceda. Lo

que se afirma por inducción no es seguro, pero sentimos que es así con una convicción que, en realidad, suele configurarse, intuitivamente, como una certidumbre.

La segunda fuente racional de la certidumbre es la deducción. Una vez que se acepta como verdadero que todos los hombres son mortales, y también que Pedro es un hombre, se llega a la conclusión de que Pedro morirá. Si se asume que las premisas de las cuales partimos son ciertas, y si no cabe duda acerca de la lógica que las relaciona, tampoco se dudará de la conclusión. El pensamiento lógico sobre el cual se apoya la demostración racional no ofrece dudas. Pero es necesario reconocer que, cuando acepto, por ejemplo, que dos cosas que son iguales a una tercera son iguales entre sí, recorro a la evidencia intuitiva de un axioma que carece de demostración.

La tercera fuente racional es la estadística. No otorga una certeza absoluta, pero cuando la probabilidad es muy alta, los resultados estadísticos funcionan, otra vez, como una especie de certidumbre inductiva de este tipo: si una inmensa mayoría de experiencias muestran que el agua hierve, en condiciones normales de presión, a los cien grados, se puede asumir que así sucederá cuando se repitan las mismas condiciones.

Dos pensamientos rigurosos ponen en crisis la confianza en las afirmaciones estadísticas, a las cuales recurrimos cuando carecemos de las experiencias que nos permiten resultados inductivos inconscientes y de las conclusiones de un procedimiento deductivo.

El primero afirma que la estadística es válida para una población, pero nada nos dice acerca de lo que ocurrirá con un caso singular. El pronóstico meteorológico puede afirmar que existe el 70% de probabilidades de que mañana llueva, pero... ¿lloverá? En realidad, si mañana llueve se habrá dado el 100%, y si no, el 0%. La única forma en que es posible (aunque no “probable”) que se confirme el 70% es acumular, por lo menos, 10 casos. ¿Qué pasa, entonces, con la física cuántica, cuyos aciertos son estadísticos? Es cierto que allí se predice lo que sucederá, por ejemplo, con “un” determinado volumen de gas, pero en realidad, lo que se evalúa estadísticamente no es el comportamiento de un caso singular, sino el de la población de partículas que lo constituyen.

El segundo pensamiento (que en realidad ya hemos mencionado) es aún más radical. Sostiene que ignoramos si en el futuro sucederá tal como ha sucedido siempre en el pasado (Nassim Taleb, matemático e investigador en finanzas, ha dedicado un libro, *El cisne negro*, a esta cuestión). Ken Wilber, en *Sexo, ecología y espiritualidad*, señala que la reiterada experiencia de contemplar el emerger misterioso de un orden que surge inesperadamente del caos ha conducido a sostener que la ciencia reestructura la interpretación del pasado, pero es incapaz de predecir el porvenir. El riesgo implícito en la predicción estadística se multiplica si tenemos en cuenta que, inevitablemente, nuestra interpretación de los acontecimientos pretéritos será siempre una foto parcial de los sucesos que ocurrieron. Cuando, por



ejemplo, para evaluar en forma estadística la repetición de un suceso, necesitamos acumular un elevado número de casos, nos vemos obligados a simplificar el pasado y a homologarlos, ignorando la influencia que ejercen las variables que los diferencian entre sí.

En resumen: luego de recorrer los fundamentos racionales de la certidumbre, llegamos a la conclusión de que los razonamientos impecables que surgen de los postulados de la lógica y de las más rigurosas metodologías de la ciencia se apoyan en convicciones intuitivas. Pero... ¿qué grado de confianza podemos otorgarles a nuestras intuiciones?

### Hasta qué punto se puede confiar en la intuición

En una antigua historieta, un hombre le dice a su esposa:

—¿Cómo sabes que es así, como tú dices?

Y la mujer le contesta:

—Me lo asegura mi intuición femenina. ¿Sabes qué es la intuición femenina?

—Sí —responde él—, es aquello que le dice a una mujer que tiene razón cuando no la tiene.

Lo esencial del problema que suscita la intuición (es obvio que más allá de si es femenina o masculina) queda resumido en ese diálogo. Entre todas las frases que escribió François Villon, una de las más citadas (que pertenece a su poema “Ballade du concours de Blois”) es: “*rien ne m'est sûr que la chose incertaine*” (‘nada es más seguro que la incertidumbre’).

Y sin embargo, si uno no se sintiera seguro de cosas como, por ejemplo, que la luz del semáforo se ha cambiado al verde, no podría vivir. ¿Será que hay seguridades —o inseguridades— de distinta clase? Y si es así, ¿en dónde se encuentra la línea divisoria? Dado que nos estamos ocupando de fuerzas que muchas veces se oponen entre sí, podemos preguntarnos: ¿qué clase de seguridad tenemos cuando tenemos que elegir?

La palabra “intuición”, en su origen, posee el significado de “mirar adentro”. Lo que caracteriza a una convicción que “viene de adentro” es esa suerte de “inmunidad” que la coloca más allá de toda duda. En algunas circunstancias, la convicción alcanza un umbral que se caracteriza por que la persona (por no decir “uno”) reacciona con violencia ante todo lo que pueda cuestionar su certeza; y en otras, se manifiesta en una situación, extrema, en la cual se carece por completo de interés en dialogar sobre el asunto.

Como vimos en el apartado anterior, aunque nuestras convicciones surjan como consecuencia de pensamientos racionales, se apoyan, en última instancia, en nuestras intuiciones. La cuestión central se plantea, entonces, cuando, frente a la convicción intuitiva que expresa una persona, uno se pregunta desde afuera (como el marido del diálogo): ¿en qué se apoya su certeza?

También acontece algunas veces que uno mismo experimenta, por ejemplo, la convicción de que ya ha visto (como sucede en la paramnesia denominada *déjà vu*) lo que ahora está viendo, mientras que, al mismo

tiempo, su razón le asegura que es absolutamente imposible que tal cosa haya ocurrido. Los ejemplos abundan. Algo similar sucede cuando se tiene la seguridad de que nunca se ha visto (*jamaís vu*) una persona que evidentemente se conoce, o la situación a la cual se refieren las conocidas palabras de Federico Nietzsche: “He dicho esto, dice la memoria; no pude haberlo dicho, dice el orgullo; y finalmente la memoria cede”.

Basta con describir algunos trastornos típicos observados en pacientes con lesiones cerebrales para comprender mejor la magnitud del problema. Veamos lo que ocurre, por ejemplo, con el fenómeno denominado visión ciega. Un paciente con una destrucción de la corteza occipital (área primaria de la función visual que registra las imágenes de la retina) sufre una forma de ceguera. Sin embargo, gracias a la existencia de conexiones subcorticales, puede adivinar (con un grado mayor de certeza de la que se daría por azar) el lugar de un objeto que conscientemente no ve. En otras palabras, aunque no lo sabe, “ve”. En algunas filmaciones de personas con visión ciega, sorprende verlas caminar entre algunos obstáculos sin tropezar con ellos.

Se ha denominado “disonancia cognitiva” a lo que sucede cuando una persona, por ejemplo, recuerda de pronto un acontecimiento y, al mismo tiempo, está absolutamente segura de que lo que recuerda no puede haber ocurrido. Pero donde esa disonancia alcanza quizás su mayor cualidad dramática es en algunos casos del llamado síndrome de Clotard. En uno de ellos (des-

cripto por Robert Burton), la paciente, luego de haber sufrido una encefalitis viral, siente que está muerta y, aunque puede percibir su pulso y su latido cardíaco, su sentimiento es más fuerte y más “real” que cualquier evidencia contraria.

Los ejemplos mencionados llevan a un punto crítico la cuestión de asignar un valor a la convicción intuitiva. Es claro que, cuando se trata de lesiones neurológicas, podemos pensar que esa cuestión se resuelve considerando que son personas enfermas, y que ese dato es suficiente para establecer un criterio que nos permita saber en cuáles convicciones debemos –o no debemos– confiar. Pero sucede que ese tipo de fenómenos que la enfermedad presenta de una manera impactante se observan atenuados, sin una línea de demarcación que sea neta, en las personas normales. Además, entre la enfermedad groseramente evidente y la salud, existe el extenso y peculiar territorio que denominamos neurosis.

No es difícil comprender que la neurosis influya también, desde lo inconsciente, en nuestras intuiciones. Reparemos una vez más en que una cosa es el saber constituido como un pensamiento o conocimiento de algo, y otra cosa es el sentimiento incuestionable que surge como convicción de que lo que se sabe es verdad, ya que, para decirlo de algún modo, provienen de lugares distintos. Uno habita la consciencia, el otro nos llega desde lo inconsciente, configurado por lo que los neurólogos denominan “redes subyacentes”. Esas redes procesan los ingresos y determinan lo que egresa,

otorgándole inevitablemente esa modalidad propia del prejuicio, para referirse a la cual Bateson utilizaba la palabra *bias*.

Es necesario detenerse un instante en este punto para subrayar un hecho importantísimo que el recorrido realizado y la experiencia de la vida nos revelan. Es posible, y suele ser frecuente, que una persona se instale en una conclusión equivocada (tanto en lo que se refiere a sus recuerdos, o a la evaluación de su entorno, como a alguna de las normas, o de los hábitos, que rigen su conducta) y que la sostenga con una convicción que es impermeable a cualquier pensamiento que pueda cuestionarla. Christopher Chabris y Daniel Simon han dedicado un libro entero —*El gorila invisible*— a esta cuestión.

El asunto se revela más difícil cuando nos damos cuenta de que el aval que un pensamiento colectivo otorga —o niega— no es suficiente garantía para certificar la verdad de aquello que una convicción sostiene. Porque la historia nos enseña que hubo genios que fueron incomprendidos en su época. A veces es difícil diferenciar entre la genialidad y la locura. Un amigo, médico y poeta, Adolfo Camberos, decía que la tragedia de un loco es que un cuerdo no lo comprende y otro loco tampoco. Wilfred Bion sostenía que la diferencia entre un genio y un loco radica en la cantidad de gente que uno y otro logran convencer. ¿Dónde encontraremos entonces un hilo de Ariadna que nos permita salir del laberinto?

## ¿Y entonces, cómo?

“Nada es más seguro que la incertidumbre”, decía Villon... La palabra “inseguridad”, hoy se ha puesto de moda. No sólo para referirse al peligro que deriva del aumento de la criminalidad en las calles de algunas ciudades, sino también con respecto a cosas tan diversas como los depósitos bancarios, el precio de los bienes o de las acciones en la bolsa, el valor de la moneda, el mantenimiento de la palabra empeñada, o la vigencia de lo que está escrito en los contratos.

No cabe duda de que ese tipo de inseguridad es una manifestación más de lo que suele denominarse crisis axiológica, y eso nos lleva a un sentido más profundo de la palabra “inseguridad”. Se trata, precisamente, del sentido “epistemológico” que procuramos explorar en este capítulo y que alude a las dificultades que encontramos cuando intentamos establecer criterios para predecir mejor lo que vendrá.

¿Cómo confiar en la seguridad de esos criterios? El camino recorrido nos señala que la deducción es válida sólo dentro del terreno incompleto que la lógica cubre, y siempre que se apoye sobre inducciones o intuiciones que sean verdaderas (aunque, en general, suelen ser aceptadas cuando son colectivamente compartidas). La inducción científica, tanto la que nace del experimento como la que proviene de la evaluación estadística, puede ser cuestionada. Lo que hoy es ciencia quizás mañana se denominará superstición. Así ha sucedido con cosas tan concretas como que el átomo es indivisible o que la me-

nor distancia entre dos puntos es una línea recta. Las intuiciones que surgen espontáneamente desde lo inconsciente (entre las cuales se cuentan los axiomas evidentes que son indemostrables) también pueden cuestionarse.

Disponemos de tres “recursos”: lo que proviene de la intuición, lo que aconseja la experiencia y lo que dictamina la razón. Son “tres maneras de la vida” a las que solemos representar con el corazón que presiente, el hígado que elabora y el cerebro que cavila. Ninguna de esas maneras, por sí sola, nos asegura la certeza que anhelamos, y la inseguridad nos acomete cuando lo que nos “dicen” (en “disonancia”) no coincide. Pero entonces ¿a cuál procedimiento podemos recurrir? ¿Dónde encontraremos una guía para evaluar el grado de sensatez de nuestras certidumbres?

A pesar de todas las incertidumbres que la exploración epistemológica revela, hay un hecho incontrovertible que es digno de la mayor atención. Uno no podría vivir si no fuera porque en una inmensa mayoría de las veces acierta en el logro de lo que se propone. Se puede enunciar una lista enorme de ejemplos, pero bastará con uno: en un lapso dado, como, por ejemplo, un año, en el cual uno se ha encaminado con frecuencia hacia el lugar donde trabaja, son poquísimas las ocasiones —o tal vez ninguna— en las cuales le ha sucedido que no ha podido llegar.

Se puede abordar el mismo asunto desde la filosofía. Kant, considerado como uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, sostuvo que “la cosa en sí”

es incognoscible, y que sólo logramos conocer lo que, acerca de esa cosa, nuestra consciencia construye. Una afirmación que Freud retoma y que ha permitido desarrollos valiosos. Sin embargo, Ortega ha escrito que ha tenido que permanecer preso en la cárcel de Kant durante diez años antes de poder liberarse, y Schrödinger sostuvo que ese postulado kantiano es una extravagancia. ¿Por qué se han expresado de ese modo? Es posible pensar que la afirmación de Kant tiene un límite. Porque en la medida en que la vida se adapta a las vicisitudes de su entorno para continuar existiendo, posee –“debe” poseer– la capacidad de registrarlo sin incurrir en demasiados errores.

Estamos acostumbrados a observar en el fútbol que, durante la ejecución de un penal, el arquero debe adivinar, contemplando al jugador que patea, hacia dónde dirigirá la pelota, porque si no se arroja antes de que el tiro se inicie, no llegará a detenerlo. Sabemos que eso, en el caso del fútbol, muy pocas veces se logra. Pero hay otras ocasiones en que, como ocurre con algunos jugadores profesionales de béisbol o de tenis, el proceso de adivinación funciona con mayor eficacia.

Estudios que Robert Burton detalla en *On Being Certain* muestran cómo una compleja “computación” inconsciente arroja a la consciencia un resultado que no sólo corrige la distorsión condicionada por los distintos tiempos de reacción del sistema nervioso, sino que, además, permite “ver” anticipadamente (aunque no siempre de manera consciente) dónde estará la pelota en el



momento del impacto. Algo similar ocurre cuando la lagartija lanza su lengua precisamente al punto en donde el insecto que vuela estará cuando la lengua llegue.

Gregory Bateson, en *Espíritu y naturaleza*, hace un uso repetido de un concepto, denominado abducción, formulado por Charles Peirce. Se trata, según Bateson, de una especie de “extensión lateral” –cuya posibilidad es “un tanto misteriosa”– de los componentes abstractos de una descripción sobre otra. Afirma que gracias a ese proceso –que está más difundido de lo que uno tiende a suponer– pueden ocurrir “la metáfora, el sueño, la parábola, la alegoría, todo el arte, toda la ciencia, toda la religión y toda la poesía”. La abducción permite percibir, de manera inconsciente, “la pauta que conecta” acontecimientos que a primera vista parecen disímiles. Dentro de la teoría psicoanalítica, (tal como lo señalamos en “Nuestra contribución al psicoanálisis y la medicina”), utilizamos el nombre de “proceso terciario” para referirnos a un concepto similar).

Thomas Sebeok y Jean Umiker-Sebeok, en *Sherlock Holmes y Charles Peirce*, escriben que la abducción es un tipo de argumentación (que Peirce primero llamó hipótesis y luego abducción o retroducción) indispensable en las matemáticas y en las ciencias. Aunque Peirce algunas veces se ha referido a ella como “inducción vaga” y otras veces como “deducción abductiva”, sostienen que el proceso difiere de la inducción tanto como de la deducción. Se trata de una especie de instinto (o de adivinación) que permite conjeturar (estocásticamente), y que

se apoya en la percepción inconsciente de conexiones entre aspectos del mundo. Peirce afirma que la abducción produce un cierto tipo de emoción que la diferencia de la inducción y de la deducción, y la describe como “una peculiar ensalada cuyos principales ingredientes son su falta de fundamento, su omnipresencia y su valiosa confianza”.

Dado que un ojo no puede observarse a sí mismo, es difícil creer que podamos alguna vez contemplar el proceso completo que a veces nos permite sentir que podemos predecir con certeza y, a continuación, acertar. Cuando sucede, y precisamente porque no podemos observar cómo funciona, solemos denominarlo “adivinar” (de hecho, uno de los escritos en donde Peirce se ocupa de este asunto lleva por título “Guessing”). Cuando, en cambio, la razón, la experiencia y la intuición no se ponen de acuerdo, y nos sentimos perdidos, nuestra opción radica, toda entera, en tolerar la incertidumbre y refugiarse “hasta que aclare” en esa forma de la espera que se llama esperanza.

Sexo



# Capítulo 4

## Sexualidad

### Sexualidad y genitalidad

El significado de separación, al cual remite, por sus orígenes, la palabra “sexo”, nos orienta hacia el hecho de que el conocimiento de la sexualidad debe haber comenzado por la identificación de dos géneros, el masculino y el femenino –en los seres humanos y en los animales– dotados de órganos distintos y complementarios dispuestos para su unión en un acto sexual que, sin duda, podemos considerar que ha funcionado, desde los tiempos más remotos, como un imperativo cuya fuerza conmovedora es imposible desconocer.

Ya consolidado el pensamiento de que, cuando ocurría la gestación de un nuevo individuo de la misma especie, era una consecuencia de la unión de ambos sexos, el acto generador pudo ser denominado genital, y la reproducción llegó a ser considerada como la “razón de ser” del sexo. Agreguemos que el descubrimiento –en seres pluricelulares– de células sexuales especiales que, como el espermatozoide y el óvulo, se denominan gametos, permitió encontrar la diferenciación sexual en algunos vegetales.

Nos hemos referido al acto genital como un imperativo cuya fuerza nos conmueve con sensaciones y sentimientos que son intensos y profundos. El conocimiento científico nos habla de un instinto sexual, es decir, de una tendencia que opera de acuerdo con una pauta heredada. Una tendencia de la que sólo percibimos la parte que llega a nuestra consciencia como un impulso hacia una acción determinada. También sabemos que satisfacer esos impulsos nos produce placer, y contrariarlos, sufrimiento.

La intensidad de los afectos movilizados por el instinto sexual (tales como la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa) y por los actos a través de los cuales se satisface la tendencia instintiva nos explica que haya formado parte del proceso de civilización (como cultura civil); que los pensamientos y los actos sexuales no sólo se preservaran de la vida pública y se reservaran para la intimidad, sino que, además, se procurara, con frecuencia, evitar que la consciencia recordara, a veces, sus detalles. No es un asunto ajeno a esta represión de la sexualidad el hecho, sobre cuya significación retornaremos más adelante, de que los órganos sexuales mantengan en numerosas especies una relación de vecindad (dentro, en algunas, de un espacio que se denomina “cloaca”) con los dispositivos destinados a exonerar a las fétidas y “sucias” excreciones.

Todavía se escuchan ecos del rechazo que despertó el postulado psicoanalítico de que todo placer es de naturaleza sexual. Cuentan que cuando Jung, a su regre-

so de los Estados Unidos, le comentó a Freud que con sólo disminuir un poco la importancia de la sexualidad había logrado que sus conferencias fueran muy bien recibidas, él le respondió que si la hubiese disminuido del todo, el éxito hubiera sido mayor. La intransigencia de Freud revela la importancia que le asignaba al tema. La razón de esa importancia podemos encontrarla en dos hechos fundamentales.

El primero consiste en el descubrimiento de que la excitación que se origina en el funcionamiento de los órganos destinados a la reproducción es una forma particular de una excitación que surge del funcionamiento de todas y cada una de las zonas del cuerpo desde el inicio de la vida. Freud denomina libido a esa excitación vital (erótica) que puede transferirse de un órgano a otro para obtener placer a través de actividades que no están ligadas a la procreación. Para el psicoanálisis, entonces, la sexualidad es más amplia que la genitalidad.

El segundo hecho fundamental —que puede contribuir a explicar el motivo por el que se usa la palabra “sexual” para denominar una excitación general que funciona al servicio de la vida— es que el placer obtenido mediante la satisfacción de necesidades que, como las metabólicas, no son genitales, suele despertar muchas veces un rechazo similar al que se observa frente a los deseos y los actos vinculados al funcionamiento de los órganos destinados a la procreación. Si es cierto que puede experimentarse pudor o repugnancia frente a determinadas actividades que se ejercen con los órganos

genitales, no es menos cierto que esos mismos sentimientos pueden despertarse a veces cuando se contemplan, por ejemplo, algunas maneras de comer.

## El sexo en la evolución de la vida

Ha corrido mucha agua debajo de los puentes desde la época de Freud, y también desde épocas más recientes, en las cuales hemos aprendido que los seres vivos se caracterizan por el hecho de que nacen, crecen, se reproducen y mueren, y que la sexualidad surge como una forma de reproducción mediante la cual un ser viviente genera una réplica que se le asemeja. Los trabajos de Prigogine, Maturana y Margulis, por citar unos pocos entre los más eminentes, han subvertido nuestras ideas tradicionales acerca de la vida y el sexo. La “historia” que nos cuentan nos obliga a repensar muchas cosas.

Comencemos por decir que la vida, que existe en el planeta desde, aproximadamente, 4.500 millones de años, se caracteriza por dos propiedades fundamentales, el metabolismo y la reproducción. Con la palabra “metabolismo” se designan los procesos de transformación en compuestos de carbono que (alimentados por la luz o por la energía química) se traducen en otras dos propiedades fundamentales, el crecimiento y la autopoiesis. Se denomina autopoiesis a la capacidad de crear y mantener la propia identidad a pesar de las perturbaciones que el entorno ocasiona.

No se conocen excepciones, todos los seres vivos se reproducen y son autopoieticos. Funcionan como es-



estructuras en un equilibrio inestable que se caracteriza por conservar su organización expulsando (disipando) su desorden (entropía) hacia el entorno. Su prioridad es continuar existiendo. Otras sustancias químicas, aun aquellas que forman macromoléculas, no tienen prioridades y sufren pasivamente las influencias que reciben. Las partículas virales sólo alcanzan esas propiedades cuando se alojan en una célula viva. La célula es la unidad mínima que es autopoietica y, además, se reproduce.

En la concepción de Maturana no existe algo autopoietico que no esté hecho de agua y de una compleja variedad de componentes de carbono. Todas las entidades autopoieticas están rodeadas por membranas semi-permeables que “eligen” las sustancias que dejan pasar. Todas contienen una larga cadena de ácidos nucleídos –el ADN– que, como las líneas de un manual de instrucciones, constituyen la información que determina la construcción de las distintas proteínas. En términos esquemáticos, podemos decir que las proteínas constituyen la materia de la vida, y que los lípidos y los hidratos de carbono son sus baterías.

El sexo no es un requisito para la autopoiesis, el crecimiento o la reproducción. Margulis y Sagan, en *Origins of Sex*, escriben que el sexo –un proceso característico que sólo encontramos en los organismos vivos– es un complejo conjunto de fenómenos que genera un individuo “nuevo”, porque contiene genes (ADN) que, a menudo, no provienen de una única fuente. Identificamos las fuentes de ese material genético de un nuevo

individuo como sus progenitores. Es crucial comprender –sostienen– que pueden ser más de dos, pero sobre todo que la producción genética de nuevos seres desde diferentes progenitores no tiene necesariamente que llevar implícita la creación de un ser semejante, sino que, por el contrario, con mucha frecuencia se constituye como un proceso completamente diferente de lo que denominamos reproducción.

Dado que la cuestión subvierte las ideas habituales acerca del significado del sexo, conviene referirse un poco más extensamente a lo que esos autores sostienen. La reproducción –escriben– es un incremento en el número de individuos. Mientras que el sexo significa una mezcla de fuentes genéticas (de progenitores), la reproducción resulta en la creación de seres vivientes adicionales. Los seres pueden ser nuevos, en el sentido sexual, y también adicionales, en el sentido reproductivo, y en ese caso, son miembros de una especie que se reproduce sexualmente. Pero esto no necesariamente debe ser siempre así.

El número de fuentes genéticas requeridas para formar un individuo puede variar en un rango que va desde un sólo progenitor asexual –en las especies del género ameba, por ejemplo–, dos progenitores sexuales –como sucede con todos los mamíferos–, o muchos progenitores. Este último caso –que en cierto sentido es “parasexual”– puede observarse en el género *Acrasia*. A ese género pertenece el mohó del cieno, en el cual vemos que cientos de células individuales que viven inde-

pendientes se juntan bajo la influencia de una atracción química y se fusionan para formar una criatura visible sin la ayuda del microscopio. Dado que, como resultado del proceso, no se ha producido un aumento de individuos, sino, por el contrario, han disminuido, no puede hablarse de reproducción, aunque se trata, sin duda, de un evento genético que ha ocurrido con múltiples progenitores. En resumen: la reproducción puede darse sin recurrir al sexo, como en las amebas; y el sexo, sin una reproducción, como en el caso de moho del cieno.

### ¿En qué consiste, entonces, el sexo?

Margulis y Sagan sostienen que con la palabra sexo nos referimos a muchos fenómenos que son distintos aunque pueden ser simultáneos, como una interacción social entre miembros de una especie, la fisiología y endocrinología de los géneros masculino o femenino, la expresión de cromosomas y genes, la motilidad celular y la diferenciación de gametos, la fusión celular, el crecimiento y la muerte, o la replicación y recombinación de los ácidos nucleicos.

Si la función del sexo en la vida fue, desde su nacimiento como proceso, distinta, o más amplia, que la de servir a la reproducción, cabe preguntarse, entonces, cuál es, desde sus orígenes, la finalidad que persigue la actividad sexual. Una sucinta recorrida sobre algunos conceptos que ha desarrollado la biología en las últimas décadas puede ayudarnos a esclarecer esa cuestión.

Los primeros 2.200 millones de años, la vida consistía en bacterias anaeróbicas que desprendían el oxígeno que se acumulaba progresivamente en la atmósfera como una sustancia tóxica. Esas bacterias eran células sin núcleo (procariotas), ya que su ADN formaba parte de su protoplasma sin ninguna membrana que lo separara. Se supone que, en condiciones adversas, esas bacterias procariotas y anaeróbicas se alimentaron unas de otras, con la particularidad de que una tal inclusión (fagocitosis) de una bacteria incorporada como alimento no siempre dio lugar a su destrucción (digestiva), sino que, por el contrario, muchas veces condujo a una asociación (simbiosis) por obra de la cual la bacteria incluida pasó a convertirse en una especie de órgano (organela) de la que la había incorporado.

Miles de millones de años de evolución condujeron a células más complejas constituidas por la simbiosis de bacterias que se desempeñan dentro de esas células como organelas que, rodeadas por su propia membrana (y conservando por lo menos una parte de su ADN original), cumplen funciones específicas. Los cloroplastos, que permiten realizar la fotosíntesis (por obra de la cual, a partir de la luz solar y de elementos minerales se construyen los compuestos de carbono que constituyen la sustancia orgánica), provienen de la incorporación de cianobacterias. La inclusión de proteobacterias origina a las mitocondrias, que obtienen la energía necesaria para el movimiento (mediante la respiración celular –aeróbica– que aprovecha el oxígeno). Las cilias, los flagelos y

las estructuras tubulares que constituyen un citoesqueleto, fundamentales para la realización de movimientos, derivan de la simbiosis con bacterias espiroquetas.

Una característica importante de esas células constituidas por simbiosis es que poseen un núcleo circunscrito por una membrana (son eucariotas). La biología celular (citología) sostiene hoy, con énfasis, que los antecesores de todos y cada uno de los aparatos y sistemas funcionales que conforman un organismo pluricelular complejo pueden ser reconocidos en las estructuras de una célula nucleada. Puede decirse entonces que la membrana semipermeable que la rodea configura su cerebro, y que el núcleo —que contiene el ADN de esa célula— constituye su órgano reproductor.

Dado que la luz solar, requisito imprescindible para la existencia de la vida, es al mismo tiempo fuente de una radiación ultravioleta que la perjudica, nada tiene de extraño que el sobrevivir lleve implícito la capacidad (autopoiética) de reparar constantemente el ADN dañado. El hecho de que la secuencia de ácidos nucleicos que constituyen el código genético (genoma) se disponga en una doble estructura helicoidal, de modo que cada una de las cadenas de esa doble estructura es una “imagen especular” de la otra, permite comprender que cuando una de esas dos secuencias de ADN se daña, su complementaria puede ser utilizada como el modelo necesario para la reparación.

Los autores que estamos resumiendo sostienen que en el mundo canibalístico y promiscuo de la vida micros-

cópica, las bacterias procariotas (móneras) y las células eucariotas (protistas) deben recurrir frecuentemente al intercambio de ADN (genético) a los fines de obtener el modelo necesario cuando sus dos cadenas resultan dañadas por la radiación; un acontecimiento (semejante al “copiar y pegar” de los programas de computadora) especialmente frecuente cuando, en los albores anaeróbicos de la biósfera, no había suficiente oxígeno como para que se constituyera la capa de ozono que protege de la luz ultravioleta. Podemos pensar, entonces, que la evolución de la vida no depende tanto de mutaciones azarosas como de la recombinación genética que constituye la esencia de la sexualidad.

La verdadera y primigenia función del sexo no consiste pues en la reproducción (que puede cumplirse mediante una división asexual, y a cuyo servicio el sexo se presta posteriormente), sino en el intercambio genético que surge de una fusión entre dos seres vivos o de la inclusión que ocurre en uno de ellos de restos de ADN que, como en el caso de los virus, han perdido su propia capacidad autopoiética.

## El gen egoísta

Lewis Thomas, que fue presidente del Memorial Sloan Kettering Cancer Center, en Nueva York, y miembro de la Academia de Medicina, escribe que cuando va a pasear por el bosque, es imposible decidir si es él que ha sacado a respirar aire más sano a sus células y a sus mitocondrias, o si son ellas las que, con idéntico fin, lo

han sacado a respirar a él. Richard Dawkins dedica un libro titulado *El gen egoísta*, que se ha hecho famoso, a la exposición de una cuestión semejante.

Sabemos que los organismos pluricelulares sexuados están constituidos por dos tipos muy diferentes de células. Los gametos (como, por ejemplo, espermatozoides y óvulos) destinados a la reproducción, y las células (que se denominan somáticas) que constituyen al resto de los tejidos, órganos, sistemas y aparatos que integran a un individuo de una determinada especie. Habitualmente pensamos que los seres vivos sexuados somos organismos que disponemos de los órganos genitales y de los gametos que nos sirven para reproducirnos. Dawkins, con un pensamiento que marcha en una dirección similar al que impregna la obra de Margulis, subvierte la tesis para sostener que los gametos construyen a los organismos pluricelulares para cumplir de diferentes y mejores maneras con su finalidad de multiplicarse reproduciéndose. Dejando de lado la cuestión de si el planteo alcanza para explicar el extraordinario desarrollo de seres pluricelulares tan diferentes, hay tres reflexiones, entre las numerosas que suscita lo que Dawkins postula, que se relacionan con el tema que ahora nos ocupa.

La primera se apoya en que la palabra “egoísmo”, como suele ocurrir con las que terminan en “ismo”, arrastra consigo la idea de una cierta exageración perjudicial de una tendencia o cualidad. De modo que cabe preguntarse si lo que Dawkins propone no quedaría mejor representado refiriéndose a un gen “egoico”. La

segunda es más importante, porque más allá de dirimir la cuestión de si los gametos conducen al león o el león a los gametos, subraya el hecho trascendente de que cada ego —sea que conviva con otros en una red, en una ramificación arborescente o en una relación de continente y contenido—, sin importar cuán relativo o ilusorio sea, funciona (dentro del organismo al cual pertenece) indisolublemente unido a un sentimiento de identidad inalienable. Un sentimiento que parece ser un requisito de la constitución de un ego, porque sobrevive, inmune, y coexiste, como derecho de autodeterminación (de ser libre y dueño de sí mismo), aún en los casos en que se adquiere consciencia de una dependencia extrema. La tercera nos conduce a contemplar, en la estructura que caracteriza a los gametos, el origen de algunas modalidades que se observan en el comportamiento sexual de los organismos pluricelulares.

En el encuentro genital de los seres humanos, millones de gametos masculinos, pequeños y móviles, se dirigen al encuentro con un solo gameto femenino, mucho más grande, que acumula el alimento para los primeros desarrollos del huevo en el cual se convertirá si es fecundado. El número de células espermáticas contenidas en una sola eyaculación de un hombre es 175.000 veces superior al número de óvulos que produce una mujer en toda su vida, y puede llegar a superar en 15 veces a la población de la República Argentina.

El espermatozoide es una célula minúscula constituida, casi únicamente, por el ADN que aportará a su



descendencia y la máquina mitocondrial que genera la energía que mueve a su largo flagelo. Hoy se sabe que para poder atravesar la membrana del óvulo y unirse con el ADN femenino será necesario que otros espermatozoides, que morirán en el intento, la permeabilicen. Uno, entre los cientos de millones que pululan en cada emisión de esperma, logrará llegar a fecundar un óvulo, y lo logrará sólo en alguna de las veces en que los organismos copulan. Es casi como decir que todos somos hijos de un progenitor masculino que ha triunfado en una competición numéricamente más difícil que la que conduce a obtener un premio Nobel.

La historia de la unión de los gametos quedaría privada de una cuestión fundamental si omitiéramos señalar que los organismos que se reproducen sexualmente operan guiados por la innegable tendencia a engendrar una prole que perpetúe su código genético, y que es posible observar que esa tendencia alcanza muchas veces una prioridad mayor que la que conduce a que el progenitor procure conservar su vida. Encontramos un adecuado testimonio de la fuerza de esa tendencia en ejemplos como el de la araña denominada viuda negra, cuya hembra devora al macho que la fecunda, o en casos como el del león que luego de conquistar a una hembra que está criando a sus cachorros los asesina para remplazarlos con su propia estirpe. Un curioso fenómeno que funciona al servicio de lo que se ha dado en llamar “competencia de esperma” se observa con extrema claridad en algunos insectos cuyo pene no sólo se presta para

inseminar sus propios gametos, sino que posee la forma adecuada para retirar previamente el esperma que pudo haber depositado otro macho.

Antes de abandonar el asunto –atractivo y dotado de múltiples facetas– acerca de la relación que existe entre las características de los gametos y la conducta sexual de los organismos pluricelulares, debemos mencionar dos hechos que son importantes.

El primero permite comprender que la tendencia a perpetuar el propio código genético condicione que cada progenitor elija a su complementario intentando asegurarse una buena calidad de descendencia y, al mismo tiempo, procure seducirlo (con un suficiente *sex appeal*) para convencerlo de que debe aceptarlo como un candidato que también posee las mejores cualidades. Es imposible sobreestimar la importancia de esa actividad de presentación seductora. Se trata, nada menos, que de una actitud –la mayor parte de las veces, inconsciente– que le otorga un sentido a la inmensa mayoría de los actos que llenan los instantes de la vida cotidiana de hombres y mujeres.

El segundo consiste en que, antes de iniciar la cópula, en algunas especies se pone en marcha un ritual de apareamiento que puede contribuir a que el vínculo se consolide y se perpetúe más allá de un episodio genital aislado. Una circunstancia particularmente conveniente cuando es necesario que el macho colabore con la hembra para asegurar la supervivencia de la prole. La ausencia de ese cortejo en algunas comunidades huma-

nas de la época actual, en donde se lo suele sustituir por relaciones genitales inmediatas y fáciles, conduce a la frustración frecuente que acompaña al hecho desilusionante de que la mayoría de ellas se limitan a unos pocos encuentros aislados, luego de los cuales, el interés erótico fenece. También se explican de ese modo algunas frigideces e impotencias.

## Sobre la actividad sexual humana

La importancia de la reproducción asexual se hace evidente cuando reparamos en que todos los organismos vivos están constituidos por células, la enorme mayoría de las cuales se reproduce dividiéndose para transformarse en sus hijas. En ese mundo sin sexo, lo único que puede explicar la evolución de la biósfera es una variación genética como producto de una mutación accidental.

Hemos visto, sin embargo, que a pesar de que en numerosas especies el sexo conduce a la reproducción, se origina en una necesidad diferente y principal. Cuando esa necesidad consiste en una carencia de alimento, puede dar lugar a la simbiosis que surge del canibalismo celular. Cuando, en cambio, se trata de la carencia de un modelo para reparar el ADN, suele conducir a utilizar el de un “donante” (al cual, por convención, se lo denomina progenitor paterno). Es así que se introduce, de uno u otro modo, sea mediante una actividad metabólica o sexual (aunque no forzosamente reproductiva), la variación (recombinación) genética que conduce a la

evolución de las especies. No siempre el “donante” es una célula viva, ya que muchas veces se incorporan en el citoplasma, en forma de plásmidos o virus, los restos de una catástrofe celular que perduran en el entorno como trozos de una cadena de ADN.

El sexo, pues, antes de funcionar al servicio de la reproducción, consiste en una actividad combinatoria (y en cierto modo, promiscua) que introduce variedad y conduce hacia una evolución que aumenta la complejidad de los organismos. Vemos entonces cómo, y por cuán particular camino, la biología llega a coincidir con el psicoanálisis, en un sentido que en alguna medida es similar, afirmando que la sexualidad es más amplia que la genitalidad.

Margulis y Sagan han llegado a sostener que algunas de las características que impregnan a la sexualidad humana en nuestra época –tales como el aumento de la promiscuidad y la homosexualidad, o la disminución del deseo genital y del tiempo dedicado al cortejo– pueden interpretarse como productos de una tendencia hacia la disminución de la natalidad frente al aumento de una población humana que amenaza el equilibrio del ecosistema. Su planteo sugiere que en el futuro la humanidad tal vez ejercerá la actividad genital con una motivación mucho menos intensa, o que quizá la evolución conduzca a que, como ocurre con las hormigas y las abejas, no todos los seres humanos conserven su actividad reproductiva.

Hace ya muchos años vi un cortometraje que, si mal no recuerdo, fue filmado por Buñuel, en el cual se retra-

taba una comunidad imaginaria en la que se defecaba “en sociedad”, es decir, en el living de la casa, en donde se disponía de inodoros convencionales que operaban como asientos desde los cuales, mientras se exoneraba el vientre entre esfuerzos y flatos, se conversaba con naturalidad. El acto de comer, en cambio, ocurría furtivamente, en soledad, encerrándose en una especie de gabinete que oficiaba como un espacio reservado, al cual llegaba la comida a través de un discreto pasaplato.

Más allá del aspecto surrealista del cortometraje, intencionadamente disruptivo, que mueve a reflexión, queda claro que si en la realidad las cosas suceden al revés, no es por obra del azar. La boca, la nariz y los órganos sensoriales como el olfato, la vista y el oído se orientan hacia adelante, en la dirección de la marcha que conduce hacia el aire y la comida apetecida y buscada. Los órganos evacuadores de las heces y la orina se disponen en la parte posterior, ya que la conducta natural es alejarse de ellas y son desagradables. En reptiles, aves y mamíferos sucede lo mismo con los órganos sexuales, cuyas emanaciones sólo son agradables en determinadas y bien precisas circunstancias. No sucede así, sin embargo, con los vegetales que se reproducen sexualmente, ya que sus órganos genitales son precisamente las flores que utilizamos para embellecer nuestros ambientes y sus fragancias nos ayudan a perfumar los lugares que nuestras evacuaciones contaminan.

Si reflexionamos sobre las características que adquieren la actividad genital y la sexualidad en el contexto

entero de una vida humana, llegamos rápidamente a concluir en que ambas integran la fuente subterránea del significado que alimenta la trayectoria de esa vida, pero es necesario aclarar que una parte muy importante de la genitalidad –y de la sexualidad que la motiva– no se dirige hacia su satisfacción directa, sino que, por el contrario, coartará sus fines o los substituirá por otros que alcanzará en la forma que llamamos sublimada.

Hemos sostenido repetidamente que la vida de uno es demasiado poco como para que uno le dedique –a esa vida que es de uno– su vida por entero, y cuando nos contemplamos desde el ángulo constituido por la sexualidad, ese pensamiento se refuerza. También allí nos encontramos con que, si el sentido que la sexualidad otorga a la vida sólo fuera el que proviene de su satisfacción directa, sería un motivo insuficiente y pobre. Porque en la red –rica y compleja– que nos mantiene vivos, vivimos “cableados” con las personas que son “copropietarias” del entorno afectivo que consideramos nuestro.

## Capítulo 5

# El amor que buscamos y el amor que encontramos

### La unión progenitora

Reproduciremos, en este apartado, algunos párrafos de lo que escribimos en *Las cosas de la vida*:

El encuentro genital comienza habitualmente con la intervención de los órganos sensoriales “distales”, la vista y el oído. Le siguen el tacto, el olfato y el gusto. A medida que el acto prosigue van participando, cada vez más, movimientos involuntarios, inconscientes, y automáticos. Todo progresa de tal modo que el orgasmo “viene” como algo que no ha sido hecho, sino que ha sucedido. Viene, desde un lugar donde no se lo domina, como algo inconsciente, profundo, que se acompaña de una vivencia particular, una especie de disolución del yo que genera en el ánimo la sensación de un misterio cuya magnitud sólo puede ser comparada con esa otra sensación de misterio que experimentamos frente a la gestación de un bebé o cuando muere un ser querido y de pronto su alma desaparece ante nuestros ojos para nunca más volver.

Weizsaecker sostenía que un buen orgasmo disculpa, y su afirmación resulta enigmática si no reparamos en el hecho de que el orgasmo conduce a una humilde disolución del yo, y que la culpa es siempre proporcional al tamaño

que le asignamos a nuestro propio yo. [...] Cuando pensamos en el encuentro genital humano, y especialmente en la vivencia de disolución del yo, debemos admitir que todo ocurre como si nuestros gametos (nuestros espermatozoides y óvulos) hubieran tomado, desde lo inconsciente, la dirección del acto.

Puedo decir que yo amo, pero sería equivocado afirmar que yo genero ese amor que doy o siento, porque precisamente siento que me sucede el amor que dedico a la persona amada. En verdad ni siquiera soy el dueño del amor que hacia mí mismo siento. Esto se ve con claridad en el mito de Narciso. Narciso se enamora de su propia imagen reflejada en el río, pero al hacerlo así no se ama a sí mismo en las sensaciones y en las percepciones que forman su mundo normal. Lo prueba el hecho de que en el mito se muera de hambre y de sed. Sucede que se enamora del Narciso persona, del Narciso que los otros ven. [...] ¿Cómo podemos entender, entonces, que Narciso haya perdido el amor a sí mismo y que intente recuperarlo amándose con el amor de los otros? Nuestro amor propio se alimenta “desde adentro” con el amor que nuestros progenitores nos han otorgado junto con sus gametos ya desde el momento de nuestra concepción, y aunque nacemos con una cierta cuota que puede reforzarse en la infancia, deambulamos por el mundo procurando recuperar, con el amor de los otros, la parte que se nos ha gastado. Cuando no lo logramos ingresamos a veces, como Narciso, en el malentendido que nos lleva al intento, fallido, de amarnos como si fuéramos ellos y dispusiéramos del amor que nos niegan.

Se suele decir que la persona amada no coincide jamás completamente con el objeto del deseo, y que nuestros deseos son los que originan, negando la realidad, nuestras ilusiones. Es cierto, pero también es cierto que en cada nuevo encuentro con la persona amada, junto al duelo por lo que no hemos encontrado, nos enriquece una experien-



cia que modifica la imagen de lo que deseamos. No cabe duda de que buscamos algo que no es lo que encontramos, y sin embargo muchas veces se da la aparente paradoja de que terminamos por sentir que lo que encontramos es precisamente aquello que, sin saberlo, buscábamos. Quizás cuando se dice que el amor es ciego, se menosprecia la tenacidad estocástica del deseo que lucha por encontrar a su objeto.

Cuando el orgasmo finaliza, el camino sensorial se recorre a la inversa: desde los sentidos “proximales”, el gusto, el olfato y el tacto, se pasa al predominio de la vista y el oído. La sensación de la existencia yoica reaparece y, en los casos en que la unión es profunda, surge en los copartícipes del acto el sentimiento de que el otro, siendo otro, es casi una parte de su propio yo. El yo se fortalece, renace luego el deseo genital junto con el sentimiento de incompletitud, y el ciclo recomienza. Cuando el acto fructifica en el nacimiento de un nuevo ser humano, el hijo llevará dentro de sí la unión irreversible de los dos seres que una vez lo engendraron.

## ¿Qué significa amar?

Indagar en la sexualidad de los seres humanos nos introduce, inevitablemente, en el enorme tema del amor, y allí nos encontramos con que el amor trasciende cualquier consideración ingenua acerca de la sexualidad. En otras palabras: una imagen simplificada y reduccionista del sexo no alcanza para explicar el amor, pero el amor puede, en cambio, ayudarnos a reconocer la importancia y la trascendencia del sexo.

El diccionario, que nos ha ayudado en tantas otras ocasiones, nos aporta, en esto, muy poco. Si alguien

que jamás haya tenido siquiera un contacto remoto con un perro decidiera, intentando saber lo que es un perro, recurrir a la definición del diccionario, obtendría, obviamente, un conocimiento muy pobre. Los conocimientos que las palabras nos transmiten sólo pueden alcanzarnos en la medida en que marchamos a su encuentro en la mitad del camino, cuando esas palabras nos evocan las experiencias que nos deparó la vida. El significado de las palabras que usamos se construye de ese modo y, en el caso del amor, es importante reparar en que se trata de experiencias que nos dejaron una huella profunda.

A esa dificultad, se agrega el hecho de que tenemos miles de palabras para designar a los objetos, muchas, aunque no tantas, para categorizar a las acciones, y unas pocas, muy pocas, para nombrar los sentimientos. Sabemos que los sentimientos no dependen de las palabras para acceder a la consciencia, pero además sucede que hemos progresado mucho en cosas como la utilización del rayo láser o el conocimiento de los anticuerpos monoclonales, pero nos conmueven todavía los conflictos afectivos que nos describen obras literarias que han sido escritas en una pequeña aldea del año 1600, como ocurre con Shakespeare, o en la antigua Grecia, como ocurre con Sófocles.

El *Diccionario Encarta*, lo mismo que el *Diccionario de la Real Academia Española*, señala que la palabra “amar”, en su primera acepción, significa “tener amor a alguien o algo”, y en su segunda acepción, en desuso en

nuestro idioma, desear. Despierta curiosidad el ver que el verbo “amar”, consignado en el diccionario como un verbo transitivo, lo cual supone una acción que se ejerce sobre algo o sobre alguien, sea definido únicamente como un sentimiento que un sujeto “tiene”. En cuanto a la palabra “amor”, se la define, en lo esencial y en diversas acepciones, como tendencia, atracción y sentimiento que conducen hacia la entrega y el encuentro.

Quedémonos entonces, sin el ánimo de ser completos o exhaustivos en los pormenores de la definición, con la idea de que el amor es un sentimiento que nos inclina hacia la cercanía y la unión con lo que amamos, pero no omitamos señalar que ese sentimiento incluye los deseos y los actos que procuran el cuidado, la conservación y el bienestar de lo que amamos. El odio es en cambio definido (en el *Diccionario Encarta*) como “antipatía y aversión hacia algo o hacia alguien cuyo mal se desea”. Dado que se lo considera como el antónimo por excelencia del amor, corroboramos entonces que dentro del amor se incluye también la simpatía, y el reciente descubrimiento de las neuronas espejo nos revela que esos sentimientos se arraigan fuertemente en la estructura misma de nuestros sistemas orgánicos.

Quando escribimos *Las cosas de la vida*, decíamos:

Hablamos de la amistad y del cariño que se construyen con los años y con los recuerdos compartidos. Hablamos de la familiaridad y de la confianza que genera la convivencia estrecha. Hablamos del compañerismo que surge cuando se tienen las mismas necesidades, intenciones y proyectos. Hablamos de los deseos de una unión genital, y

también del deseo de estar cerca, o de ser consolado, acariciado y confortado. Hablamos de los dos grandes afrodisíacos que conducen al orgasmo: el ángel de la ternura y el demonio de las fantasías perversas. Hablamos de la simpatía que nace en un instante dado en la ocasión de una mirada, un gesto, una actitud, y de la excitación que se experimenta frente a la desenvoltura de una conducta erótica. Hablamos de la aceptación de nuestra persona, tal cual es, implícita en la sonrisa con la cual nos estiman. ¡Y a toda esa diversidad la llamamos “amor”, con una misma palabra!

Digamos, sin ánimo de definición, que el amor adquiere en muchos casos la apariencia de una figura esquiva, inalcanzable, y que en otros se nos presenta como una cierta forma de “iluminación”, momentánea y transitoria, que forma parte del misterio de la vida. Produce entonces una sensación de curiosidad, respeto y maravilla, que nos lleva a ubicarlo en el lugar de lo sublime. [...]

Podría decirse [...] que el hombre enamorado se vuelve capaz de conmoverse ante la luz de la luna o ante la magnitud del cielo estrellado [...] pero existe también una capacidad de enamorarse, y es la misma que nos hace sensibles a la belleza de un crepúsculo. [...]. Es cierto que el adolescente se enamora desde sus impulsos juveniles, pero son los mismos impulsos que alimentan las diferentes formas de su entusiasmo entero. [...] Cuando el adulto, o el anciano, pierden la curiosidad del niño y la pasión del joven, su mirada no se apaga porque se han tornado añosos, sino porque en el transcurrir de su vida su vitalidad se ha arruinado.

## Sobre lo que nos hace falta

El diccionario consigna que, como la experiencia muestra, sentimos amor hacia algo o hacia alguien, pero

no es menos cierto que cuando profundizamos en las circunstancias que acompañan nuestro amor, o cuando queremos dar razón de sus motivos, descubrimos que si amamos lo que amamos, o a quien amamos, es por algo que solemos denominar sus cualidades. No siempre serán las que nuestro pensamiento alega, porque aunque una parte importante de nuestro sentimiento de amor nos conduce a identificar las cualidades que amamos y llevarlas a nuestra consciencia en el afán de deleitarnos, entusiasrnos o extasiarnos con ellas, no es menos cierto que la inclinación de nuestro ánimo, y el amor que sentimos, suele nacer mucho antes de que nuestra consciencia pueda atribuirlo a las cualidades que aducimos. Es por eso que hablamos de “la química” del amor o del amor que nace como “una cosa de piel”.

El elenco de cualidades que solemos amar en cosas y personas puede ser muy amplio pero, más importante que entrar en su detalle, me parece subrayar dos circunstancias generales que lo caracterizan. La primera de ellas es que se trata de cualidades hacia las cuales deseamos acercarnos porque nos hacen falta, y la segunda, corolario de la primera, es que nos hacen falta para algo, se trate de tener hijos que puedan ser amados, de construir el nido y el hogar que llamamos familia, o de poner en obra nuestra vida, en nuestro entorno, en la plenitud de su forma.

Lo que escribimos en otro lugar sobre lo que nos hace falta puede ayudarnos a comprender por qué amamos lo que amamos. Allí nos referíamos, de manera

esquemática, a cuatro faltas principales. La primera, la más importante, que surge de la pérdida del vínculo intrauterino, encuentra su mejor paradigma en lo que siente el neonato cuando, luego de haber constituido una imagen de sí mismo dentro de la cual ubica todo lo que le da placer, se encuentra con que la madre, de la cual recibe alimento y ternura, lejos de pertenecerle como una parte de su propio organismo, “va y viene” de un modo que él no logra dominar.

Así se constituye la primera y más importante carencia de nuestra vida después del nacimiento. Se trata de una “falta” que nos hace sentir incompletos y nos deja una añoranza por un contacto de piel, una sonrisa y una mirada que nuestro cuerpo reconoce cuando nos enamoramos, pero que no podemos recordar conscientemente. La magnitud de esa carencia, que puede llegar a sentirse como una tremenda e irreparable mutilación del ego, depende de las vicisitudes de nuestros primeros contactos con el regazo materno. Ese sentimiento de estar incompleto y de ser incapaz de retener algo que se considera propio constituye el origen de la envidia y de los celos. La posibilidad de encontrar compensaciones que sean suficientes depende de la capacidad para tolerar y moderar esos sentimientos y acostumbrarse a ellos mediante el proceso que denominamos duelo.

Una inmediata compensación por esa “falta” que, grave o leve, nos acompañará toda la vida, surge como la necesidad de ocupar el centro de la escena. Es fácil percibirla en los niños pequeños, y suele suceder que

sus padres que encuentran de ese modo una oportunidad de complacer, proyectados en el hijo, sus propios deseos, muchas veces frustrados— colaboren consecuentemente para satisfacerla. Cuando por razones que en la mayoría de las veces son inevitables el “lugar” principal ya no puede sostenerse y, tarde o temprano, disminuye o se pierde la ubicación preponderante, se reactiva el sentimiento de una carencia sustantiva que se constituye, en ese caso, como la falta de un protagonismo sin el cual la vida carece de atractivo.

Cuando, como sucede con frecuencia, esa segunda falta ya no se puede colmar, surge, frente a la necesidad de compensarla, el afán de ser reconocido por las personas del entorno que ocupan lugares o funciones a los cuales se atribuye una gran significancia, y cuando el reconocimiento obtenido se juzga insuficiente, otra vez la carencia se reactiva configurando entonces una tercera falta. De más está decir que una parte, por lo menos, de lo que sentimos como una falta de protagonismo o de reconocimiento suele alcanzar nuestra consciencia. Las características particulares de la primera falta, en cambio, que se configuraron en la más tierna infancia, permanecen, casi en su totalidad, reprimidas e inconscientes, aunque sus efectos pueden a veces manifestarse como el oscuro sentimiento de que nos falta algo que no logramos definir.

Algunas veces los efectos de la tercera falta pueden compensarse cuando la realización de una obra bien lograda se trate del descubrimiento de la penicilina, de la

construcción de un mueble, o de la educación de un niño produce una satisfacción que trasciende al afán de reconocimiento. Sin embargo, suele configurarse como una cuarta falta el hecho, infortunado, que ocurre cuando los seres más significativos en la vida del autor (los que se suelen denominar sus seres queridos) no pueden compartir con él la satisfacción que encuentra en la obra que realiza.

### **El encuentro entre el amor y el odio**

Si es cierto que normal es lo que coincide con la norma, no es menos cierto que la norma puede ser trazada con el criterio ideal que procura elegir aquello que funciona mejor, o con el criterio estadístico que la diseña a partir de lo que predomina. Desde este último punto de vista, tal como lo ha señalado Weizsaecker, la enfermedad es normal. No hablemos entonces de amores normales y de otros enfermos. Limitémonos al hecho escueto de que hay amores que funcionan bien y otros que funcionan mal, y agreguemos enseguida que los primeros nos hacen bien porque enriquecen placenteramente nuestra vida y la conducen hacia su plenitud, y que los segundos nos hacen mal porque entorpecen gravemente su trayectoria y nos llenan de sufrimientos.

Muchos autores han subrayado la diferencia entre el enamoramiento y el amor, señalando con acierto que el primero se construye desde una forma voluntaria de ceguera que conduce inexorablemente hacia la desilusión, mientras que el amor se teje por entero con las hebras



de la realidad. Por otra parte, todo aquel que alguna vez se haya enamorado, no dejará de suscribir la sentencia que sostiene que de ilusión también se vive. Dejaremos de lado, sin embargo, la cuestión que diferencia el enamoramiento del amor, sobre la cual tanto se ha dicho, para dedicar unas pocas palabras al hecho, que se reconoce menos, de que el amor no existe separado del odio. Aclaremos primero que, a pesar de las costumbres del lenguaje, hay una importante diferencia entre el querer y el amar. Los italianos tienen una hermosa expresión que no existe en castellano: para decir “te quiero”, dicen *ti voglio bene*, te quiero bien, con lo cual reconocen que hay una forma mala del querer y, efectivamente, “hay amores que matan”. Quizás el ejemplo más claro del querer posesivo podemos encontrarlo pensando que el que quiere una rosa la pondrá en el florero de su escritorio, mientras que el que la ama la dejará vivir en la planta.

En *Las cosas de la vida* decíamos:

[...] no todos los que nos aprecian nos aman ni todos los que nos desprecian nos odian. [...] Es necesario distinguir la bondad de la maldad tanto en las críticas como en los elogios. Debemos resignarnos a que nuestra vida se realice entre el odio y el amor, porque ninguno de ellos se dará sin el otro. Ambos existen también dentro de nosotros y las aguas navegables de nuestra existencia cotidiana transcurren, con apacible inocencia, entre dos filosos escollos: el odio a lo bueno, por querer lo mejor, y el amor a lo malo, por miedo a lo peor.

Pero más allá de la particular coexistencia del odio y el amor que allí señalábamos, nos interesa destacar ahora que, de un modo más general e inevitable –como una condición inexorable de la trama compleja y multifacética que constituye el mundo–, el amor conlleva el odio y el odio el amor. ¿No es cierto acaso que cuando amamos algo sentimos odio por todo aquello que puede destruirlo, y cuando odiamos, amamos a quienes comparten nuestro odio?

No se agota sin embargo en este punto el encuentro inevitable del amor y el odio. No siempre podemos diferenciar con claridad entre los sentimientos de amor y de odio que se condensan en el ánimo durante el cotidiano convivir. No se trata de una mezcla que nos permite divisar sus componentes, sino de una combinatoria estrecha en la cual recíprocamente ambos transforman sus facciones. Así, con esa ambivalencia, se construyen la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa, esos cuatro gigantes que habitan nuestras vidas y de los cuales nunca logramos liberarnos del todo, y también se construyen nuestras defensas frente a ellos. En otra ocasión (en “El valor afectivo”) escribimos:

Lejos hoy [...] de ese campo ingenuo en el cual, frente a la sempiterna danza de Eros y Tánatos, creíamos otrora identificar sin dudas las virtudes del bueno y los desplantes del malo, hemos aprendido que la vida [...] transcurre en un “borde” de equilibrio inestable [...] Ese borde en el cual la vida es activa y en el cual inevitable y fatalmente se vive, es también el lugar [...] donde la creatividad suele despertar al odio y el odio, a veces, se vuelve creativo.

Ya no se trata entonces de seguir insistiendo, desde un romanticismo ingenuo y anacrónico, en la supuesta pureza de los grandes y eternos valores. Parafraseando a Freud, tal vez pueda decirse que se trata de mezclar el oro puro de los ideales con el cobre del pragmatismo que la biósfera toda nos enseña. Pero tampoco la cuestión reside –es imprescindible aclararlo– en construirse para cada ocasión, a la manera de una prótesis desechable, un valor conveniente y oportuno. Como ocurre con colores y sabores, también entre al amor y el odio hay mezclas y combinaciones que mejoran los valores puros. Y es necesario aprender a distinguir las combinaciones insalubres de aquellas otras que nos hacen bien.



## Capítulo 6

# Entre lo habitual y lo sublime

### La intimidad sexual de cada uno

La vida evoluciona, y en el trascurso de una vida humana, el amor, el odio y la sexualidad también lo hacen. El psicoanálisis, a partir de la idea de que la excitación sexual –más amplia que la que proviene de la genitalidad– “emana” de todos y cada uno de los órganos, describe la existencia de primacías pregenitales en distintas épocas de la vida, que se caracterizan por que en ellas un tipo de excitación –que corresponde a la función de un órgano determinado– tiñe con sus propias cualidades el conjunto entero de la vida. Un lactante, por ejemplo, vive en primacía oral, y tiende a explorar el mundo que lo rodea llevándose los objetos a la boca. Más tarde, en la etapa en que debe aprender a controlar sus esfínteres, su primacía, rotando hacia las funciones excretoras, será anal.

Podemos observar fácilmente cómo cada una de esas formas de excitación sexual mantiene una parte –mayor o menor– de su vigencia durante el resto de la vida, ya que cuando un ser humano de cuarenta años come, bebe o mastica un chicle, reactiva su excitación oral. Cada modalidad de excitación se manifiesta en distintos

modos —que suelen combinarse— del amor y del odio, dado que no es lo mismo besar (o lamer) que morder, ni atesorar que ensuciar, desechar o destruir.

Tal como lo señalamos en el cuarto capítulo, una cierta cuota de la excitación que nace con las cualidades que le otorga la función de un órgano puede ser transferida (desplazada) sobre otro y descargarse a través de su función, que resulta así teñida (erotizada) y a veces perturbada. De más está decir que cada una de las modalidades de los impulsos que corresponden a las distintas primacías dejará una huella en el carácter, ya que la forma habitual de ser y proceder se constituye aceptando esos impulsos, rechazándolos y sustituyéndolos por lo contrario (formación reactiva), o sublimándolos. Un destino, este último, sobre el que volveremos en el próximo apartado.

Freud sostuvo que los motivos que conducen a rechazar, sustituir y sublimar son tres: la conciencia moral, la repugnancia (el asco) y la vergüenza; pero en realidad pueden reducirse a dos, ya que la repugnancia y la vergüenza motivan a la conciencia moral. ¿Por qué razón, cabe preguntarse ahora, algunas de las formas naturales que la excitación adquiere durante el desarrollo se aceptan sin conflicto, y en otras surge la repugnancia o la vergüenza?

Cuando la cuota de excitación, en lugar de evolucionar, permanece adherida (fijada) a la modalidad funcional de un órgano cuya primacía debió ser superada, y en las tendencias actuales de la sexualidad predominan

fines anacrónicos que son pregenitales, se constituye lo que el psicoanálisis denomina una conducta perversa. Tal como el análisis del término revela, una per-versión es una versión extrema, exagerada, de una versión normal. Incluso puede constituir una reproducción actual de una versión que, en otro tiempo, o en otro contexto, pudo haber sido normal.

Es posible decir que si el rechazo que la perversión genera alcanza la violencia de la repugnancia o la incomodidad de la vergüenza, es porque ella trae consigo los matices diabólicos de la tentación. Freud sostuvo que la perversión es el negativo de la neurosis, porque cuando –en el conflicto generado por la fuerzas en pugna que se disputan el camino hacia la acción– triunfa una conciencia moral excesiva que conduce a una insalubre inhibición de los impulsos, el resultado es la neurosis. Si, en cambio, triunfa, inmodificada, la tendencia original –como sucede en la psicopatía– porque lo que se inhibe –o se reprime– es un rechazo moral saludable, nos encontraremos con una perversión. Importa en este punto recordar que la palabra “moral” designa al conjunto entero de deberes –grandes o pequeños– que se sostienen como las costumbres (*mores*) de una comunidad civilizada.

Hemos visto que en “el expediente” que guardamos bajo llave, o en “la escena” oculta detrás de “la cortina” que mantiene una intimidad custodiada que se reserva para la vida privada –o secreta–, figuran afectos entrañables como la envidia, los celos, la rivalidad o la culpa.

Agreguemos ahora que el mapa que acerca de la intimidad sexual de cada ser humano –en gran parte reprimida– podemos dibujar, nos muestra –como si se tratara de una radiografía– que esa intimidad se constituye con lo más profundo de la sensibilidad conmovedora de nuestra piel y nuestros órganos.

Allí viven los deseos y los hábitos esculpidos a fuego durante el peculiar camino que recorrió la historia de nuestra particular sexualidad. Si bien es cierto que los seres humanos somos semejantes, porque estamos constituidos por los mismos ladrillos, también es cierto que somos distintos, porque cada uno de nosotros es una particular combinatoria de virtudes y defectos que, nacidos en una misma fragua, se comportan como hermanos que es muy difícil separar.

### **¿Qué significa sublimar?**

Una idea que frecuentemente se oye, cuando se habla de la sublimación de la sexualidad, es que se trata, en lo fundamental, de una renuncia que lleva implícita una merma en la gratificación de los deseos. Así suele pensarse, por ejemplo, frente a una mujer de cincuenta años, soltera y sin hijos, que se dedica a cuidar niños en un asilo infantil. No es tan fácil sostener esa tesis cuando interpretamos que en la formación de un excelente cirujano interviene la posibilidad de sublimar impulsos sádicos. Puede aducirse que en un caso se subliman tendencias eróticas que “más valdría” satisfacer directamente, y en el otro, tendencias destructivas que



es mejor sustituir, pero queda en pie la cuestión de si sublimar, cuando se trata de Eros, es siempre un pobre sustituto de la satisfacción directa; y la respuesta es no. Cabe entonces aclarar por qué.

Freud sostuvo que una de las formas de impedir la realización de un deseo que produciría, al mismo tiempo que placer, un intenso sufrimiento, disgusto o desagrado, consiste en satisfacerlo parcialmente, coartándolo en su fin. Así, deseos primitivos y salvajes, que en las expresiones del lenguaje todavía se conservan —como cuando se dice, frente a un niño pequeño, “es tan rico que me lo comería”—, coartados en su fin, se trasmutan en besos y en ternura. De un modo semejante, tendencias eróticas heterosexuales y homosexuales, coartadas en su fin, dan lugar a los sentimientos de amistad y de simpatía, que impregnan, de manera ubicua, el tejido social, y constituyen los ligámenes que nos permiten tolerar las asperezas de la convivencia.

A pesar de que es muy frecuente que se confundan los sentimientos amistosos con los que provienen de la sublimación, Freud se ocupó muy bien de distinguirlos. Si bien tanto los primeros como los segundos son sostenidos desde lo inconsciente por los mismos impulsos sexuales primordiales, en los sentimientos amistosos esos impulsos funcionan coartados en su fin, mientras que en la sublimación ocurre que esos fines primordiales y directos no son coartados sino substituidos por otros diferentes que Freud categoriza diciendo que funcionan al servicio de la sociedad.

La cuestión se aclara mejor si tenemos en cuenta que también sostiene que la propuesta de esos nuevos fines proviene de los ideales. Sin embargo —señala Freud en *Introducción del narcisismo*—, el yo ideal exige la sublimación, pero no puede imponerla, porque la sublimación es un trabajo que depende de la capacidad del yo. Es precisamente a partir de esa idea fundamental que comprendemos en qué consiste lo que determina que una satisfacción sublimada no valga menos —como realización personal, y como gratificación placentera— que la que se obtiene de manera directa. Todo radica, en última instancia, en que la sublimación no sea un producto de un ingenio torpe que se pretende alcanzar de una manera fácil, sino que, por el contrario, surja de un esfuerzo noble que conduce a un trabajo suficiente que se realiza bien.

Una importante cuestión subyace todavía a la posibilidad de una sublimación bien lograda, que requiere del ego la inclinación a emprenderla sin mezquindades ni reservas. Sabemos que el yo alcanzará mejor una transmutación de los fines primordiales, a los cuales se encuentra adherido por hábitos añejos, si puede volcar suficiente energía en el intento. Y es evidente que dispondrá de una mayor capacidad si logra realizar en tiempo y forma los duelos necesarios —frente a los fines que deben ser abandonados— para rescatar las energías entretenidas en el trabajo que requiere mantener a raya las penas que los duelos que se postergan producen.

## Condena y defensa de la promiscuidad

Con la palabra “promiscuidad” se suele designar a una actitud que se caracteriza por establecer contactos íntimos o estrechos, que son múltiples, “superficiales” e indiscriminados. De más está decir que la palabra se usa especialmente para referirse a esas características en las relaciones genitales. La Organización Mundial de la Salud, atrapada tal vez en un afán taxonómico, llega a sostener que una persona es promiscua cuando ha tenido dos parejas sexuales en menos de seis meses.

Cabe subrayar que algunas de las características en las que suele incurrir la promiscuidad, tales como la ausencia de cortejo y la búsqueda de relaciones cortas y fáciles (que exentas de responsabilidad y de cuidado prefieren ignorar los datos personales), nos permiten condenarla en la medida en que constituye una conducta proclive a deteriorar la genitalidad.

El deterioro llega a manifestarse a veces en patologías de diversa índole, como la frigidez, la impotencia, la perversión en sus distintas variantes, o el contagio de enfermedades venéreas. Otras veces, en cambio, se traduce, de manera encubierta, en la imposibilidad de disfrutar de las cosas que la vida ofrece. La investigación que hace unos años realizamos, acerca de los significados inconscientes del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), nos permitió, por ejemplo, comprobar la importancia, no siempre consciente, del compromiso afectivo. Porque el contagio, que suele vincularse con la promiscuidad, ocurre en personas que se experimentan

a sí mismas como “parias” que deambulan por el mundo sin poder inscribirse en una pertenencia acogedora.

Los desenlaces negativos hacia los cuales la promiscuidad, entendida como contactos íntimos múltiples, “superficiales” e indiscriminados, conduce, no deben hacernos olvidar que, en rigor de verdad, la palabra “pro-miscuo” es, en sus orígenes, un cultismo que designa a lo que tiende (es proclive o se inclina) a la mezcla o al intercambio mutuo. Reparemos en que (tal como surge de los conceptos vertidos por Margulis y Sagan que expusimos en el capítulo cuatro) esa es precisamente la función esencial que, más allá de la reproducción, define al sexo. Es forzoso concluir, entonces, en que, junto a una promiscuidad destructiva, que empobrece y deteriora la vida, debe existir otra que la enriquece determinando que evolucione hacia sus formas más complejas. Necesitamos, pues, poder discernir entre una y otra.

Cuando, volviendo sobre los orígenes microbianos, prestamos atención a que discernir entre el tóxico y el alimento, por ejemplo, es un requisito fundamental para que funcione la autopoiesis (que define a la vida), nos damos cuenta de que la diferencia entre las dos clases de promiscuidad debe residir en la eficacia del empeño que se ponga en percibir cuidadosamente –antes de que se ponga en marcha la mezcla genética que configura la actividad sexual– las cualidades del “objeto” que atrae nuestra inclinación hacia el contacto. En otras palabras, la condición que, en verdad, descalifica la promiscui-

dad, reside menos en la multiplicidad que en una forma de descuido que, desestimando la percepción, conduce al conocimiento superficial y a la indiscriminación.

Si, más allá de su intervención al servicio de la función reproductora, reparamos en el valor de la sexualidad como determinante de la evolución y del crecimiento en la complejidad de los organismos vivos, y comprendemos que su función esencial consiste precisamente en la promiscuidad –entendida de manera pura y simple como inclinación hacia la mezcla–, llegamos a concluir, de manera inevitable, que la promiscuidad también es un valor.

Es obvio que, apoyándonos en los orígenes de la palabra, nos estamos refiriendo a un significado distinto, y más amplio, del que suele hallarse implícito en el uso frecuente del término “promiscuidad”, ya que habitualmente designa a una conducta sexual perniciosa en el ámbito de una actividad genital. Sin embargo, hemos visto que, tanto desde el psicoanálisis como desde la biología, se considera que la actividad sexual incluye pero no se limita a la actividad genital. Puede decirse entonces que, aunque una gran mayoría de nuestros contactos íntimos no son genitales, nuestros intercambios siempre son sexuales, y que la promiscuidad, como inclinación al intercambio y a la mezcla, es la meta de la sexualidad.

En la tercera parte de este libro, dedicada al dinero, volveremos sobre el tema del intercambio que involucra el enorme desarrollo que denominamos comercio.

Mientras tanto, nos interesa consignar ahora que una conducta promiscua sana y cuidadosa no siempre culmina en realizar esa mezcla que —dado que de sexualidad se trata— suele conducir hacia una combinación cuyos efectos son irreversibles. A veces, el comercio sexual, como proceso, se detiene para coartarse en su fin o sublimarse, y en alguno de esos tres destinos de la realización de la mezcla —se trate de una realización completa, coartada en su fin o sublimada— que configuran los diferentes encuadres de relaciones distintas, podemos ubicar a cada uno de los actos de la convivencia humana.

### La diferencia entre ser individuo y ser completo

Usamos la palabra “individuo” para designar algo que no puede dividirse sin perder las cualidades que lo caracterizan en su identidad. Desde ese punto de vista, una molécula de agua es un individuo, ya que si la dividimos, dejará de ser agua para quedar convertida en dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. En ese mismo sentido, los átomos, que pueden unirse para formar moléculas, también son individuos, pero queda claro entonces que su individualidad no consiste, como a veces erróneamente se piensa, en el hecho de constituir unidades que sean, en sí mismas, completas.

No cabe duda de que un ser humano aislado sea un individuo. Tampoco cabe duda de que, tal como dijimos antes, cada ego funcione indisolublemente unido a un sentimiento de identidad inalienable que sobrevive,

inmune, y coexiste, como derecho de autodeterminación, aún en los casos en que se adquiere consciencia de una dependencia extrema. Sin embargo, la idea de considerar que un ser humano es un organismo completo colapsa cuando reparamos en que la elaboradísima disposición y funcionalidad de su sexo existe con el único fin de encontrarse con el complementario.

Aunque puede decirse que el ejercicio de la genitalidad entre los seres humanos supera ampliamente las necesidades de la reproducción, no cabe duda de que el deseo y la satisfacción genital contienen una fantasía de procreación que no siempre es consciente y que suele manifestarse, con mayor frecuencia, cuando el vínculo se profundiza y perdura. Por eso es posible decir que la sexualidad culmina en la procreación. Pero la existencia de grandes realizaciones humanas colectivas es suficiente para demostrarnos que, aunque el sexo puede ser un adecuado paradigma, la incompletitud de un individuo humano aislado no se limita al sexo ni se completa únicamente con la unión genital o con la integración de una familia.

Más allá del mito de Platón, según el cual vivimos buscando encontrarnos con una mitad nuestra que se nos ha perdido, la completitud a la cual nos referimos es algo que, como los ideales, no ha sido concebido para ser alcanzado, sino que, como el norte de una brújula, orienta el camino que conduce al desarrollo de nuestras disposiciones dormidas. Un camino que abandona lo habitual para dirigirse hacia el lugar, fugaz y esquivo, en

donde reside lo sublime. Allí llegamos, una y otra vez, y apenas lo rozamos nos enteramos de que lo que buscamos nos invita a que lo reencontremos en la próxima estación.

Desarrollar esas, nuestra disposiciones dormidas, nos acerca a la realización plena de nuestro ser en forma, pero esto no debe confundirse con el haber alcanzado la esfera de una completitud autosuficiente. Nuestra radical e inevitable incompletitud puede ser representada por el hecho, inexorable, de que sólo disponemos del punto de vista determinado por el lugar en el cual estamos parados. La relación con nuestros semejantes será pues, como sostenía Weizsaecker, y en lo que respecta a la vida, siempre recíproca, ya que dos seres humanos no podrán nunca pararse, al mismo tiempo, en un mismo lugar. Una razón más para comprender que tus ojos me ayudan a contemplar dónde estoy, y que los necesito para saber quién soy.



**Dinero**



## Capítulo 7

# Acerca de las relaciones entre el valor y el dinero

### La diferencia entre lo que las cosas son y lo que representan

Entre los numerosos comentarios irónicos que ha despertado el psicoanálisis, hay uno que dice: podemos aceptar que el avión sea un símbolo del pene erecto, pero además sirve para volar. Dejando de lado la ironía que, en esa frase, transmite la palabra “además”, el comentario contiene una verdad fundamental que –debo apresurarme en aclarar– el psicoanálisis bien entendido nunca ha dejado de tener en cuenta.

Las cosas tienen un valor de uso como el que tienen los instrumentos, las herramientas o, más sencillamente, los medios que se emplean para cumplir un fin. Así sucede con el avión, con la comida, con el oxígeno o con la computadora, pero no es menos cierto que, entre los usos que de las cosas hacemos, hay uno, muy especial, que consiste precisamente en que algunas de ellas funcionen representando a otras. Cuando se trata del avión, puede decirse que no es esa su función principal,

como ocurre, en cambio, si las cosas a las cuales contemplamos desde ese punto de vista son, por ejemplo, palabras. No cabe duda de que las palabras son cosas cuya cualidad esencial consiste en aludir, representar, simbolizar, indicar o referirse a otras, y que esa función se cumple bien en la medida en que esa representación es precisa, es decir, inequívoca.

Junto a las cosas que, como ocurre con las palabras o los dibujos, usamos casi exclusivamente para representar a otras, existe pues una enorme cantidad de bienes cuya función esencial no radica en la representación. No es un asunto menor, sin embargo, el que siempre representen algo, y es aún más importante que muchas veces lo que representan mejore o perturbe su función primaria.

El hecho de que las cosas siempre adquieran una función representativa es una cuestión inevitable que depende menos de las cualidades de las cosas en sí mismas que de una ineludible condición del intelecto que adjudica a los objetos de nuestra percepción, o de nuestro pensamiento, un referente al cual remiten. Esos objetos se transforman así, por obra de ese referente que muchas veces no alcanza a la consciencia, en símbolos o en signos. Podemos agregar (aunque no nos conduce hacia el tema que ahora nos ocupa) que esto que nos sucede con las cosas incluye lo que ocurre con todos y con cada uno de los órganos (o de los aspectos) de un organismo vivo.

En la segunda parte de este libro, dedicada al sexo, procuramos iluminar desde la biología el camino de nuestras indagaciones psicoanalíticas. Ahora, cuando nos proponemos indagar en el tema del dinero, nos apoyaremos en algunos conceptos fundamentales en el terreno de la economía. Es fácil comprender qué nos motiva. Mientras que el psicoanálisis se interesa en lo que el dinero representa —sobre todo de manera inconsciente—, la economía, como disciplina científica, nos ayuda a comprender lo que el dinero es, y de qué manera puede funcionar como un bien que satisface una necesidad humana, o como un mal que perturba su curso y lo malogra. Nos anima la esperanza de que, como nos ha ocurrido con el sexo, el interregno constituido por la confluencia de dos ciencias que se enriquecen mutuamente, arroje luz sobre las vicisitudes, buenas o malas, que experimentamos en nuestra cotidiana y casi inevitable relación con el dinero.

### ¿En qué consiste el dinero?

Una de las primeras cosas que aprendemos acerca del dinero es que ha nacido como producto de la necesidad de facilitar el intercambio; un intercambio que también es necesario, porque no todos los seres humanos producimos con igual facilidad los mismos bienes. Retomar algunos conceptos básicos de la economía, que todos conocemos, nos ayudará a contemplar los puntos “fuertes” y sólidos de la función del dinero, pero también aquellos débiles en los cuales esa función frecuentemente

se perturba. De hecho, Murray Rothbard inicia uno de sus libros (*What Has Government Done to Our Money?*) con las siguientes palabras: “Pocos asuntos en economía son más enredados y confusos que el tema del dinero”.

La historia comienza con el trueque de las cosas que no abundan como abunda, por ejemplo, el aire que respiramos. Suelen ser cosas tan dispares como una vaca, una canasta con huevos de gallina, una carreta y el tocar el órgano en la iglesia. Concurrir a un sitio público —una plaza constituida en un mercado en donde el trueque no se limita a dos personas— fue un recurso que permitió agilizar el intercambio por una razón sencilla. Sucede habitualmente que una persona desee comprar lo que otra ofrece y que a la segunda no le interese lo que la primera vende, mientras que una tercera, que vende lo que la segunda desea, quiere comprar lo que ofrece la primera. Sin embargo, el enorme desarrollo que ha alcanzado el comercio no hubiera sido posible si no fuera porque el ingenio humano se manifestó en un invento de una importancia extrema: el dinero.

El dinero, en su origen, fue un bien que pudo ser utilizado como un “medio” en las transacciones realizadas con otros bienes cuyos valores eran desiguales. Para servir a esa función, fueron necesarias dos condiciones. Debía ser lo suficientemente escaso como para que la cantidad total dentro de una comunidad no creciera de una manera rápida e incontrolable, porque eso desestabilizaría su valor. Debía, además, ser lo suficientemente fraccionable como para permitir que las porciones se

adaptaran a las distintas magnitudes de las cosas que se intercambiaban.

Por cumplir de la mejor manera con ambos requisitos, el oro y la plata se convirtieron en los medios privilegiados en las operaciones de trueque. Cuando esos metales especialmente valorados se fraccionaron en porciones acuñadas con un sello que garantizaba su calidad y su exacta cantidad, nacieron las monedas, y con ellas, el significado del vocablo dinero. Vemos que los fundamentos del valor de la moneda son, hasta aquí, claros y sólidos. ¿Por qué se afirma entonces que pocos asuntos, en economía, son más enredados y confusos? ¿Cuáles son los puntos débiles, en la función del dinero, que se iluminan retomando algunos conceptos básicos de la economía?

Reparemos en que —aduciendo razones tales como que el uso de las monedas conduce a que el metal se desgaste o se pierda— las piezas de oro (o de plata) se resguardaron remplazándolas por un documento que otorgaba el derecho a reclamarlas. Más tarde, ese “papel firmado” —fraccionado en cantidades fijas emitidas por el Estado que gobierna a una comunidad— se convirtió en el dinero en papel moneda. Cada uno de esos billetes representó, en esa primera época, una determinada cantidad y calidad de oro —su patrón oro— que el que los emitía y firmaba guardaba y estaba dispuesto a dar a cambio del billete.

## El valor del dinero y el valor de los bienes

Puede decirse que el valor especificado en los billetes dependía, en aquel entonces, de la cantidad del oro que el que los emitía custodiaba en sus arcas. Pero eso en una primera y simplificada teoría, porque debemos admitir que ese valor “específico” de la moneda emitida tiende a mantenerse “en la práctica” mientras los hábitos conducen a que los usuarios confíen en que su valor de cambio en oro no se ha modificado. Cuando la evolución de la economía determina que el valor especificado en los billetes emitidos por el Estado de una comunidad ya no se establezca con el respaldo del oro guardado en las arcas del tesoro estatal, la situación se presta para distorsiones y engaños, como sucede, por ejemplo, con el proceso denominado inflación.

Aunque, en un primer momento, los usuarios del dinero no presten atención al hecho de que la inflación ha alterado su valor, sucede que –dado que los bienes de uso apetecidos también forman parte del mercado– en un tiempo más o menos breve los precios aumentan y la verdadera disminución del valor del dinero se hace evidente. Sin embargo, los vaivenes de la economía distan mucho de ser el resultado de mecanismos sencillos o, para decirlo de un modo más preciso, de inequívocas relaciones “lineales” entre causas y efectos.

La historia prosigue con una nueva intriga. ¿Cómo se establece el valor “en dinero” de los bienes? El valor del dinero como tal, su valor “específico”, exento de otras influencias que luego consideraremos, y contem-



plado desde su “peso” en el mercado, reside en lo que suele denominarse el poder adquisitivo de la moneda. Pero, como es obvio, eso no alcanza para establecer los precios de los distintos bienes, porque un kilo de arroz y un kilo de carne vacuna no valen lo mismo.

Producir implica un trabajo que puede medirse en la cantidad de energía que es necesario aplicar durante una cantidad de tiempo. Así se determina lo que “cuesta” la elaboración de un producto. (Reparemos en que la producción de un bien se realiza —en una enorme mayoría de los casos— utilizando otros preexistentes, de modo que debe sumarse, al “valor agregado” por el último procedimiento, el costo de los que se han gastado en el proceso).

La ciencia económica ha recorrido un camino que, esquematizando mucho, comienza privilegiando el costo de producción como índice del valor de los bienes, para descubrir —en segunda instancia— que ese valor, que determina el precio de un producto, no surge directamente de su costo en términos de esfuerzo, sino del aprecio que suscita entre sus potenciales adquirentes. Es indudable que en ese aprecio influyen otros factores, porque (como señala Rothbard en *Lo esencial de von Mises*) aunque puede costar mucho el fabricar un triciclo a vapor, nada nos lleva a pensar que eso influirá en que la gente lo compre. Suele suceder, además, que el aprecio que determina que la demanda crezca y que la oferta disminuya genere un aumento de la producción que conduce a que la oferta crezca y el aprecio disminuya.

Entre las transacciones del mercado, hay una muy importante que denominamos préstamo y que consiste en una especie de “compra y venta” de dinero que se paga con dinero. El que presta renuncia por un tiempo a lo que podría comprar con la suma que presta y asume en ese lapso el riesgo involucrado en el perder la custodia material de ese dinero. El que recibe el préstamo –en virtud de la forma de confianza que se denomina “crédito”– y puede anticipar su compra, debe pagar por ello con un plus que constituye el interés que “interesa” al que presta.

### ¿Qué representa el dinero?

Ya hemos dicho que las cosas no sólo valen por lo que son, sino también por lo que representan. De otro modo no se comprendería por qué alguien puede arriesgar su vida para defender ese trozo de género que constituye la bandera de una patria. Nos equivocáramos mucho si pensáramos que un compromiso como ese –que se establece con un trozo de tela– carece de sentido, ya que cuando se defiende un símbolo, lo que en realidad se intenta proteger es aquello a lo cual el símbolo remite. Por eso decía Freud que cuando se cede en las palabras, se termina por ceder en las cosas que las palabras representan.

Cuando el psicoanálisis estudia las vicisitudes de la excitación orgánica ligada al ejercicio de la actividad fisiológica del esfínter anal, descubre que se constituye alrededor de dos funciones, una expulsiva y otra reten-

tiva. Dado que la realización de una función transcurre con una cierta cuota de placer, desde las primeras experiencias infantiles el contenido de la ampolla rectal se convierte en algo valorado. Por eso puede surgir el deseo de postergar la evacuación para aumentar o controlar el placer. Retener las heces y regular la frecuencia de las evacuaciones constituye entonces una fuente de un placer secundario que a veces se asocia a una conducta posesiva y de control que puede llegar a una obsesión. Reparemos en que el vocablo “poseer” deriva del latín *possidēre* (formado por *potis* y *sedēre*), cuyo significado primario de “poder sentarse” (o, mejor aún, “sentarse sobre”, como se suele decir) se usa para designar a un acto mediante el cual alguien “se apropia”.

Numerosos testimonios aportados por los mitos, por la literatura, por el lenguaje popular y por la observación de la conducta de los niños fundamentan lo que el psicoanálisis afirma cuando sostiene que el valor que, más allá de la consciencia, se otorga a la materia fecal propia se transfiere de manera inconsciente sobre el dinero. Acerca del cual también suele decirse en algunas ocasiones que es sucio o está contaminado.

Se genera de ese modo una conducta –sostenida por motivos que se originan en las vicisitudes de los placeres ligados a la exoneración intestinal– que a veces se dirige a la acumulación y posesión de una cantidad de dinero que supera al ahorro medido y saludable hasta llegar a los extremos que designamos con palabras como avaricia, amarretismo y tacañería o, en otras circunstancias,

más allá del gasto necesario, se convierte en incontinencia, desperdicio y derroche.

Es claro, sin embargo, que lo que el dinero representa no se limita a los motivos inconscientes que surgen de las funciones del esfínter anal, que son los que se observan con mayor frecuencia y claridad. Freud se ocupó de señalar que la ambición se expresaba muchas veces a través de trastornos urinarios, y es obvio que el dinero puede representar un instrumento que sirve al propósito de cumplir con la ambición. La investigación que hace unos años realizamos acerca de los significados inconscientes de la diabetes *melitus* nos permitió comprender la relación existente entre la actividad de la insulina en el metabolismo de los hidratos de carbono y algunos rasgos de un carácter que, oscilando entre la mezquindad y el derroche, otorga al dinero un valor especial.

Nada se opone a que la excitación orgánica ligada a la actividad de otros órganos también pueda transferirse a la relación con el dinero. Pero, más allá de los ejemplos en los cuales la moneda representa valores ligados a la actividad de algunos órganos, la cuestión que mencionamos en este apartado contribuye para aclararnos de qué manera lo que el dinero representa puede llegar a perturbar la función que, en el seno de una comunidad, le compete. Su valor puede aumentar o disminuir a partir de los diferentes “aprecios” que le confiere el hecho de quedar teñido por un significado inconsciente que trasciende su función específica como un medio destinado al intercambio.

## ¿Cómo se constituye el valor del dinero?

Si tenemos en cuenta que los valores, lejos de ser construcciones ideales abstractas que sólo se apoyan en ideas, surgen originalmente de lo que nos afecta haciéndonos sentir bien, se nos abre un panorama más amplio con respecto a lo que el dinero representa y cómo se constituye su valor.

Hemos visto que en el valor que se otorga al dinero no sólo influye lo que el dinero es, sino también aquello que –incluyendo lo inconsciente– representa. Pero no cabe duda de que un billete, independientemente del valor que le confieren motivos inconscientes, también representa un determinado poder adquisitivo. De modo que, en rigor de verdad, lo que el dinero es se constituye mediante conceptos e ideas que también son representaciones, aunque de otro tipo que las que enunciamos cuando exploramos, en el apartado anterior, lo que el dinero representa.

Es necesario añadir, para colmo, que ambos tipos sólo se distinguen muy bien en sus extremos, en donde unas representaciones son conceptos racionales y objetivos, y las otras, fantasías emocionales y subjetivas, mientras que en el territorio limítrofe insensiblemente se confunden. Es necesario que nos internemos, aunque sea con la concisión de un esquema, en ese territorio limítrofe, ya que es inevitable y operante. Comenzaremos por señalar dos cuestiones esenciales que se relacionan con los valores que adquiere el dinero en el mundo interno de los seres hu-

manos y que derivan de su función saludable. El próximo capítulo lo dedicaremos a la distorsión de esos valores.

Recapitulando un poco cuanto llevamos dicho hasta aquí, podemos aventurarnos a sostener que el valor fundamental del dinero depende de su poder adquisitivo. Subrayemos entonces el hecho de que con el dinero se puede adquirir, y que ese poder aumenta su valor cuando lo que se puede adquirir es algo que se valora mucho. Si la felicidad se pudiera comprar, no cabe duda de que el valor del dinero sería supremo. La felicidad no puede comprarse, es cierto, tampoco puede adquirirse de ese modo la salud, el amor o la amistad, pero es indudable que el dinero, cuando se lo adquiere y se lo usa de manera saludable, puede contribuir en el proceso de generar el bienestar.

Hay dos cuestiones importantes que, en este punto, merecen una mirada atenta. La primera de ellas consiste en que con el dinero pueden satisfacerse necesidades básicas cuya carencia es incompatible con una vida sana. La segunda radica en el hecho de que, en el ecosistema de la vida que inevitablemente convivimos, las necesidades de quienes nos rodean son más nuestras de lo que preferimos creer. ¿Es acaso posible disfrutar de la vida cuando se vive en un entorno de sufrimiento, pobreza, enfermedad o incultura? Así se configura, en aquellos con quienes convivimos, un “derecho” a la asistencia ajena, que se torna evidente e innegable cuando pensamos en la infancia.

## Capítulo 8

# Las distorsiones en la función del dinero

### Cuando el poder nunca alcanza

La relación que establece el psicoanálisis entre la sexualidad anal, los deseos posesivos y la tendencia a acumular o a desperdiciar el dinero, o los vínculos que describe entre la excreción urinaria y la ambición, nos permiten comprender que algunas actitudes insalubres con respecto al manejo del dinero se arraigan en hábitos que provienen de experiencias infantiles profundamente reprimidas.

Sin embargo, si volvemos sobre el asunto de que el valor fundamental del dinero depende de su poder adquisitivo, cae por su propio peso la importancia que posee tener en cuenta que el dinero es una fuente de poder. Entonces cobra relevancia el hecho, puro y simple, de que el dinero se puede gastar adquiriendo otros bienes, se puede ahorrar, reservando para otro momento su poder de compra, o se puede utilizar para adquirir más dinero, procurando alcanzar más poder. De más está decir que en esta última tendencia influye la sustitu-

ción de los valores del ser con los que derivan del tener, de acuerdo con el principio contenido en la expresión “tanto tienes, tanto vales”.

Algunas “leyes” de la economía doméstica establecen que, en general, y en los años en que se procura consolidar una posición, es saludable que los ahorros se aproximen al 20% de los ingresos que el trabajo devenga. Cuando, en cambio, se supera ampliamente esa proporción, se corre el riesgo de alterar los fines que lo califican como un medio que agiliza el trueque, transformando al dinero en un bien “en sí mismo”. Esto puede resumirse diciendo que nadie debería acumular una suma de dinero que supere demasiado la cantidad que su ingenio le permite emplear como un “medio” para alcanzar otros fines.

La primera consecuencia funesta de esa transmutación de valores consiste en que conduce a que la cifra que se procura conservar no alcance un tope, y que el acumular dinero, convertido en un hábito, contribuya a que nunca parezca suficiente. Cuando eso sucede, es a pesar de que (como señala Bateson) en los asuntos de la vida –aun tratándose de bienes indudables, como el agua, la sal o el azúcar– el óptimo nunca coincide con el máximo. Exponer la segunda consecuencia, tal vez más importante, nos obligará a realizar, previamente, un pequeño rodeo.

La palabra “poder”, en castellano, reúne dos significados para cada uno de los cuales el idioma alemán dispone de un vocablo. Uno de ellos (en alemán, *können*)



se refiere a disponer de una capacidad, el otro (*dürfen*), al estar autorizado. Sin embargo, y a pesar de que el primero se recuesta hacia la vertiente de lo material, y el segundo se inclina hacia los imperativos del espíritu, ambos son, en el fondo, y más allá de las apariencias, hermanos que provienen de una misma sangre. No ha de ser casual que lo mismo ocurra con un término de nuestra lengua, “deber”, que por un lado expresa una obligación ineludible (en alemán, *müssen*), cercana a la constricción que nos impone la materia, y por el otro (*sollen*), una deuda moral. También allí —como en el caso del poder— materia y espíritu muchas veces se aproximan para confluir en algunos asuntos, dentro de los cuales sus contornos se desvanecen y ya no se distinguen.

Reparemos ahora en la fuerza que poseen los tres verbos: poder, deber y querer, que muy frecuentemente auxilian a otros verbos, y que resumen en castellano las únicas cinco categorías (*können, dürfen, müssen, sollen y wollen*) que Weizsaecker denominó páticas, en el doble sentido de pasión y padecer. Nos damos cuenta, entonces, de la profunda importancia que esos tres verbos adquieren en la vida emocional de un ser humano. No puede dejar de conmovernos descubrir que vivimos en el riesgo de que el desequilibrio en esas tres categorías —poder, deber y querer— nos dañe, si alguna de ellas cobra una excesiva ventaja, o pierde fuerza, frente a las otras dos.

La segunda consecuencia funesta de una acumulación de dinero excesiva será, pues, ese desequilibrio

insalubre en las tres categorías páticas de nuestra vida afectiva, que ocurre cuando la magnitud del poder material arrasa los influjos del deber y del querer. Entonces, la errónea creencia de que se logrará de ese modo subsanar el malestar que el desequilibrio genera conduce a ingresar en el ansia insaciable de aumentar la clase de poder que con el dinero se adquiere.

## El dinero y la culpa

No cabe duda de que es importante poder. Frente a la afirmación de Shakespeare de que la cuestión consiste en ser o no ser, hemos llegado a pensar que, en última instancia, reside en poder o no poder. Dos reflexiones apoyan ese pensamiento.

En primer lugar, lo que alguien es depende enteramente de lo que pudo llegar a ser, porque, aunque suele decirse que querer es poder, no es menos cierto que hay que poder querer. Reparemos, además, en que frente al fracaso en los intentos para superar el sufrimiento, es precisamente la impotencia el principio final explicativo. Un último bastión, más allá del cual se inicia el terreno ignoto que circunscribe los límites de cualquier conocimiento.

En segundo lugar, pero no menos importante, la impotencia pesa en el ánimo con la fuerza de una condena que suele dejar muy pocas esperanzas. Por eso sucede que, para negarla, se prefiera renunciar a la inocencia, pagando el precio del sentimiento torturante que denominamos culpa. Cabe pensar que así ha nacido ese

engendro que oculta sus orígenes, y al cual Shakespeare se refiere cuando escribe: “La oscura huella de la antigua culpa”. El dilema que a veces se presenta, inevitable, como una opción de hierro, viene de lejos, y transcurre entre elegir la inocencia que surge de aceptar un doloroso no puedo, o la dura responsabilidad que acompaña a la potencia implícita en un categórico no quiero.

Se nos abre ahora un nuevo panorama, porque si las desmesuradas ansias de poder que se manifiestan en el afán excesivo de acumular dinero suelen ocultar al fantasma de una amenazante impotencia, que no ha sido vencido, no ha de extrañarnos que la posesión de abundante dinero, y otras distorsiones, transcurran en un frecuente maridaje con los sentimientos de culpa que procuran ahuyentar la amenaza insoportable del no puedo, y que, cuando lo logren, sea “a duras penas”.

Así, en la compleja maraña construida en la cotidiana convivencia de ese “matrimonio”, entre la culpa y el dinero, nacen algunas de esas otras distorsiones que son típicas. Pensemos en las personas torturadas por el temor a la ruina, y que viven así durante años siempre en el borde de ese mismo equilibrio inestable, sin que jamás se altere. Pensemos en aquellas otras que sienten que “la plata no alcanza” y que, luego de haber mejorado mucho sus ingresos, continúan sintiendo, siempre, que les falta, y en la misma proporción. Pensemos en quienes eligen no pagar, jamás, en tiempo y forma, y amargan su existencia viviendo rodeados de “acreedores” que no los aprecian. Porque cuando una deuda se

ha pagado mal y con disgusto, las personas que reciben el pago sienten que algo se les adeuda todavía. Pensemos también, por fin, en quienes viven indignados porque sienten que lo que venden –en productos o en servicios– vale más de lo que cobran y no pueden evadirse de lo que experimentan –con razón o sin ella– como una dolorosa injusticia. Todas esas distorsiones conducen a que el tema del dinero se distribuya en los tres compartimentos constituidos por la vida pública, privada y secreta, configurando muchas veces dramas que atemorizan y avergüenzan.

## El uso perverso del dinero en algunas instituciones

Cuando, al indagar en la sexualidad, nos referimos a las perversiones, nos ocupamos de aclarar que, más allá del significado que suele atribuirse frecuentemente a la palabra “perverso” –teñido con una cierta connotación moral que lleva implícito un rechazo por lo que trasgrede y violenta las buenas costumbres–, puede decirse que el núcleo esencial de la perversión es, para el psicoanálisis, la persistencia en el adulto de una conducta que en la infancia fue normal. Nos proponemos señalar ahora cómo la perversión de las funciones normales del dinero influye en algunas de las instituciones que –como la industria, el comercio, la economía, la justicia y el gobierno– son organizaciones que desempeñan una función de interés público.

Sabemos que las instituciones están constituidas por personas cuyas relaciones configuran estructuras complejas con múltiples centros, que se caracterizan por que en ellas la interconexión se establece de un modo heterogéneo, como ocurre con los tejidos, con los órganos y con el cuerpo entero de los organismos pluricelulares. La necesidad de comprender cómo funcionan conduce a una disciplina, la teoría de las redes, que extrae sus conocimientos de distintos cuadrantes.

Lo único que en este punto necesitamos destacar ahora es que el estudio de las redes ha permitido comprender que el gobierno de esas redes, que “se gestionan a sí mismas”, no se ejerce con un control único que opera desde una posición jerárquica encumbrada, sino que surge del conjunto entero. Es así como vuelan las aves en bandadas y se desplazan los peces en cardúmenes. Hecha esta salvedad, que nos exime de internarnos en una sociología nueva, que ensaya sus primeros pasos, podemos dirigirnos a contemplar cómo influyen, sobre el funcionamiento de algunas instituciones, algunos hábitos perversos en el uso del dinero.

Antes de explorar la manera en que las actitudes personales insalubres —que en un cierto sentido, como persistencia de conductas infantiles, son perversas— influyen y se manifiestan en instituciones que funcionan mal, conviene que enumeremos algunas de esas actitudes que son frecuentes e importantes.

Reparemos en la trasmutación del valor del dinero, que es un medio de intercambio, en un fin en sí mismo.

Una situación –que resumiremos usando el término codicia– en la cual el “tener mucha plata” se convierte en el único bien apetecible y que conduce a actitudes inescrupulosas, mezquinas y avaras en las que, frecuentemente, el temor a la ruina colabora para impedir cualquier gasto. Reparemos en la exageración contraria, que se da cuando se desprecia el valor de un dinero que se juzga inalcanzable y se lo desperdicia, permaneciendo en una perpetua condición de insolvente. Una situación que suele acontecer cuando se siente que el dinero sólo les permite pagar en tiempo y forma a los que tienen “guita” (el vocablo “guita”, que alude a una cuerda que se estira, involucra la idea de un dinero inagotable).

Reparemos también en el ansia de adquirir un poder que “nunca alcanza”, a través de la acumulación de una posibilidad material de adquirir que nunca resulta suficiente. Una situación que conduce a actitudes arrogantes, abusivas e injustas que no respetan los derechos ajenos. Reparemos –en la vertiente opuesta– en una permanente disconformidad frente a lo que se gana como retribución por lo que se entrega en productos o en servicios. Una situación que se experimenta como la violación de un derecho y como una insoportable injusticia que es frecuente que se reitere o se mantenga aunque se cambie de trabajo. Reparemos, por fin, en el desconocimiento o la pérdida de la relación, normal y sana, que existe entre el trabajo que se realiza y el logro de lo que se necesita o se desea. Una situación que suele manifestarse como conductas desubicadas que provie-

nen de la utopía de que “todo debería ser más fácil”, negando que la única facilidad es la que deriva de un ánimo dispuesto a aceptar lo que es real.

No cabe duda de que cada una de esas actitudes – que, en cierto sentido, son perversas– que operan como producto de convicciones personales que adquieren consenso, y que no siempre son conscientes, influye perturbando el funcionamiento de las instituciones. Sin el ánimo de consignar un elenco completo, señalaremos algunas de las calamidades institucionales más groseras, que son frecuentes, y que derivan de esas convicciones.

### **Algunas distorsiones institucionales frecuentes**

Comencemos con la industria y el comercio, cuyo desarrollo se establece a través de un conjunto de empresas que –sean privadas o estatales– dependen de alcanzar el umbral de un capital inicial suficiente. Ese capital funciona como una especie de “préstamo” que se denomina inversión, se otorga en virtud de una confianza en el emprendimiento (el crédito que se le adjudica), y devenga una utilidad. La utilidad, que retira el inversor, constituye la parte material del interés que motiva su inversión (la cuestión de si se agrega o no una parte espiritual es un asunto trascendente sobre el que volveremos en el próximo apartado.)

El abuso de poder y las utilidades excesivas que provienen de la codicia de algunos inversores y empresarios introducen distorsiones que ocasionan graves daños en la industria y el comercio. No es una cuestión menor

el que la codicia de las grandes corporaciones surja de la codicia de las compañías que las integran, y que esta última dependa, a su vez, de las ambiciones de sus ejecutivos presionados por la codicia de los accionistas, quienes, muchas veces, son personas que odian los procedimientos de las corporaciones codiciosas. También perjudica gravemente a la industria y al comercio el hecho de que el odio que despiertan en la comunidad los capitalistas codiciosos se extienda injustificadamente a cualquier empresario, desestimando el hecho de que sin los hombres que generan emprendimientos, podrá haber trabajos que deben ser realizados, pero jamás empleos.

Los poderes del gobierno —como lo son, por ejemplo, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial— se ejercen mediante instituciones. Esas instituciones que constituyen el Estado (aunque también operan en el ámbito de estructuras más pequeñas) se pervierten cuando en el conjunto de las personas que las integran, predominan aquellas que, atrapadas en el afán de aumentar su poder, abandonan el ejercicio de su función específica para dedicar todo su esfuerzo a mantenerse en el cargo. En el otro extremo (como formación reactiva) y más allá de cuán justificada sea la indignación frente a las instituciones que ejercen el gobierno, también las perjudica gravemente el hecho de que con frecuencia se incurre en el desatino de explicar que la desgracia, sea cual fuere, es siempre el resultado de que, desde el poder, “se ha cometido una injusticia”. Lo dice, llevándolo irónicamente



te hasta un extremo, la expresión italiana *piove, governo ladro!* ('llueve, ¡gobierno ladrón!').

Nos queda, por fin, el referirnos a las instituciones que, en una comunidad, trazan los lineamientos de la economía. Pocas disciplinas han despertado en nuestra época, y en el mundo, un mayor interés. Quizás ninguna. Los economistas, como antaño los dioses del Olimpo, se han convertido en las personas hacia las cuales se vuelven, angustiados, los rostros de la gente, buscando un alimento para sus desfallecientes esperanzas.

Cuando, en el capítulo anterior, nos dedicamos a recorrer, con la brevedad de un esquema, algunos de los conceptos fundamentales de la economía, dijimos que lo hacíamos con el afán de contemplar los puntos fuertes y los débiles en la función del dinero, dado que esa función ha sido concebida y construida de acuerdo con los postulados de una organización económica.

Si reparamos en el hecho de que el uso del dinero es una acción humana que procura facilitar algo difícil, y que la eficacia de los actos humanos es un producto del pensamiento —teórico— que configuró el procedimiento que los guía, y les otorga una cierta capacidad para mantener su eficacia frente a las incertidumbres del entorno, llegamos a concluir en que los puntos fuertes llevan, implícita, una teoría económica que funciona bien, y que no sucede lo mismo con los débiles.

La economía, como toda ciencia aplicada, procura intervenir para mejorar aquello que, según se piensa, no mejora solo. No es un secreto que el asunto de hasta qué

punto se debe intervenir en los mercados –y en la economía toda– o, por el contrario, dejarlos que se regulen por sí solos, ha dado lugar a una polémica apasionada que hoy todavía se mantiene, determinando que ministerios y gobiernos actúen guiados por diferentes “banderas”. Hay, sin embargo, una cuestión que nos ayuda a establecer un criterio.

Debemos reconocer, aunque nos duela, que si bien hay, en medicina, una cantidad de asuntos en los que nuestra intervención nos ha dado resultados brillantes y conmovedores, hay otros en donde no funciona y fracasamos estrepitosamente cuando insistimos en intervenir. Al primer grupo pertenecen los trastornos que pueden ser resueltos con aproximaciones lineales, y al segundo, aquellos que, desde hace pocos años, comienzan a estudiarse con teorías acerca de la complejidad que los abordan de muy distinta manera. Frente a estos últimos trastornos complejos, que nuestros procedimientos bien intencionados suelen empeorar, debemos recordar el antiguo precepto de la medicina, *primum non nocere* (‘primero no dañar’) y abstenernos con prudencia, mientras esperamos que vientos nuevos arrojen a nuestras playas lo que necesitamos saber.

Sorprende descubrir que, a pesar del precepto mencionado, un mayor número de muertes, en los EE. UU., se produjera como consecuencia de la intervención del médico. La cifra de 300.000 personas por año –que fue citada por Bruce Lipton en *The Biology of Belief*; y fue publicada en 2003, en Nueva York, por Null, G., Dean,

C. y colab., en *Death by Medicine*— modificó otra anterior de 250.000 —publicada en el año 2000 por Bárbara Sarfield en el *Journal of the American Medical Association*— que la colocaba en el tercer lugar, muy poco por debajo del cáncer y las enfermedades cardiovasculares.

En el fin de este pequeño periplo sobre las instituciones, nos conmueve reencontrarnos, en la economía humana, con una crisis similar a la que se observa en medicina. La similitud de ambas crisis parece residir en el hecho de que, cuando se trata de sistemas complejos, la utilización de pensamientos lineales suele empeorar lo que se pretende mejorar. Eso nos conduce a pensar que, tanto en una como en otra disciplina, la cuestión no pasa por el inclinarse, en todos los casos, hacia intervenir o, por el contrario, prescindir, sino por el estar dispuesto a reconocer cuándo se debe o no se debe intervenir.

## Los excesos del materialismo y el individualismo

En el primer apartado de este capítulo nos ocupamos del deber y del poder, y pudimos distinguir, en esas dos categorías, una diferencia entre valores materiales y espirituales que se expresa, en el idioma alemán, recurriendo a dos términos distintos para reconocer dos tipos de deberes y poderes. También vimos que esa diferencia no siempre se nos presenta clara. Cuando, en el apartado anterior, nos ocupamos del interés en invertir en un negocio, nos encontramos con lo que, a primera vista, impresiona como una insalubre disociación en-

tre el valor asignado a la materia y el que se asigna al espíritu.

Se trata de un asunto trascendente que predomina en el consenso y que determina, con mucha frecuencia, que los emprendimientos funcionen –según parece, como veremos enseguida– motivados por uno solo de esos dos valores. Si recurrimos a un ejemplo extremo, podemos decir que así procede el gánster que se enternece con sus nietos y que, mientras hace una donación para un colegio, asesina fríamente a sus competidores aclarando que no es algo personal y que sólo se trata de negocios.

Cuando se construye una casa a partir de la forma en que fue concebida y proyectada, es fácil distinguir entre la casa material, ya construida, y la que existía previamente sólo en el alma de quien la imaginó. También sabemos a qué nos referimos cuando hablamos del espíritu de una época o del que anima a un equipo de rugby. Muchos años de investigación psicoanalítica en los significados que se ocultan en las enfermedades que se manifiestan, a la percepción grosera, como alteraciones que únicamente son físicas, nos han convencido de que –cuando se trata de la vida– materia, alma y espíritu son tres aspectos con los que suele presentarse, ante la consciencia humana, y en distintas circunstancias, una misma realidad. Frente a esa realidad compleja, llamamos materia a lo que percibimos con nuestros órganos sensoriales; alma a lo que posee una intención y un sentido que siempre, en alguna medida, nos importa; y es-

píritu a lo que un conjunto de almas unidas producen o poseen en común.

Nos damos cuenta, entonces, de que los intereses, aparentemente disociados, que denominamos materiales, no carecen de alma ni de espíritu, porque, desde el momento en que se les asigna el valor que los ha transformado en intereses, importan, y porque ese valor forma siempre una parte del espíritu de una comunidad grande o pequeña. También nos damos cuenta de que el tan criticado materialismo que ensombrece nuestra época y constituye uno de los pilares fundamentales de la crisis axiológica que nos aqueja no adolece de una falta de espiritualidad, como frecuentemente se oye. Todo induce a suponer, en cambio, que la esencia de su mal radica en que lo impregna una espiritopatía, es decir, un espíritu que, por obra de una enfermedad, se ha pervertido.

¿Qué clase de enfermedad puede ser esa que afecta, al mismo tiempo que a la sensatez, al equilibrio y a la posibilidad de sobrevivir del espíritu humano? ¿Dónde encontrar el indicio que nos permita indagar en el origen de semejante pandemia que nos amenaza con un destino aciago? ¿Sucederá que ese destino, que se presenta funesto, inevitablemente terminará muy mal? ¿O será, como ya ha ocurrido en el pasado, sólo una etapa de caos de la cual emergerá un orden nuevo que, más allá del horizonte que logramos divisar, hoy permanece lejos de nuestra posibilidad de concebirlo? Son, estas dos últimas preguntas, cuestiones frente a las cuales ca-

recemos de respuestas, pero en lo que atañe a las dos primeras, hay algo que podemos señalar.

¿En qué consiste pues –vista de cerca y en un plazo corto que no se propone esclarecer sus orígenes remotos ni su evolución futura– la enfermedad del espíritu que hoy perturba la convivencia de personas y de pueblos? En el último apartado del capítulo sexto nos referimos a la diferencia entre ser individuo y ser completo, y omitiremos repetir ahora lo que allí expusimos, porque nos bastará con señalar un hecho escueto.

Cuando, desde nuestra condición de personas con derecho a la autodeterminación de su destino, nos creemos autosuficientes y completos, y nuestra conducta insiste en ignorar que nuestros derechos encuentran un límite en los derechos ajenos, nuestra conducta egoica, necesaria y sana, se convierte en el egoísmo malsano que envenena y perturba nuestra convivencia. Debo apresurarme en aclarar ahora que es saludable que huyamos de los “ismos” y que alternar con otros (*alter egos*) no implica necesariamente incurrir en el mismo defecto, de signo contrario, que denominamos altruismo. Enrique Racker, uno de los más profundos pensadores del psicoanálisis, solía señalar que la Biblia dice “ama al prójimo como a ti mismo”, y que no dice “más que a ti mismo”.

Hemos comprendido que no podremos disfrutar de la vida sin entregarnos, con responsabilidad y cuidado, al amor que nos vincula en la red ecosistémica que nutre y otorga un sentido, trascendente y pleno, a nuestro ser

y a nuestro proceder. Sobresale, entonces, con claridad meridiana, que nuestra condición de individuo, lejos de florecer, se arruina cuando incurrimos en el individualismo que nos encamina hacia los falsos espejismos de metas ilusorias. No es el materialismo, pues, el engendro monstruoso que carcome las vísceras de nuestra época extraviada; es el individualismo cuando, extremando las metas de nuestra individualidad saludable, estropea el espíritu. De ese modo, nos deja, desubicados y frustrados, vagando sin norte en un mundo confuso que se nos antoja sin sentido y absurdo.





## Capítulo 9

# Hacia una intimidad saludable en una convivencia armónica

### Las relaciones del dinero con la salud y el amor

Hemos recorrido, de manera sucinta, lo que el dinero es y lo que representa en el terreno “objetivo” de su función económica. También exploramos los sinuosos meandros, a menudo patológicos, de los motivos inconscientes que pueden otorgarle un valor subjetivo que a veces trasciende y altera su función específica. Nos queda en el ánimo, como un sedimento esencial, que la actitud que se asume hacia el dinero, cuando nace desde una tendencia enfermiza, realimenta y agrava el trastorno insalubre que ensombrece la vida. Pero ponerse de acuerdo acerca de lo que debemos considerar enfermo no es un asunto sencillo.

Dado que la normalidad ideal es un estado inalcanzable, lo normal, en un sentido estadístico, es que una inmensa mayoría, dentro de una población, viva instalada en un estado en el cual algunas de sus funciones, aisladamente consideradas, escapan a los parámetros que se consideran normales. Podemos convenir, sin em-

bargo, en que el estar enfermo es haber ingresado en una condición diferente. Un estado en el cual un trastorno en el cuerpo o en la mente altera la prosecución habitual de la vida.

Subrayemos, además, que a veces no es fácil decidir, de manera acertada, entre lo que sentimos como una consecuencia de la vida que hemos hecho y lo que experimentamos como un producto de lo que nos hizo la vida. De uno u otro modo, allí estamos, conviviendo con el frecuente predominio de las perturbaciones en los hábitos, a las que antes aludimos, y que se manifiestan también en la forma en que usamos el dinero.

Ante esas formas ubicuas, tan comunes, no podemos menos que elegir si nos inscribimos entre las personas que —sean muy ricas o muy pobres— sufren porque la plata “no les alcanza”, aunque en algunos casos podría decirse que les sobra, o entre aquellas otras, no muchas, que no suelen sufrir demasiado por un dinero insuficiente, pero que necesitan, sin embargo, ubicarse frente a un consenso insalubre que siempre en algún grado contamina con su inautenticidad, su temor o su culpa. Un consenso que, con la actitud que asume hacia la plata, suele obligar a una conducta discreta y reservada que pone un límite a lo que se puede compartir con los seres que pueblan el entorno.

Volvamos sobre la influencia que ejerce el ansia desmedida de poder sobre la conducta que se adopta con el dinero, para prestar atención al hecho de que el poder concreto y objetivo de la moneda es un poder adquisiti-

vo, y que no todas las formas de poder se circunscriben a esa, particular, que consiste en adquirir comprando. Aunque hay veces en que el dinero ayuda, hay otras en las que perturba, pero lo importante es que no todas las cosas que se anhelan, o que se necesitan, son cosas que se pueden comprar. Debe haber sido muy dolorosa la situación que condujo a que un hombre “sin problemas de dinero” expresara, pensativo y triste, lo que le escuché decir: “Todo lo que se puede comprar con plata es barato”.

Entre las cosas que no se compran con plata, sobresalen la salud y el amor. Ya nos hemos referido a la forma en que las actitudes insanas y el dinero se entretrejen en un círculo vicioso. Cabe agregar ahora, por la importancia que posee, que son muchas las veces en las cuales una persona “que puede pagar” insiste y logra comprar procedimientos excesivos (sean científicos o mágicos) que suelen arruinar su salud en lugar de mejorarla. Debemos admitir que en esto colabora un sistema médico que, cuando funciona mal, en algunas ocasiones lo seduce para poder lucrar y en otras actúa motivado por una obligación.

En cuanto a lo que tiene que ver con el amor, es importante reparar en que la solvencia en cuestiones de dinero es una buena cualidad, como lo son la inteligencia, la belleza, la educación, la cultura, la sensatez, o algunos rasgos del carácter. Valorar, cuando se intenta constituir una pareja, entre las cualidades que se aprecian en los hombres o en las mujeres que “disponen de una situa-

ción económica holgada” no debe confundirse con otra actitud, que con frecuencia se observa.

Esa otra actitud es la que conduce, en sus formas moderadas, a intentar “pagar con sexo” o con juventud el goce de un importante incremento en el bienestar económico que se obtiene en un vínculo, y que suele generar culpa por múltiples razones. Entre las razones que generan esa culpa, cuenta el hecho de que a veces se niega que, junto con el bienestar material, también se reciba sexo, experiencia y otras cualidades. La forma más extrema e inescrupulosa de la actitud calculadora corresponde a venderse por el precio más alto que se logre conseguir, sin olvidarse de considerar la posibilidad de un casamiento con miras a un divorcio provechoso.

Si continuamos descendiendo en la escala, llegamos a la prostitución (sea VIP o de “clase económica”, ejercida por mujeres o por hombres). La mala noticia es que en la prostitución no hay amor, aunque no siempre es cierto, o no siempre sucede por culpa de quien se prostituye. Recordemos a Sor Juana Inés de la Cruz: “¿O cual es más de culpar, / aunque cualquiera mal haga; / el que peca por la paga / o el que paga por pecar?”. La buena noticia es que la transacción queda clara y que todo transcurre sin queja, sin reproche y sin culpa.

Decíamos antes que valorar como una de sus buenas cualidades –en hombres o en mujeres– el que dispongan de dinero, cuando se intenta constituir una pareja, no debe confundirse con un intercambio torpe entre el amor, el sexo y el dinero. En la posibilidad de no caer en

esa confusión que tan a menudo se establece, se juega el capítulo más importante de la relación entre el dinero y el amor. Reparemos, por fin, en que las formas ruinosas (o ruines) del amor contaminado por un uso insalubre del dinero no se circunscriben a las relaciones de pareja, sino que, por el contrario, forman una parte, grande o pequeña, de las relaciones con los hijos, con los padres, con los hermanos y con los amigos.

### La soledad y la compañía

Proseguir indagando en las relaciones entre el amor y el dinero nos introduce en el tema de la soledad y la compañía. Comencemos por decir que una cosa es estar solo y otra, distinta, es el sentirse solo. Uno puede sentirse solo en una ciudad como Nueva York, durante las fiestas de Navidad, y en un *shopping* en el cual está rodeado por centenares de personas. El día en que a uno se le muere alguien profundamente amado, uno puede estar acompañado por amigos queridos, y puede, sin embargo, sentirse solo. Una cosa es la ausencia de una proximidad física, o aun anímica, y otra muy distinta es la desolación que solemos denominar soledad.

La desolación es siempre “estar solo de alguien” que nos importa mucho, alguien sin el cual nos sentimos abandonados y nuestras horas cotidianas carecen de atractivo. Alguien cuyo gesto hosco nos condena y cuya sonrisa nos absuelve, alguien a quien, a sabiendas o sin saberlo, le dedicamos la vida. Por eso no toda compañía nos hace sentir acompañados, y se da la aparente pa-

radoja de que se puede estar acompañado y, al mismo tiempo, solo.

Cuando se ingresa en lo que se denomina “formar pareja”, se lo hace en un proceso en el cual influye un conjunto de motivos que muchas veces, pero no siempre, pueden satisfacerse con los mismos actos. Uno de esos motivos poderosos –en el cual confluyen los instintos pero también los modelos del entorno– es establecer una relación genital estable. La estabilidad atempera los celos y da lugar a que la familiaridad profundice la experiencia genital y la enriquezca.

A ese motivo se añade el de formar una familia, y no sólo para engendrar hijos y poder criarlos, sino, y sobre todo, para tener un hogar. Un refugio que genere el espacio para una pertenencia que se constituye volcando en un solar –cuya carencia nos desuela– esos afectos entrañables que, cuando se satisfacen, configuran la quintaesencia del estar en compañía, y cuando se frustran, nos precipitan en la desolación.

Hemos escrito “sobre todo para tener un hogar”, y nos damos cuenta de pronto de que la sexualidad genital, que sólo en una muy pequeña parte se ejerce a los fines de la reproducción, no se ejerce únicamente porque es una fuente de placer –o por nuestra inclinación hacia la novedad o hacia la mezcla– sino, y ante todo –aunque muchas veces se lo niegue–, porque constituye un medio, que es muy difícil sustituir, para obtener esa anhelada compañía en donde la familiaridad y la intimidad, juntas, alcanzan su mejor manera.

También en este punto es muy importante no confundir una actitud saludable, que conduce hacia la plenitud de un vínculo, con el extremo al que se llega cuando se incurre en otra de las formas de intentar “pagar con sexo”, procurando que las relaciones genitales, torpemente transformadas en un medio de intercambio, funcionen como funciona el dinero, como un instrumento. Es muchas veces de este modo que la mujer ingresa en la frigidez y el hombre en la impotencia eréctil.

En los distintos caminos que recorren las vidas de los seres humanos, puede suceder que no se haya logrado, o que se haya perdido, la vida en familia, y que el anhelo permanezca insatisfecho y pendiente. Es cierto que ese anhelo queda muchas veces sustituido, en la consciencia, por aspiraciones contrarias que inclinan el ánimo hacia una vida libre de compromisos y ataduras. Pero no debemos engañarnos pensando, incautamente, que algo no existe, sólo porque lo hemos reprimido acuciados por experiencias traumáticas que nos han dejado escaldados. Podemos preguntarnos, entonces, de qué otros medios disponemos para satisfacer el anhelo de una compañía, familiar e íntima, que se acerque cuanto sea posible a la que se logra cuando se convive en familia y en un mismo solar.

Cuando, en la segunda parte de este libro, nos ocupamos de la sexualidad, mencionamos que sus tendencias primordiales podían funcionar coartadas en su fin o sublimadas. Allí decíamos que si el sentido que la sexualidad otorga a la vida sólo fuera el que proviene de su sa-

tisfacción directa, sería un motivo insuficiente y pobre. Porque vivimos, interconectados con otras personas, en la red que sostiene nuestra vida y que, impregnada con un complejo y rico significado propio, conforma un mundo “nuestro” al cual pertenecemos, y que no nos pertenece por entero.

Encontramos, pues, en las tendencias eróticas coartadas en su fin, que dan lugar a los sentimientos de amistad y de simpatía, y en aquellas que, sublimadas, generan obras buenas, ese otro recurso que nos permite acercarnos a la compañía que buscamos cuando no tenemos, o cuando necesitamos mejorar, lo que nos ofrece una vida en familia. Entre las cosas que la plata no compra, también figura la amistad; y me refiero, como es obvio, a la amistad verdadera, no a la que puede exhibir un ser humano “que está muy bien relacionado”. Pero no debemos olvidar que la generosidad que nos permite satisfacer nuestras tendencias amorosas forma una parte muy importante del uso saludable del dinero.

## La necesidad de compartir los valores

Dado que hemos subrayado, una y otra vez, que vivir es, siempre, convivir, es muy importante tener en cuenta que hoy, en una época en que se oye por doquier sostener a rajatabla que cada cual debe tener su idea, hay algo que es más necesario que nunca comprender. Si asignamos algún valor a las ideas, debe llegarse en algún momento a concordar lo que pensamos, para poder convivir con autenticidad, sin hipocresías, sin somet-



miento y sin abuso. ¿Acaso quienes piensan que cada cual debe tener su idea no están sosteniendo esa idea y, contrariando su propio enunciado, se vuelven intolerantes si, en ese punto, disentimos con ellos?

Es imposible negar que las ideas conduzcan a hechos, los hechos a sentimientos, y los sentimientos a valores. Recordemos las palabras de Gandhi: “Cuida tus pensamientos, porque se transformarán en actos; cuida tus actos, porque se transformarán en hábitos; cuida tus hábitos, porque se transformarán en tu carácter; cuida tu carácter, porque determinará tu destino; y tu destino es tu vida”. No es un asunto menor, entonces, el que procuremos, con autenticidad y cordialidad, con esmero y con mesura, con-vencer a las personas con quienes convivimos, con aquellas ideas que, si rigen nuestra vida, es porque con ellas nos hemos con-vencido. Siempre dispuestos, como es obvio, a que, con idéntico cuidado, intenten convencernos con las suyas.

Es sin duda muy duro disponernos a aceptar una vida que trascurra inmersa en la polémica de innumerables controversias. Tal vez esas controversias no serían tantas ni tan graves si no fuera porque —como sucede en algunos matrimonios— durante demasiado tiempo las hemos postergado. Pero no es ese el punto. La cuestión no pasa por el hecho de que puede ser dura; radica, toda entera, en que si no negamos el valor del pensamiento, resulta inevitable. ¿De qué valdría pensar cómo se vive si no nos condujera a vivir como se piensa? Pero dado que vivir es convivir, vivir como pensamos que debemos

vivir nos obliga a conciliar nuestras ideas con las que rigen la vida de quienes nos rodean.

También es cierto que esa conciliación tiene un límite, y que, por esa razón, la convivencia sería insoportable si no fuera porque disponemos de un saludable recurso. No todos nuestros contactos tienen “por ley” que ser iguales, y es, precisamente, la inminencia de un choque lo que puede orientar el golpe de timón hacia el espacio de una distancia justa que altere nuestra ruta sin alterar nuestra meta. Así se configura, para cada relación, un encuadre óptimo que lubrica los roces de nuestro convivir y que, es forzoso admitirlo, no siempre se alcanza.

### **El difícil equilibrio entre la transparencia y la opacidad**

Decíamos antes que la actitud que se asume hacia el dinero y que predomina en el consenso suele obligar a una conducta discreta y reservada que pone un límite a lo que se comparte con los seres que pueblan el entorno. Ese límite obliga a un equilibrio entre la transparencia que aproxima y la opacidad que establece una distancia que a veces es necesaria aunque pueda ser ingrata. Cuando esa opacidad se adopta —con razón o sin ella— en la vida íntima con seres que se aman, como se aman a los padres, a los hijos, a los hermanos o a los cónyuges, puede llegar a ser muy odiosa y frustrante.

No podemos dejar de mencionar la situación extremadamente penosa que se crea cuando, procurando evitar que un ser amado incurra en un perjuicio cierto

que a él le parece inverosímil, nos sentimos fuertemente motivados para actuar de una manera que experimentará como infligirle un daño inmerecido e inútil que lo conduce a odiarnos.

Cuando en el capítulo primero nos ocupamos de la intimidad custodiada, decíamos que la biología conduce a sostener que la opacidad no es un defecto, sino que, por el contrario, disponer la permeabilidad comunicativa en una forma heterogénea, configurando conductos o canales, para lograr que no trascurra en todas direcciones con igual facilidad, es un requisito ineludible de toda organización funcional. Ahora, luego de habernos introducido en el entretejido del sexo y el dinero en el amor que nos vincula con nuestros semejantes, no debemos dejar de mencionar que el dibujo se enriquece con los colores que le aporta el enmarañado agregado inevitable de la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa, cuatro gigantes del alma de los cuales nos hemos ocupado en otras ocasiones y que hoy quedan fuera de la línea central de nuestros argumentos.

Mueve a profunda reflexión el hecho de que, tan frecuentemente, cuando nos proponemos ir hacia el encuentro de algunas actividades placenteras, hablemos de “salir”. Nuestros esparcimientos suelen ser “salidas” que, a veces con esfuerzo, tenemos que inventar. Se trata entonces de salir, pero ¿salir de dónde? Podrá decirse que en algunas ocasiones huimos de la soledad; en otras, de una compañía o de una rutina que nos fastidia o nos aburre. Sin embargo, si hurgamos un poco en la cues-

ción, huimos, en última instancia, de una “formación” —se trate de un matrimonio, una familia, una escuela, un trabajo o, simplemente, de una cena alrededor de una mesa— dentro de la cual nos sentimos desubicados y, fuera de quicio, funcionamos mal, sintiendo que “nos falta el aire”.

Interconectados en una trama compleja que ninguno de sus integrantes organiza, y cuyos parámetros trascienden nuestra posibilidad de contemplarlos, vivimos —de una manera mucho más intensa de lo que nuestra consciencia percibe— alimentados por vínculos que motivan nuestros actos. Sabemos, sin embargo, que esos parámetros que nuestra consciencia ignora conforman la red “social” cuya organización heterogénea suele generar y equilibrar una proporción adecuada y espontánea entre los distintos grados de transparencia y de opacidad. Los ligámenes que operan como una atracción de amor y simpatía que nos aproxima a nuestros semejantes son los que nos permiten tolerar los choques, los roces y las asperezas de nuestra convivencia. Pero también es cierto que, cuando lo logran, es gracias a que mantienen una opacidad adecuada, acorde con los requerimientos de nuestra tolerancia, distinta para cada una de las personas que se unen en la red.

La opacidad que genera “inmunidad” procede evitando, a veces con esfuerzo, una transparencia, espontánea y más fácil, que sólo en primera instancia es indolente, como se puede constatar observando la transparencia infantil que la experiencia gradualmente modifica. Gra-

cias a esa opacidad —que a veces es represión, y otras veces una reserva que toma la forma de un ocultamiento o de una mentira “piadosa”—, todo funcionaría de maravilla si no fuera por los conflictos que continuamente ocasionan turbulencia en distintas zonas de la red, y que parecen constituir una inevitable condición de su *modus operandi*. Un modo de operar adicto, quizás, al método que procede mediante el ensayo y el error. Por obra de esos conflictos, sufrimos muchas veces los desequilibrios, que nos duelen, entre los distintos grados recíprocos de opacidad y de transparencia que mantenemos con los seres que amamos.

Suele decirse que uno se elige a los amigos, pero que, en cambio, a los parientes los manda Dios. El dicho parece subrayar, más allá del tono irónico, el hecho de que los grados de transparencia, o los de simpatía, no siempre coinciden con los de parentesco. Además de los lazos que se establecen en las familias, existen los nexos comunitarios que se gestan en los barrios, y los que derivan de la pertenencia a un mismo pueblo o a una misma raza. Pero todos esos vínculos se integran con los que surgen de la manera en que vivimos interconectados en una red, que se autogestiona y es compleja, de la cual percibimos su existencia y los entornos de nuestra “localidad”, pero no la estructura de conjunto que organiza su trama.

Sabemos que navegamos en la red, pero ignoramos cómo evoluciona y hacia dónde se dirige esa “formación” que trasciende los horizontes de nuestra mirada,

limitada al registro de la distancia que establecemos, recíprocamente, con nuestros vecinos. Es la distancia que no sólo nos separa, sino que también nos vincula y nos ubica, de buena o de mala manera, en el conjunto de todos aquellos con quienes convivimos. El perpetuo movimiento entre la transparencia o la simpatía que acercan, y la opacidad o la antipatía que alejan, nos conduce, cuando funciona bien, hacia una intimidad saludable en una convivencia armónica. Pero, aunque funcione mal, el tratar de comprender “por dónde voy”, en mi relación con los seres que amo, es lo único que puede ayudarme para saber quién soy.

**Poder, deber y querer**





## Capítulo 10

# A manera de epílogo y resumen

### Intimidad, identidad e incertidumbre

Aunque cada uno de los tres asuntos anunciados en el título del libro dispone de una parte separada, ya desde el comienzo de la primera, dedicada a la intimidad, se introducen el sexo y el dinero, y el entretreído de los temas aumenta a medida que vamos avanzando, para culminar involucrando a los tres en el último capítulo de a tercera parte. Sin embargo, más allá de la vinculación, estrecha y fuerte, que esos temas mantienen entre sí, puede ser oportuno señalar cuáles son las ideas que los unifican.

Encontramos un punto de partida en la frase de Freud que cito como epígrafe, y que alude a una forma de “doble”, que es máxima –y similar– cuando se trata de sexo o de dinero. Podemos observar una reserva que separa la vida pública de la vida íntima, pero que también separa, en la intimidad, una vida privada de otra, secreta, más recóndita, oculta en un recinto nuestro que pocas veces miramos, porque hacerlo requiere una osadía que no siempre estamos dispuestos a asumir. Cuando nos acercamos al tema de la intimidad, vemos que se

agiganta, porque incluye dos asuntos enormes, de una importancia extrema.

El primero consiste en la facultad de separar “algo” y “mantenerlo separado”, “disociado”, reprimido, oculto, desconocido, ignorado o, por lo menos, reservado. Es un procedimiento, a veces simbolizado, y otras efectivamente realizado, mediante paredes, tabiques, cortinas, biombos, puertas, ventanas, cerraduras, cofres y vestidos, que nos dan una idea de hasta qué punto vivimos usándolo de un modo permanente. Es obvio, entonces, que en alguna medida el procedimiento es imprescindible y puede funcionar de una manera saludable, pero también ingresar en condiciones insalubres, cuando se interna en el camino que, desde una inautenticidad que comienza por ser leve, alcanza, si se lo recorre todo, un grado de enfermedad que es grave.

El segundo asunto, fundamental y conmovedor, es que en esa intimidad cuyo trasfondo tan frecuentemente ignoramos, se esconde una parte muy importante de nuestra identidad. Allí nace la pregunta ¿quién soy? Una pregunta que no solicita una última respuesta, cuya búsqueda nos llevaría a ingresar en el terreno de lo interminable. Nace porque el procedimiento que usamos para ocultar aquello que preferimos ignorar suele llevarse consigo una parte que nos hace falta precisamente en los momentos, aciagos, en los que la pregunta surge. Momentos en los cuales el sentimiento de identidad que parece ser un requisito ineludible en la constitución de cada uno se desdibuja en un clima de desorientación y angustia.

Así, animada por el anhelo de que otro nos conozca y nos acepte, aparece la pregunta ¿alguien sabe quién soy?, que constituye el subtítulo del libro. No se trata de una cuestión moderna, porque su primera parte, por lo menos, “conócete a ti mismo”, ya estaba escrita en el oráculo de Delfos.

Lo que valoramos y lo que somos se forjó en la fragua de nuestros afectos entrañables. De allí, y de la confluencia de nuestra naturaleza con nuestra educación, provienen nuestros ideales, nuestra moral y nuestra manera de ser, nuestro carácter. La relación recíproca que tienen los afectos con las normas, y ambos con el carácter, nos permite comprender los sufrimientos que nos depara la crisis moral que hoy nos aqueja. Una crisis que surge porque carecemos de un conjunto suficiente de los valores compartidos que configuran la ética de una comunidad social.

El núcleo de cristalización de esa crisis parece ser un individualismo malsano que, persiguiendo el prestigio, el poder y la riqueza material, incurre en una forma ruinosa de individualidad. Una forma en la cual el orgullo es sustituido por la vanidad, el amor a los hijos oculta el narcisismo excedido, el amor a la familia oculta el egoísmo, la amistad se transforma en una relación de conveniencia, y el cariño, interpretado como una debilidad, se sustituye por la pasión, por el enamoramiento, o por el intento de poseer a las personas que pretendidamente se ama.

Escribimos, en el capítulo segundo, que los acontecimientos que se relacionan con el sexo y el dinero son los

habitantes que se han enseñoreado en nuestra estancia más íntima, empujando a la superficie otros asuntos que a veces nos parecen, quizá, más importantes, mientras que “en el sótano” se rellenan las venas de esos cuatro gigantes que denominamos envidia, celos, rivalidad y culpa. También señalamos que desde ese mundo que subyace, inquieto y turbulento, a veces afloran, precipitándonos en una crisis que perturba nuestra vida, acontecimientos que dominados por el sexo o el dinero nos obligan a reflexionar, pulsando a fondo nuestros pensamientos.

Cuando se trata de valorar el acierto de lo que pensamos, nada parece más sensato que optar por un procedimiento razonable. Sin embargo, junto a los asuntos que la razón resuelve de manera exitosa, hay algunos en donde sólo la intuición nos ayuda y, por fin, otros que permanecen insolubles y frente a los cuales no queda más remedio que tolerar la incertidumbre y “desensillar hasta que aclare”. Afortunadamente, la sorprendente capacidad de la vida para adaptarse a las vicisitudes de su entorno nos ofrece un cierto testimonio de que –más allá de las vacilaciones a las que nos conduce la epistemología– solemos acertar sin incurrir en demasiados errores.

## Sexo, genitalidad y convivencia

Los desarrollos actuales de la biología nos permiten comprender que la verdadera y primigenia función del sexo consiste en el intercambio genético, dado que la

reproducción, a cuyo servicio el sexo se presta posteriormente, puede cumplirse mediante una división asexual. El sexo, pues, antes de funcionar al servicio de la reproducción, consiste en una actividad combinatoria –en cierto modo, promiscua– que introduce variedad y conduce hacia una evolución que aumenta la complejidad de los organismos.

Los desenlaces negativos hacia los cuales la promiscuidad –entendida como contactos íntimos múltiples, “superficiales” e indiscriminados– conduce no deben hacernos olvidar que, en sus orígenes, la palabra “promiscuo” designa lo que es proclive a la mezcla o al intercambio mutuo. Esa es precisamente la función esencial que, más allá de la reproducción, define al sexo. Vemos entonces que, a su manera, la biología llega a coincidir con la economía en la importancia que ambas asignan al comercio, y también con el psicoanálisis, afirmando que la sexualidad es más amplia que la genitalidad.

La condición que descalifica la promiscuidad reside menos en la multiplicidad que en una forma de descuido que conduce al conocimiento superficial y a la indiscriminación. Cuando los hábitos del cortejo, por ejemplo, son sustituidos por relaciones genitales inmediatas y fáciles, el acto genital desaprensivo suele conducir a la frustración que acompaña al hecho desilusionante de que la mayoría de ellas se limitan a unos pocos encuentros aislados, luego de los cuales el interés erótico fenecce. También se explican de ese modo algunas frigideces e impotencias.

Es necesario agregar que una conducta promiscua sana y cuidadosa no siempre culmina en realizar esa mezcla que –dado que de sexualidad se trata– suele conducir hacia una combinación cuyos efectos son irreversibles. A veces, el acto sexual, como proceso, se detiene en su satisfacción directa, para coartarse en su fin o sublimarse, y en alguno de esos tres destinos de la realización de la mezcla, que configuran los diferentes encuadres de relaciones distintas, podemos ubicar a cada uno de los actos de la convivencia humana.

Un punto importante, en el cual es necesario reparar, radica en que no generamos ni somos dueños del amor que nos sucede. Así ocurre con el amor que uno siente hacia uno mismo, y también con el que se dedica a una persona amada. Nacemos con una cierta cuota de “amor propio” que se alimenta “desde adentro” con el amor que nuestros progenitores nos han otorgado junto con sus gametos ya desde el momento de nuestra concepción. Un amor que suele reforzarse con el que recibimos en la infancia. Deambularemos luego por el mundo procurando recuperar, con el amor de los otros, la parte que se nos ha gastado.

La inclinación de nuestro ánimo y el amor que sentimos suelen nacer mucho antes de que nuestra conciencia pueda atribuirlos a las cualidades que percibimos en las personas que amamos. Por eso solemos decir a veces que “hay química”, o nos referimos a la atracción que surge como “una cosa de piel”.

Más importante que dirimir la cuestión de si los gametos conducen al león hacia su actividad genital, o el león a sus gametos, es subrayar el hecho trascendente de que cada ego, sin importar cuán relativo o ilusorio sea, funciona –en el organismo al cual pertenece– indisolublemente unido a un sentimiento de identidad inalienable. Un sentimiento que parece ser un requisito de la constitución de un ego, porque sobrevive, inmune, y coexiste, como derecho de autodeterminación –de ser libre y dueño de sí mismo–, aun en los casos en que se adquiere consciencia de una dependencia extrema.

Hemos sostenido repetidamente que la vida de uno es demasiado poco como para que uno le dedique –a esa vida que es de uno– su vida por entero, y cuando nos contemplamos desde el ángulo constituido por la sexualidad, ese pensamiento se refuerza. También allí nos encontramos con que, si el sentido que la sexualidad otorga a la vida sólo fuera el que proviene de su satisfacción directa, sería un motivo insuficiente y pobre. No debemos olvidar que vivimos “cableados” con las personas que son “copropietarias” del entorno afectivo que, abusivamente, consideramos nuestro. Un entorno configurado en red, con un significado propio que funciona –bien o mal– en el mundo ecosistémico que alimenta nuestra vida y que no nos pertenece.

En “el expediente” que guardamos bajo llave, o en “la escena” oculta detrás de “la cortina” que custodia la intimidad sexual, viven los deseos y los hábitos esculpidos a fuego durante el camino propio que, en cada ser

humano, recorrió su particular combinatoria de virtudes y defectos que, dado que han nacido juntos, es muy difícil separar.

Un conocido mito de Platón nos trasmite la idea de que vivimos buscando encontrarnos con una mitad nuestra que se nos ha perdido. Sin embargo, los ideales que perseguimos no funcionan como algo que puede ser alcanzado. Orientan el camino que abandona lo habitual para dirigirse hacia el lugar, fugaz y esquivo, en donde lo sublime, cuando nos acercamos, nos invita a proseguir hacia una próxima estación.

Por más que nos acerquemos a la realización plena de nuestro ser en forma, nuestra inevitable incompletitud puede ser representada por el hecho, inexorable, de que sólo disponemos del punto de vista determinado por el lugar que ocupamos y que nadie puede, en un mismo tiempo, ocupar. Una razón más para comprender —decíamos al finalizar el capítulo sexto— que tus ojos me ayudan a contemplar dónde estoy, y que los necesito para saber quién soy.

## **Dinero, opacidad y transparencia**

Sabemos que el valor del dinero puede aumentar o disminuir a partir de los diferentes precios que le confiere el hecho de quedar teñido por los significados inconscientes que le otorga la excitación que acompaña a las funciones orgánicas, especialmente de la que surge ligada a los procesos finales del metabolismo. Es un valor que se añade al que nace de su función como un



medio destinado al intercambio, y que puede llegar a perturbar esa función específica que, en el seno de una comunidad, le compete.

Más allá de cuanto tenga de beneficiosa o de dañina nuestra conducta habitual con el dinero, necesitamos ubicarnos frente a un consenso insalubre que siempre en algún grado contamina con su inautenticidad, su temor o su culpa. La actitud que se asume hacia el dinero, y que predomina en el consenso, nos obliga a un equilibrio entre la transparencia que aproxima y la opacidad que establece una distancia con los seres del entorno, que a veces es necesaria aunque pueda ser ingrata. Cuando esa opacidad se adopta en la vida íntima con seres que se aman, como se aman a los padres, a los hijos, a los hermanos o a los cónyuges, puede llegar a ser muy odiosa y frustrante.

La opacidad, sin embargo, no sólo es el recurso que surge como una necesidad frente a un consenso impregnado por actitudes enfermizas. Hemos visto que la biología conduce a sostener que, lejos de ser un defecto, es un requisito ineludible de toda organización funcional. Es un recurso que genera “inmunidad” y que procede evitando, a veces con esfuerzo, una transparencia, espontánea y más fácil, que sólo en primera instancia es indolente, como se puede constatar observando la transparencia infantil que la experiencia gradualmente modifica. Gracias a esa opacidad –que a veces es represión, y otras veces, una reserva que toma la forma de un ocultamiento o de una mentira “piadosa”–, todo

funcionaría de maravilla si no fuera por los conflictos que continuamente ocasionan turbulencia en distintas zonas de la red, y que parecen constituir una inevitable condición de su modo de operar, adicto, quizás, al método que procede mediante el ensayo y el error.

Una y otra vez, nos hemos visto solicitados por la necesidad de prestar atención al hecho, inevitable, de que vivir es convivir. Convivimos “más allá” de que – tal como surge del indagar en la sexualidad– desde las fuentes mismas de nuestra excitación vital “queremos” convivir. Es muy importante tener en cuenta, entonces, que hoy, cuando se oye sostener con tanta frecuencia que cada cual debe tener su idea, hay algo que necesitamos comprender. Si asignamos algún valor a las ideas, debe llegarse en algún momento a concordar lo que pensamos, para poder convivir con autenticidad, sin hipocresías, sin sometimiento y sin abuso. Reparemos en que quienes piensan que cada cual debe tener su idea contrarían su propio enunciado y se vuelven intolerantes si, en ese punto, disentimos con ellos.

Debemos retomar aquí lo que antes sostuvimos. Es imposible negar que las ideas conduzcan a hechos; los hechos, a sentimientos; y los sentimientos, a valores. No es un asunto menor, entonces, el que procuremos, con autenticidad y cordialidad, con esmero y con medida, convencer a las personas con quienes convivimos, con aquellas ideas que, si rigen nuestra vida, es porque con ellas nos hemos convencido. Siempre dispuestos, como

es obvio, a que, con idéntico cuidado, intenten convencernos con las suyas.

Es necesario reconocer que es muy duro disponernos a aceptar una vida que trascurra inmersa en la polémica de innumerables controversias, pero también necesitamos reconocer que esas controversias no serían tan duras si no fuera porque tantas veces las hemos postergado. La cuestión esencial no radica, sin embargo, en que se trata de controversias que pueden ser muy duras, radica en que, si no negamos el valor del pensamiento, son inevitables. Porque si aceptamos que de nada vale pensar cómo se vive si no se está dispuesto a vivir como se piensa, y dado que vivir es convivir, vivir como pensamos que debemos vivir nos obliga a conciliar nuestras ideas con las que rigen la vida de quienes nos rodean.

Es importante recordar que esa conciliación tiene un límite, y que la convivencia sería insoportable si no fuera porque no estamos obligados a que todos nuestros contactos transcurran en un espacio estrecho. Cuando funcionamos en condiciones saludables, podemos, ante la inminencia de un choque, establecer una distancia justa que altere nuestra ruta sin alterar nuestra meta. Así se configura, para cada relación, un encuadre óptimo que lubrica los roces de nuestro convivir y que, es forzoso admitirlo, no siempre se alcanza.

Sabemos que navegamos en la red, pero ignoramos cómo evoluciona y hacia dónde se dirige esa formación que trasciende los horizontes de nuestra mirada, limitada al registro de la distancia que establecemos, recí-

procamente, con nuestros vecinos. Es la distancia que no sólo nos separa, sino que también nos vincula y nos ubica, de buena o de mala manera, en el conjunto de todos aquellos con quienes convivimos. El perpetuo movimiento entre la transparencia o la simpatía que acercan, y la opacidad o la antipatía que alejan, nos conduce, cuando funciona bien, hacia una intimidad saludable en una convivencia armónica. Pero no siempre se logra que funcione bien y, aun así, bien o mal, inevitablemente convivimos. Por eso decimos que tratar de comprender “por dónde voy”, en mi relación con los seres que amo, es lo único que puede ayudarme para saber quién soy.

### **Poder, deber y querer**

Nos encontramos con el hecho, impresionante y sorprendente, de que —a pesar del antiguo principio que reza: primero no dañar— la mayor cantidad de muertes, en los EE.UU., se produce como consecuencia de la intervención del médico. Hay pues, sin duda, una crisis en la medicina, y frente a la existencia de una crisis en la economía, que viaja atravesando países y fronteras, cabe preguntarse si no las mancomuna el hecho de proceder, ante las realidades complejas, con aproximaciones lineales que empeoran lo que pretenden mejorar.

Volvamos sobre la afirmación de que, cuando se trata de la vida, materia, alma y espíritu son tres aspectos con los que suele presentarse, ante la consciencia humana, y en distintas circunstancias, una misma realidad. Frente

a esa realidad compleja, llamamos materia a lo que percibimos con nuestros órganos sensoriales; alma a lo que posee una intención y un sentido que siempre, en alguna medida, nos importa; y espíritu a lo que un conjunto de almas unidas producen o poseen en común.

Se oye decir a menudo que un materialismo carente de espiritualidad es el engendro que carcome las vísceras de nuestra época, que muchos consideran extraviada, y que nos deja, desubicados, confusos y frustrados, vagando sin principios morales suficientes en un mundo “únicamente físico” que se nos antoja carente de sentido.

Todo induce a suponer, sin embargo, que el materialismo que nos aqueja no carece de espiritualidad. Que lo impregna, en cambio, un espíritu malsano que se ha pervertido por obra de un individualismo que ha extremado las metas de nuestra individualidad saludable. Así ocurre cuando, desde nuestra condición de personas con derecho a la autodeterminación de su destino, nos creemos autosuficientes y completos, y nuestra conducta insiste en ignorar que nuestros derechos encuentran un límite en los derechos ajenos. Nuestra conducta egoica, que comenzó siendo necesaria y sana, suele entonces convertirse en el egoísmo que envenena y perturba nuestra convivencia.

El estudio de las redes —que conduce hacia una sociología nueva que ensaya sus primeros pasos— ha permitido comprender que el gobierno no se ejerce con un control único que opera desde una posición jerárquica encumbrada, sino que surge del conjunto entero. Es

así como vuelan las aves en bandadas y se desplazan los peces en cardúmenes. Sin embargo, no cabe duda de que las actitudes que adoptan las personas, que suelen adquirir consenso y que no siempre son conscientes, influyen sobre el funcionamiento de las instituciones.

Es necesario prestar atención al hecho, trascendente, de que el poder fundamental de la moneda es un poder adquisitivo, y que no todas las formas de poder se circunscriben a esa, particular, que consiste en poder adquirir comprando. Aunque el dinero, cuando se lo adquiere y se lo usa de manera saludable, puede contribuir en el proceso de generar bienestar, no todas las cosas que se anhelan son cosas que se pueden comprar, y entre las cosas que no se compran, sobresalen la salud y el amor. Es muy importante destacar que las formas arruinadas del amor contaminado por un uso insalubre del dinero no se circunscriben a las relaciones de pareja, sino que, por el contrario, forman una parte, grande o pequeña, de las relaciones con los hijos, con los padres, con los hermanos y con los amigos.

Podemos arriesgarnos a sostener que nadie debería acumular una suma de dinero que supere demasiado la cantidad que su ingenio le permite emplear como un medio para alcanzar otros fines. Cuando la acumulación excede ampliamente esos límites, suele ser como consecuencia de que se ha alterado “la razón de ser” que lo califica como un medio que agiliza el trueque, y se lo ha transformado en un bien en sí mismo. Una consecuencia funesta de esa transmutación de valores consiste

en que conduce a que la cifra que se procura guardar no alcance jamás un tope, y que el acumular dinero, convertido en un hábito, contribuya a que nunca parezca suficiente, negando que, en los asuntos de la vida, el óptimo nunca coincide con el máximo.

Dado que las desmesuradas ansias de poder que se manifiestan en el afán excesivo de acumular dinero suelen ocultar al fantasma de una insoportable impotencia –que conduce, muchas veces, a preferir la tortura que deriva de asumir que hemos causado lo que no pudimos evitar–, nada tiene de extraño que la posesión de abundante dinero, y otras distorsiones, transcurra en un frecuente maridaje con la culpa que nos atemoriza y avergüenza. Tal vez la consecuencia más importante de las desmesuradas ansias de poder radica en que conducen a un desequilibrio insalubre en las tres categorías páticas (poder, deber y querer) de nuestra vida afectiva, que ocurre cuando la magnitud de un poder perniciosamente adquirido menoscaba los influjos del deber y del querer. Cabe pensar que a ese acontecimiento alude la afirmación frecuente de que el poder corrompe.





## Capítulo 11

### Relato del filme *Appaloosa*

*La vida tiende a hacer de lo previsible algo que nunca sucede, y de lo imprevisible aquello en lo que tu vida se transforma.*

#### La ley y el orden

La historia del filme que narraremos, *Appaloosa*, dirigido por Ed Harris –basado en la novela de Robert B. Parker, con un guión de Robert Knott y Ed Harris– y titulado en castellano *Entre la vida y la muerte*, transcurre en el territorio de Nuevo México, en 1882. La música ha sido compuesta por Jeff Beal. En las primeras escenas, un hacendado, Randall Bragg (representado por Jeremy Iron), rodeado por un conjunto numeroso de secuaces, asesina al comisario Jack Bell y a los dos delegados que lo acompañan, cuando se presentan en su rancho para llevarse detenidos a dos de sus hombres, acusados por haber violado y matado a una mujer en Chicago, luego de asesinar a su marido.

En la escena siguiente, dos hombres a caballo atraviesan una inmensa llanura en el sudoeste de los EE.UU.

La voz de uno de ellos, Everett Hitch (representado por Viggo Mortensen), nos cuenta, en *off*, que se ha formado en la Academia Militar de West Point, y que después de la guerra civil y de pelear contra los indios, se retiró del ejército, porque no le permitía una suficiente expansión espiritual. Conoció a Virgil Cole (Ed Harris), a quien ahora acompaña, y al cual ayudó “con su escopeta” cuando Cole tuvo que lidiar con unos montañeses borrachos. Desde entonces, llevan doce años juntos “manteniendo la paz” en distintos pueblos de la frontera. Ahora se encaminan a un poblado denominado Appaloosa, y Hitch no tiene duda de lo que seguirá haciendo en un futuro previsible, pero “la vida –dice– tiende a hacer de lo previsible algo que nunca sucede, y de lo imprevisible aquello en lo que tu vida se transforma”.

Los vemos llegar al pueblo. Cole, con su sombrero negro, llega precedido por su fama de hombre aguerrido y veloz con el revólver, y suscita la admiración de los niños. Allí, en una reunión con los ciudadanos más encumbrados de la comunidad, que los han convocado para contratarlos, les cuentan que nadie ha vuelto a ver al comisario Bell ni a sus delegados luego de su visita al rancho de Bragg. Dicen que Bragg es oriundo de Nueva York y que pretende haber trabajado allí con Chester Arthur, el presidente de los EE.UU. Desde que Bragg se ha instalado en la zona, atraído por las minas de cobre, los inversionistas de Chicago se han retirado, atemorizados por los asesinatos. Todos en el pueblo les temen a él y a sus pistoleros. Compran provisiones, o

comen y beben en la cantina, y no pagan. Acosan a las mujeres. Usan los caballos ajenos y no los devuelven. Viven como viven los coyotes de los cadáveres de búfalo. Cole comenta sin ánimo de ironía, como quien establece simplemente un hecho, que a cualquier carnívoro le gusta un búfalo muerto.

Ante la pregunta de si aceptan ser contratados para restablecer el orden, Cole le pide su opinión a Hitch, quien, casi como si hablara consigo mismo, responde: "A eso nos dedicamos". Surgen algunas dudas cuando los ciudadanos se enteran de que lo que Cole disponga tendrá el carácter de ley, pero en ese momento la camarera entra, aterrada, diciendo que en el bar cuatro hombres de Bragg están provocando disturbios; y entonces deciden, rápidamente, firmar el documento que le otorga a Cole, en su carácter de comisario, plenos poderes; Hitch será su delegado. Guardando con cuidado el papel en su bolsillo, Cole se levanta y, junto con un Hitch armado con su inseparable escopeta, se dirige al bar.

Dos hombres, allí, frente a los vasos de whisky que les ha servido el cantinero en la barra, se divierten orinando en el piso. Cuando Cole se presenta como el comisario y los invita a que se abrochen la bragueta, se burlan, y uno de ellos le pide que se acerque para poder orinarle en el bolsillo. El comisario, impasible, les comunica que los arrestará, y les avisa que si uno de ellos desenfunda su pistola, los matará a los dos. Así sucede, mientras un escopetazo de Hitch mata a un tercer hombre de Bragg que saca su revólver a espaldas de Cole.

Pocas horas más tarde, el comisario está sentado al lado de la ventana, en una de las mesas de la cantina. A seis metros de distancia, en un ángulo, de espaldas a la pared y con su escopeta en las rodillas, está sentado Hitch. Phil Olson, uno de los ciudadanos prominentes que los han contratado, se apresura, lleno de miedo, para avisarle a Cole que Bragg, con algunos de sus hombres, lo está buscando y, efectivamente, todos ellos se introducen en la cantina.

El diálogo que entonces se establece entre un Bragg arrogante y al mismo tiempo cauteloso, y un Cole “profesional”, atento al menor detalle, sereno y decidido, que además de confiar en su capacidad no teme morir, no tiene desperdicio. Pero me veo obligado a omitirlo para no sobredimensionar este relato, y sólo mencionaré que cuando Bragg se retira con sus hombres, diciendo, con una sonrisa que intenta ser desenfadada, que quizá no sea esta la ocasión, Hitch le comenta al asustado Olson: “El señor Cole lleva mucho tiempo haciendo esto”.

## Allie

El tren llega a la estación de Appaloosa; y ante la mirada atenta y reflexiva de Hitch montado en su caballo, surge la figura elegante de la Sra. Allison French (Renée Zellweger), joven y bonita. Poco después, en el restaurante, se inicia un diálogo entre ella y Virgil Cole, gracias al cual nos enteramos que es viuda, que toca el órgano y el piano, que tiene un solo dólar y que busca un hotel barato y limpio. Cole le propondrá quedarse en el hotel

a cambio de tocar el piano. Hitch, que ha entrado y se ha sentado en la mesa que ocupa el comisario luego de haber sido formalmente presentado a la Sra. French, los mira de reojo. La actitud cordial de Cole, cuando habla con ella visiblemente atraído por la simpatía de Allison, pone en su cara, ruda y severa, el esbozo de una sonrisa torpe. Le encarga a su ayudante que la acompañe hasta el hotel, y poco después, sentado en el cobertizo de su oficina, quiere saber de qué han hablado, y se entera de que a ella le gusta que la llamen Allie.

Más tarde, Virgil Cole y Everett Hitch se preguntan qué habrá pasado con el comisario Bell, y llegan a la conclusión de que seguramente confió demasiado en que Bragg respetaría la ley. “No es sólo cuestión de saber dispartar —comenta Cole—, debes pensar en los hombres”. Cuando Everett añade que “esa es una razón por la cual tú estás aquí y Jack Bell ya no”, Virgil, luego de una breve pausa, lentamente, le responde: “Sí, esa es una razón. Tú eres la otra”. De más está decir que la riqueza comunicativa de esos diálogos, en donde participan las actitudes corporales, los pequeños movimientos de la cabeza, los ojos y la boca, y los silencios expresivos de un hablar parco y demorado, conmueve.

En las palabras que intercambian Allie y Virgil se transmiten “a fondo”, de manera llana y simple, sus motivos y sus sentimientos. Veamos, por ejemplo, el diálogo que ocurre poco tiempo después:

—¿Desde hace cuánto te ganas la vida matando gente?

—Allie, yo no me gano la vida matando gente. Yo impongo la ley. Matar a veces es una cosa relacionada.

—¿Y nunca has matado más que para imponer la ley?

—Nunca.

—¿Está diciendo la verdad? —pregunta ella dirigiéndose a Everett.

—Virgil siempre dice la verdad —contesta Everett.

—Nadie dice siempre la verdad —afirma Allison.

—¿Por qué no? —responde Virgil—. Siempre es más fácil decirle a un hombre lo que piensas.

—¿Y a una mujer?

—Pues no recuerdo haberle dicho nada a una mujer nunca.

—Virgil Cole —dice ella riéndose—. ¿Qué? ¿Quieres decir que nunca has tenido una mujer?

—No debería estar discutiendo esto contigo.

—¿Pero la has tenido?

—Claro que sí.

—¿Y jamás le has dicho nada?

—Sólo hacíamos lo que teníamos que hacer.

—¿Que era qué?

—Ya no voy a hablar más de eso.

—Ay, Virgil —dice Allie riéndose—. Sólo estaba bromeando.

—No disfruté la broma.

En ese momento, dos hombres del pueblo, en la barra del bar, hablan en voz alta con palabras groseras. Cole se levanta, los increpa y, cuando uno de ellos, bo-

rracho, intenta defender su derecho a permanecer en el bar, lo golpea con incontrolada violencia hasta un punto en que Hitch tiene que sujetarlo para que deje de pegarle. Es la única vez, en todo el filme, en que pierde el control, y eso nos revela cuánto lo han perturbado las últimas palabras de la conversación con Allie.

Al día siguiente, suceden dos cosas importantes. La primera de ellas es que Phil Olson se acerca a Hitch para quejarse de la actitud de Cole. En un muy breve intercambio de palabras, Hitch le dice que le entregó una botella de whisky –que le enviaba Cole– al ciudadano agredido; que Virgil no hace cosas tales como pedir disculpas; que en la tarea que han venido a desempeñar no es común que se lastimen inocentes, pero que a veces sucede; y que si no actuaran de la manera que Olson considera una locura, no sería el Virgil Cole que han contratado y no se dedicaría al trabajo que ambos realizan. La segunda cosa importante que sucede ese día es que Hitch ve, desde el otro lado de la calle, con una expresión atenta y reflexiva, que Allison entra en la oficina del comisario y –a través de la puerta, que permanece abierta– ve también que se abrazan y se besan en la boca.

Otro día comienza en Appaloosa, y vemos que Cole, de muy buen humor, baja de su habitación en el hotel para desayunar junto a su delegado. “¿Está todo bien entre tú y Allie?”, pregunta Everett, y Virgil contesta: “Es una mujer linda y todo está de maravilla entre nosotros”. Mientras Everett agrega “me da gusto”, Allison se

acerca sonriente y, luego de saludarlo con un beso en la mejilla, se sienta con ellos mirando embelesada a Cole. Entonces le dice a Hitch, muy entusiasmada, que Olson les va a vender, para ella y Virgil, la casa que están construyendo en el lado este de la calle sur. Los tres sonríen complacidos, y en ese momento entra Joe, un muchacho muy joven que quiere hablar con el comisario.

Joe trabaja para Bragg y ha visto horrorizado cómo mató a Jack Bell y a sus delegados; no quiere tener nada que ver con asesinatos y se ofrece para testificar en su contra. Cole le aclara que si testifica, lo protegerá, pero debe estar seguro de lo que hace, porque no quiere matar a un montón de gente para arrastrar a Bragg a la corte y que su testigo desaparezca. Joe le da su palabra. Por la noche, Cole y Hitch se acercan sigilosamente al rancho de Randall Bragg. Al despuntar el alba, gracias a su decisión, su habilidad y su coraje, logran apresarlo y conducirlo hasta la cárcel sin disparar un solo tiro.

Luego de encerrar al prisionero, Virgil le dice a Everett que irá a ver cómo está Allie, y que si surge algún inconveniente, dispare un par de tiros y él vendrá. En ese momento, Everett, desubicado por primera y única vez, comenta: “A menos que estés montando a todo galope”. Virgil, incómodo, le dice: “Tú y yo nos conocemos desde hace mucho. No me gustan esos comentarios menos...”. Virgil busca la palabra y Everett se la alcanza: “Menospreciantes”, y Virgil prosigue: “Y menos acerca de Allie”. Everett, luego de un breve silencio, pensativo, le responde: “No, y no deberían gustarte. Discúl-



pame”. Virgil contesta: “No fue con mala intención. Te disculpo”.

## El malhumor de Allie y la fuga de Bragg

Mientras Allie se pasea dentro de la casa en construcción imaginando cómo será cuando esté lista, en el cobertizo de la comisaria Virgil le cuenta a Everett que ella “anda detrás de él como un cachorrito”, y que le reprocha que sólo se ocupa de cuidar a su prisionero. Se queja de que no ha llevado a su amigo a ver la casa, y que parece estar más interesado en su trabajo que en ella. Cole le pide a su delegado que vaya a visitar la construcción, que le diga que le gusta cómo está quedando y que la tranquilice un poco. Allie le ha pedido que elija la tela que usarán para las cortinas. Virgil, con la mejor buena voluntad, alega que nunca ha tenido una casa, y que no supo qué decirle. Everett lo observa y comenta, casi como si hablara para sí mismo, que si arrecia el viento, la casa se cae y adiós preocupaciones. Pero Virgil, en un clima suelto y relajado, le asegura que no se va a caer y que su carpintero es muy bueno. Luego insiste: “¿Quieres ir, por favor? Ve, llévale esto. Dile que escoja la que le gusta”.

“¡Everett! –dice Allie cuando Hitch llega–, me he de ver terrible”. Él le asegura que se la ve muy linda, como siempre. Transcurridas unas pocas palabras, Allie se queja de que Virgil no le presta atención a la casa, que se pasa la vida en la cárcel, con su arma, haciendo de comisario, y que ese es su trabajo, pero no es su vida.

Enseguida lo lleva de la mano y le muestra, entusiasmada, los lugares en donde ubicarán la sala, el dormitorio y la cocina. En ese momento, le pregunta si los visitará a menudo y, por fin, mirándolo con atención, si ella le parece bonita. Cuando Everett le contesta que sí, ella lo besa apasionadamente en los labios. Él acepta su beso y la abraza, pero enseguida le dice: "Allie, estás con Virgil. Y yo también". "Virgil no está aquí", insiste ella mientras procura, seria y contrariada, continuar besándolo. Y cuando Everett añade: "Tú y yo no estamos juntos. Ambos estamos con él", ella le contesta, enojada: "Suéltame. ¿Entiendes lo que te digo? Suéltame".

Unos veinte hombres de Bragg llegan al pueblo para exigir que lo liberen. Es claro que si se inicia el tiroteo, el comisario y su ayudante morirán, pero también morirá Bragg, a quien Hitch está apuntando, dentro de la cárcel, con su escopeta; y morirán, además, los principales líderes de los hombres de Bragg. Cuando Vince, que los comanda, se da cuenta de que Cole y su delegado están dispuestos a morir, se retiran sin cumplir con su propósito.

En la escena siguiente Everett le cuenta a Katie (Ariadna Gil), a quien ha conocido en el bar y se ha convertido en su amante, lo que le ha sucedido con Allie. Ella le pregunta, sonriente, "¿y tú qué hiciste?"; y se ríe cuando él le contesta, incómodo, "salí corriendo". También quiere saber si se lo ha dicho a Cole. Hitch le dice que no, que Virgil no aguantaría que se lo dijera, y que si Cole se entera, sabrá quién fue la que abrió

la boca. Katie lo comprende y, cariñosamente, lo besa, pero luego de preguntarle acerca de lo que sucederá si Allie le cuenta a Virgil que ha sido Everett el que se ha propasado, agrega que, tarde o temprano, se lo dirá.

En el pueblo, todo se está preparando para enjuiciar a Bragg. Virgil y Allie están por iniciar un paseo en una carreta ligera cuando llegan los hermanos Shelton. Apparentemente están de paso y se quedarán a presenciar el juicio. Cole los conoce, y cuando Hitch le pregunta si trabajan para la ley y son buenos en el manejo del revólver, le responde que trabajan como pistoleros y que son excelentes, tan buenos, tal vez, como Virgil y Everett. Cuando se saludan y Virgil les presenta a su delegado, Ring Shelton, el mayor, le pregunta a Hitch si es tan buen tirador como Cole, y Everett le contesta, rápidamente, que no conoce a nadie tan bueno como Cole.

El juicio se substancia, y una vez que Joe ha cumplido con su papel de testigo, el juez del condado, Callison, que ha viajado especialmente para ejercer su función, le sugiere que huya a todo galope y sin mirar hacia atrás. Randall Bragg es declarado culpable y sentenciado a la horca en la prisión de Yaqui, adonde será trasladado con la custodia de Cole, Hitch y dos alguaciles del condado que han llegado a Appaloosa acompañando al juez.

Durante el viaje en tren a Yaqui, vemos a Cole, por segunda vez, leyendo a Emerson. Se dirige entonces a Hitch para consultarle por el significado de una palabra, como hace con frecuencia, y con ese fin, le cita el párrafo que reproducimos: “Cumplir con mi deber es lo único

que me importa, no lo que la gente piensa. Esta regla, igual de ardua en la vida real que en la intelectual...”.

Cuando el tren se detiene en una parte de su trayecto para reponer agua en su caldera, surgen, desde abajo del puente en donde se ocultaban, los hermanos Shelton. Vienen con Allie, a quien traen montada en uno de los caballos con las manos atadas y un lazo en el cuello. Mackie Shelton le apunta a la cabeza con los dos cañones de una escopeta. Exigen que se les entregue a Bragg, y sólo devolverán a Allison cuando se hayan alejado lo suficiente. Cole decide entregar a su prisionero. Los Shelton se llevan a Allie y huyen con Bragg.

## La cacería

Hitch regresa con el tren hasta Appaloosa para conseguir caballos. Cole, pensativo, lo espera en el lugar para seguir el rastro de los que han huido. Bragg, liberado, le ha dicho a Cole que jamás lo colgará; y Cole le ha contestado que todavía no es jamás. Cuando Hitch vuelve con caballos, comienzan a seguir el rastro. Por la noche, en torno al fuego, surge, entre Virgil y Everett, un diálogo que es imprescindible reproducir aquí.

—¿Estás bien? —pregunta Everett.

—¿Bien? —contesta Virgil.

—¿Cómo te sientes? Acerca de Allie y lo demás.

—Everett... llevamos un buen tiempo juntos. No sé cuánto tiempo, pero bastante. No hay nadie con quien me gustaría más trabajar. Eres tan bueno como cualquiera, excepto quizás los Shelton y yo. La razón por

la que tú no eres tan bueno como los Shelton y yo... no tiene nada que ver con firmeza, rapidez o "fortuitidad". La razón por la que somos mejores es que tú tienes sentimientos.

—Demonios, todos tenemos sentimientos.

—Los sentimientos acaban matándote.

—Tú sientes algo por Allie, ¿no?

—Yo quería a Allie en el pueblo y la voy a querer cuando vuelva. Pero ahora hay algo huyendo, y lo queremos agarrar.

Al día siguiente, desde una colina divisan, a lo lejos, al grupo que persiguen. Al norte, con el catalejo, ven indios chiricauas que viajan con caballos robados. Cuando se acercan, sigilosamente, ven que los fugitivos descansan alrededor de un árbol, a la vera de un arroyo. Everett mira nuevamente con el catalejo, y ve a Ring y a Allie que, desnudos, se bañan en el agua del río. Dado que Everett no le dice nada, Virgil le pregunta qué pasa y le pide el catalejo. Luego de usarlo, lo cierra y ambos se miran en silencio.

En la orilla del arroyo, Allie y Ring comienzan a vestirse mientras Virgil y Everett continúan acercándose ocultos detrás de las matas. En ese momento, los indios atacan a Bragg y los Shelton sin darles tiempo para que se defiendan. Se apoderan de las armas y de Allie, y cuando intentan llevarse su botín, Virgil y Everett matan al caballo de carga y con numerosos disparos los obligan a huir precipitadamente, dejando todo lo que pensaban llevarse.

Bragg y los Shelton, ahora desarmados, son prisioneros, pero los indios acechan desde el entorno, y Cole afirma que, mientras estén ahí, rodeados de salvajes hostiles, deberán postergar sus diferencias. Los Shelton le dan su palabra de que respetarán el convenio y Cole les devuelve sus armas. Allie, a medio vestir y avergonzada, se acerca a Cole buscando que la perdone y la proteja. Virgil le pregunta a Mackie si tiene algo de ropa para Allie, y le comenta a ella: “Ya vieron todo lo que tienes. ¿Para qué lo tapas ahora?”.

La situación es difícil, porque los indios son diez y están armados con rifles, pero Hitch, arriesgando su vida, se encamina hacia la colina para negociar con ellos y, mirándose a los ojos con el que los lidera, sin intercambiar una sola palabra, a cambio de entregarles un caballo, consigue que renuncien a una pelea que a ninguno de los dos grupos le conviene.

Por la noche, Allie le pregunta a Virgil si puede sentarse al lado de él y de Hitch; Cole le dice “ven”, y ella se acerca y le ruega “perdóname”. Hitch se levanta, y Virgil agrega: “Quédate aquí, Everett”. Allie continúa diciendo que se sentía muy sola, y que los hermanos Shelton la protegieron. Cole le pregunta si también se ha acostado con Mackie. Ella le contesta que no, que fue con Ring, que era el que mandaba, y agrega que hizo lo que tenía que hacer. Cole le dice entonces a Hitch: “Everett..., si Ring me mata, ¿crees que ella se vaya con él?”. Mientras Allie lo mira, seria, Everett, luego de menear la cabeza en silencio, responde: “Yo creo que Allie

necesita estar con un hombre”. Ella, entonces, exclama: “¡Eres un desgraciado!”, y dirigiéndose a Cole, le dice: “No le hagas caso. Él trató de ponerme las manos encima en nuestra casa”. Everett aclara que no es verdad, y Cole agrega: “No, Allie. Everett no hizo eso”. Y cuando ella se queja de que Virgil le cree a Everett más que a ella, él responde sencillamente: “Correcto”.

## El ajuste de cuentas

Llegan por fin a Río Seco, el pueblo en donde deberán dirimir sus diferencias, ya que Ring insiste en que Bragg les pertenece a él y a su hermano, porque les debe dinero, y el comisario no está dispuesto a cederlo, porque es su prisionero. Allí Cole se presenta a su colega local, y le pide que, mientras él pone algunas cosas en orden, aisle a Bragg, sentenciado a la horca por el asesinato de un alguacil. Virgil y Ring convienen en que el duelo se llevará a cabo dos horas después en el corral del ganado.

En la habitación del hotel, mientras se lavan y se ponen ropa limpia, Everett le explica a su amigo que fue difícil no corresponder a su beso, pero que la detuvo y que eso a ella le disgustó. Virgil comenta que nunca había conocido a una mujer así; siempre había andado con putas y con la india que lo acompañó durante un tiempo. Allie habla bien, se viste bonito, es linda, toca el piano, sabe cocinar, es muy limpia, mastica bien su comida, pero parece que se quiere acostar con todos los que no estén castrados. Everett le dice que no está

seguro de que eso sea cierto. Piensa, en cambio, que ella quiere estar con el primer semental, y cuando Virgil afirma que hay un solo semental en la manada, Everett le responde: “En un momento dado”.

—Entonces —continúa diciendo Virgil—, cuando yo estoy, me ama.

—Creo que sí.

—Cuando no estoy, te ama a ti.

—Probablemente no sea amor.

—Cuando no estamos tú y yo, lo ama a Ring.

—De nuevo, yo no diría que eso es amor.

—¿Me ama a mí?

—¿Tú qué crees?

—Yo creo que sí.

—Tú eres el que debe saberlo.

Virgil no responde a esa pregunta, pero en cambio, dice:

—¿Sabes que se baña todas las noches antes de dormir? Me gusta estar con ella.

—No tiene nada de malo.

—Necesito dejar atrás lo de Ring.

—Quizá no sea la última vez.

—Será la última vez con Ring.

En ese momento, Allie golpea la puerta y le dicen que entre. Virgil y Everett están preparándose para el duelo con los hermanos Shelton. Luego de un silencio ominoso, Allie comienza diciendo:

—¿Ninguno de los dos tiene miedo?

—¿Miedo? —contesta Virgil.



—¿De que los maten?

—Ay, no sé, Allie —continúa diciendo Virgil—. Supongo que no pienso mucho en eso.

—Pues yo tengo miedo. Tengo miedo todo el tiempo —agrega Allie con una sonrisa angustiada.

—¿De qué?

—De todo

—¿Por ejemplo?

—De estar sola. De estar con el hombre equivocado. De no tener dinero... ni dónde vivir.

—Yo te voy a cuidar.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el tiempo que necesites.

Poco después, mientras se dirigen hacia el lugar del duelo y Allie, angustiada, los mira desde el balcón, Everett comenta, casi como si hablara consigo mismo y separando cada frase con un breve silencio: “Nos ha ido bien en nuestro tiempo juntos. Siempre ha sido un trabajo. Nunca metemos asuntos personales. Vamos a batirnos con Ring por Bragg, ¿verdad? No puedes ser comisario y dejar que se lleven a tu prisionero”.

Virgil y Everett no llegan al corral. Cuando se acercan, desde la comisaria salen Ring y su hermano con sus revólveres en la mano; pero además, desde las ventanas del primer piso, Bragg y el comisario de Río Seco les apuntan con sus rifles. Ring le dice que ha cometido un error dejando a Bragg en la cárcel del comisario Russell, primo de los Shelton. Virgil susurra: “Yo me encargo de Ring; tú, de Mackie. Y luego vamos arriba”. En el

intercambio de disparos, los hermanos Ring y Mackie mueren de inmediato, y también Russell. Cole y Hitch quedan, heridos, en el suelo. Bragg huye a todo galope mientras Everett trata inútilmente de alcanzarlo con un último tiro. Cole dice que le han dado en la rodilla izquierda y que todos sabían tirar bien. Allie se acerca, corriendo, para asistir a Virgil.

## El indulto

Tiempo después, ya de regreso en Appaloosa, de nuevo junto a Virgil y Everett, Allie, ya en la casa nueva en donde vive con el comisario, les manifiesta su gratitud porque no la abandonaron, y le dice a Cole que en su corazón ella sabe que lo que hizo lo hizo por ella. Al mismo tiempo, y ante la indulgencia de Virgil, coquetea con Hitch, diciéndole que le da mucha vergüenza que él la haya visto desnuda. Más tarde, en la cama y abrazada con Everett, Katie le dice que Allie lo tiene “de reserva” por si Virgil muere. Cuando Everett le pregunta si no cree que Allie ame a Virgil, ella le responde que allí el amor es muy difícil para una mujer, que probablemente ni la misma Allie sabe lo que siente; sabe que Cole es el que manda en el pueblo y se quedará con él mientras así sea.

Virgil y Everett están cavando en el terreno, junto a la puerta de la verja que da acceso a la casa de Virgil, cuando se presentan tres de los ciudadanos prominentes del pueblo para comunicarle al comisario que ha sucedido algo “un poco fuera de lo común”. Han recibido

un telegrama del juez Callison en el cual se les informa que Randall Bragg ha recibido del presidente Chester A. Arthur el perdón completo por el asesinato en el condado de Yaqui.

Ha pasado un tiempo. Virgil, Everett y Allie están cenando en el hotel, y de pronto entra Bragg, elegantemente vestido, se acerca a la mesa, y luego de saludar tocándose el sombrero, le tiende la mano a Cole diciéndole: “Lo pasado, pasado”. El comisario le contesta: “Bragg..., no sé qué clase de trato hizo, pero para mí usted asesinó a Jack Bell”. Bragg, luego de decir “lamento que lo tome así”, se dirige a la mesa de al lado, en donde los ciudadanos prominentes lo reciben diciéndole: “Sr. Bragg, qué gusto verlo”. Allie, mientras tanto, le pregunta a Cole: “¿Por qué crees que haya vuelto aquí?”, y él le contesta: “Por orgullo”.

En la escena siguiente, Cole, que lleva en la rodilla de la pierna izquierda, rígida, una cobertura de cuero sujeta con correas, baja del tren y le comenta a Everett: “El juez Callison dice que no se puede hacer nada”. Aclara que el abogado de Bragg apeló sosteniendo que faltaban los cadáveres y que la evidencia del crimen no era suficiente. El presidente, además, lo perdonó antes de que acabara la apelación. Mientras salen de la estación, Hitch dice:

—Siempre había pensado que somos pistoleros porque podemos. Porque somos mejores que la mayoría. Es mucho mejor que arrear vacas o excavar por cobre... o ser soldado. Si trabajas como alguacil, te

pagan regularmente... y más o menos sabes cuándo hacerlo y cómo.

—Así es —afirma Cole.

—Yo nunca me he tomado el lado legal muy en serio. Creo que es una manera de sentirme mejor sobre el ser pistolero.

—Yo lo tomo en serio. Si no, ¿qué clase de hombre soy?

Bragg se ha convertido en el dueño del hotel y se acerca a la barra para invitar a Everett a tomar una copa que el delegado no acepta. Luego de un tenso intercambio de palabras, en el cual Everett le aclara que el comisario se niega a entrar en el hotel, Bragg dice que entiende por qué les cae tan mal, pero afirma que él ya no es el mismo de antes, que se ha reformado; que tenía esperanzas de trabajar con ellos, ya que a los concejales les cae muy bien el nuevo Bragg, y que si Hitch y Cole no se alinean, se pueden quedar sin empleo. Se dirige entonces hacia el piano que Allie está tocando, y ella se ríe complacida cuando él le alaba su vestido ajustado y le alcanza una copa de jerez.

## Un gesto noble

Cole y Hitch, desde el cobertizo de la comisaría, ven en la calle principal de Appaloosa un magnífico toro Herefordshire que Randall Bragg ha comprado en Inglaterra. Everett comenta que alguien le dijo que Randall encontró una mina de plata en Nevada, pero que también hay quien dice que él y su gente robaron en

México un tren que llevaba oro. Virgil aduce que algo debe poder hacerse, y que no lo van a sacar de allí. Everett afirma que Bragg tiene a Olson y a su gente metida en el bolsillo, que el pueblo los contrató y que los puede despedir. El comisario le responde que él y Allie tienen una casa en Appaloosa, y que no se irá. El diálogo continúa.

—¿En calidad de qué te vas a quedar? —pregunta Everett.

—Todavía no lo he resuelto.

—Quizá tenga más sentido irse de aquí. ¿Ya lo hablaste con Allie?

Virgil asiente.

—¿Ella tampoco se quiere ir?

Virgil esboza apenas un gesto que significa no. Luego de un incómodo silencio en el cual Everett, con tristeza, mueve su cabeza afirmando y negando sus propios pensamientos, continúa diciendo:

—Necesito decirte algunas cosas. Si me quedo aquí, no podré ganarme la vida.

—Ya lo sé.

—Tengo que decirte otra cosa.

—Quizá me deje —anticipa Virgil.

—Sí. Tú viste como estaba con Ring Shelton.

—Yo no pienso dejarla.

—Está bien —dice Everett, cruzándose de brazos con una sonrisa triste. Y cerrando los ojos, repite—: Está bien.

En el hotel, Allie está tocando el piano. Desde afuera, Everett mira hacia adentro. Vemos entonces que Bragg se acerca y con su mano acaricia el cuello de Allie. Luego de un instante se retira y ella continúa en el piano, pensativa. Ninguno de los dos ha visto a Everett, que entonces da vuelta al edificio e ingresa por atrás, mientras Allie sube las escaleras que conducen a las habitaciones. Poco después, vemos que Allie se dirige, en el primer piso, hacia las escaleras que descienden hasta el salón, y en ese momento se da vuelta y ve a Everett que, sentado en un extremo del pasillo, la observa. Ella, que ha subido con el pelo recogido y atado con una cinta, desciende, vacilante y pensativa, con el pelo suelto, que ahora le cae sobre la espalda. La escena sugiere que ha salido furtivamente de una habitación en la cual se ha encontrado con Bragg.

Más tarde, vemos a Everett que, con una mirada triste, se observa en el espejo, y hablando para sí mismo, dice: “Hace unos años maté a un hombre, en Tres Piedras. Es la única vez que maté ilegalmente”. Katie, en ese momento, se aproxima a Everett. Él le cuelga en el cuello, amorosamente, una cadenita con un corazón y le dice: “Me voy a ir de aquí”, mientras ella lo mira en silencio.

Por la calle central de Appaloosa vemos llegar a Everett con sus dos caballos, ya preparado para irse. Entra en la cantina y se acerca a la barra. Allí deja su placa de delegado y un revólver, diciéndole al cantinero que se lo debe dar a Bragg cuando él lo pida. Luego se encamina

al salón en donde el hacendado, inclinado sobre el piano, conversa con Allie, y le da una trompada que lo hace caer al suelo. Cuando Bragg, sorprendido, le pregunta qué está haciendo, le contesta: “Eres un hijo de puta, traicionero y cobarde”. Le dice entonces que Wallis, el cantinero, le dará un arma, y que si no sale a la calle y se enfrenta con él, regresará para matarlo. Allie, que al principio protesta diciendo: “¡Everett!”, observa la escena aterrada.

En la calle, Everett espera la salida de Bragg. Katie, mientras tanto, ha ido a buscar a Virgil. Cuando el comisario se acerca, Everett le pide que no intervenga. Y cuando él le pregunta: “¿A qué se debe esto?”, le responde: “¿Alguna vez te he pedido algo? Ahora te lo estoy pidiendo”. Mientras habla, Everett se para de perfil, en una posición que ofrece menos blanco a las balas y que podemos suponer que proviene de su formación en West Point. Bragg aparece en la puerta del salón con el revólver en la mano. Everett repite: “No te metas. Sólo esta vez, Virgil. Un favor”. El comisario da un paso atrás. Suenan dos tiros y Bragg cae, herido de muerte. Everett reemplaza en su revólver la única bala que ha disparado. Allie, horrorizada, se lleva las dos manos a la cara. Virgil y Everett se miran, en silencio. Everett monta en su caballo. Katie se acerca y él se despidió de ella tocándose el sombrero.

Mientras se va del pueblo volvemos a escuchar la voz en *off*: “Quería salvar la carrera de Virgil... y darle una oportunidad con Allie. Por lo menos, en el futuro previ-

sible. En cuanto a lo imprevisible..., estaba allá afuera, esperándome. Dirigí mis pasos hacia la puesta del Sol y cabalgué lentamente hacia el Oeste. Iba a ser un largo camino... y no había razón para prisas”.



## Capítulo 13

# La quintaesencia de convivir mejor

*Serás lo que debas ser o serás nada.*

José de San Martín

### La diferencia entre amistad y relación amistosa

El título en castellano que se le ha asignado a la película que relatamos –*Entre la vida y la muerte*– alude a uno de los temas fundamentales que se esconden detrás del duelo con revólver; un asunto infaltable en cualquier filme cuya historia transcurre en el Lejano Oeste. A esa aceptación, continua y consciente, del riesgo de morir, se refieren Cole o Hitch cuando dicen, en más de una ocasión, que si temieran a la muerte no ejercerían el trabajo al cual ambos se dedican.

Otro tema, tal vez más importante, es el de la defensa o la trasgresión del imperio de la ley, sobre un trasfondo en el cual la continua presencia de un conflicto en el contacto entre los habitantes de un lugar conduce frecuentemente al extremo de tener que jugarse la vida,

en cualquier instante, para poder vivirla de una manera digna, y a veces sólo para poder vivir. La forma impecable en que Appaloosa logra transmitir la profundidad y la sutileza que suelen alcanzar esos conflictos entre los seres humanos, cuyo vivir es siempre convivir, constituye la razón que me condujo a elegirla para finalizar este libro.

A pesar de que Virgil Cole, a primera vista, parece ser el personaje más importante, pronto nos damos cuenta de que el mayor protagonista es Everett Hitch. No sólo se trata de que, dado que la voz en *off* es suya, es en realidad el que le otorga un sentido a la historia que relata. Es además el personaje más evolucionado. Se ha formado en la Academia Militar, ha servido en el ejército y abandonó esa carrera por falta de una deseada expansión espiritual. Cole continuamente le está pidiendo que le alcance las palabras que necesita para expresarse. Hitch comparte con el comisario un mismo grado de serenidad, sensatez y sabiduría intuitivas frente a los acontecimientos de la vida, pero lo supera en su inclinación hacia reflexiones más profundas. Así lo demuestran las palabras con las cuales se inicia y finaliza la película.

Hay una cuestión, en el proceder de Everett, que suscita un particular interés: su capacidad para secundar a Cole con soltura y comodidad, sin sentirse menoscabado, sino, por el contrario, satisfecho y orgulloso por la función que cumple como “segundo” en una tarea que alcanza su mayor eficacia en virtud de que ambos

colaboran. La actitud de Everett nos revela que ha dejado muy atrás los sentimientos de rivalidad que, a pesar de que culminan en la adolescencia —en donde cumplen una función en el desarrollo y en la elaboración del Complejo de Edipo—, suelen perdurar en el adulto y quedar muchas veces confundidos con actitudes adecuadas y normales.

Cole reconoce con naturalidad ese mérito de Everett, cuando le dice que si, en su función de comisario, todavía permanece vivo, no es sólo porque sabe disparar y se ocupa de pensar en los hombres con los que se enfrenta, sino también porque Everett lo ayuda. El hecho de que Everett haya superado la necesidad de rivalizar con la habilidad del comisario —que se percibe con claridad cuando dice, sin ninguna molestia, que no conoce a nadie tan bueno como Cole en el manejo del revólver— permite que en su relación con Virgil aflore y predomine la lealtad. Como contraparte de esa lealtad, nos encontramos con la confianza de Virgil, que en ningún momento duda de la fidelidad de Everett en su conducta frente a la seducción de Allie.

Para comprobar que esa lealtad, esa fidelidad y esa confianza que recíprocamente se profesan no se sustentan en la negación de los derechos o de los principios morales de cada uno de ellos, es suficiente recordar la seriedad con la que Virgil le aclara a Everett que no está dispuesto a tolerar comentarios menospreciantes con respecto a las cosas que él valora, como sucede con Allie. Encontramos otro ejemplo de lo mismo en la cordiali-

dad con la cual ambos, luego de convivir estrechamente doce años, se separan sin queja, sin reproche y sin culpa.

Mucho de lo que llevamos dicho nos conduce al tema de la amistad. Es un tema que sobresale en el filme que nos ocupa y un sentimiento cuya importancia se revela en el hecho de que la amistad –o su antónimo, la enemistad– está presente en todas las otras formas de la relación entre personas, se trate de los vínculos entre cónyuges, padres, hijos y nietos, hermanos, primos, tíos y sobrinos, o vecinos, tanto si son colaboradores como si son competidores.

En realidad, lo que la observación atenta nos revela es que la amistad y la enemistad –como sucede con el amor y el odio– no existen puras, sino siempre mezclándose en distinta proporción. La proporción de una y otra varía en cada mezcla, pero no sucede lo mismo con la intensidad de cada una. Quiero decir con esto que, por ejemplo, la pizca de enemistad que podamos encontrar entre dos grandes amigos tendrá la misma intensidad que tiene la amistad que los une. Y que lo mismo vale, aunque parezca extraño, para el ejemplo inverso.

El tema quedaría incompleto, sin embargo, si omitiéramos señalar dos condiciones. La primera es que, como corolario de lo que acabamos de sostener, las intensidades de la amistad y la enemistad, lejos de tender a anularse mutuamente, muy por el contrario, se potencian de manera recíproca. La segunda es que la amistad o la enemistad surgen cuando la actitud amis-

tosa y su contraria alcanzan un determinado umbral de intensidad. En lugar del abuso con el cual se utiliza habitualmente la palabra “amigo”, deberíamos hablar, si ese umbral no se alcanza, de inclinaciones amistosas o inamistosas, pero no de amistad o enemistad. Cuando, en cambio, la intensidad llega al umbral que nos permite hablar “apropiadamente” de amistad o enemistad, lo que nos lleva a decir que somos amigos o enemigos es la proporción en que ambos sentimientos intervienen, no su intensidad.

## La mujer

A pesar de lo que ha dicho Sherlock Holmes, “dejemos en paz a la mujer”, esta historia –como cualquier otra historia– desaparecería como el humo que se lleva el viento si omitiéramos hablar de quien es la inspiradora y última destinataria de lo que hace el hombre. ¿Qué otro sentido puede tener, si así no fuera, la afirmación de que el sexo es el símbolo privilegiado y el mejor paradigma de nuestra incompletitud radical e inexorable?

Cuando aparece en escena la señora French, Virgil pasa muy rápidamente de estar interesado a sentirse conmovido; y vemos a Everett, desde el primer momento, atento y reflexivo. Pero es recién cuando Virgil y Allie se muestran especialmente sonrientes después de haber pasado la primera noche juntos, y él dice, durante el desayuno compartido con Everett, que la relación con ella “va de maravilla”, cuando empieza a comportarse como un enamorado. Everett se dará cuenta del

enamoramiento de su amigo un día después, cuando Virgil se disgusta intensamente frente a sus comentarios “menospreciantes”.

“Enamorado” significa que Allie es, para Virgil, distinta a todas las demás mujeres. Más adelante él lo dirá elocuentemente cuando describe un elenco completo de sus méritos. Ahora, mucho antes del haber descubierto todas sus virtudes, estar enamorado significa que lo que ha conocido de ella ha sido suficiente como para que la haya “elegido” como la mujer de su vida y haya “dirigido hacia ella” el apego perdurable que, junto con la “química” que lo pone en marcha, da lugar a la lealtad. Una lealtad que convierte el enamoramiento en un amor que tiende a permanecer inmune ante cualquier desilusión. Así nace el cariño que lo conduce a decir, sin la más mínima duda, a pesar de lo que ha sucedido y de lo que tal vez suceda, que él no la piensa dejar y que la cuidará todo el tiempo que sea necesario.

Allie, en cambio, está contenta esa mañana por muy diversos motivos. Virgil comprará una hermosa casa para que vivan juntos. Viuda y con un solo dólar, se siente sola, desprotegida y débil. Vive —“como un cachorrito”, dice el comisario— pendiente del contacto protector de Virgil, y cuando él “no la mira”, porque está trabajando, le acomete el temor de que ya no la quiera lo suficiente como para permanecer con ella. La misma Allie lo explicará más tarde y, con la sinceridad conmovedora que se encuentra en los niños, llegará a

decir que cuando se acostó con Ring, “hizo lo que tenía que hacer”.

Para Everett eso está claro: no se trata de amor; lo que ella busca es la seguridad, y la busca con un miedo permanente a equivocarse, “recostándose” sobre el que en ese momento es “el que manda más”. Katie también lo sabe, por eso dice que Allie tiene a Everett “de reserva” y que el amor es algo muy difícil para una mujer que vive en el Lejano Oeste. La relación de Everett con Katie transcurre por otro camino. Katie no lo ha elegido para que la proteja ni se haga cargo de su vida, sino para disfrutar en el presente del amor que los une. Es, además, un amor distinto. Everett no encuentra en ella a la mujer “que le ha movido el piso” desencadenando su apego. Su contacto con ella, tierno y cariñoso, lo conduce a regalarle un colgante con un pequeño corazón. Pero cuando, ya sin trabajo, debe enfrentar las aventuras riesgosas de un futuro incierto, siente que necesita disponer de todas sus fuerzas y elige dejarla.

Virgil también comprende el origen de la infidelidad de Allie, porque ha sobrevivido aprendiendo a enfrentar la realidad; siempre, sin importar cuán dura fuera. Pero después de haber vivido con ella la maravilla de encontrar lo que ni siquiera sabía que le hacía tanta falta, sabe que ya la ha “elegido”. Y aunque es capaz de aceptar que ella lo deje, no está dispuesto a renunciar al apego y al cariño que han cambiado su vida.

## Poder, deber y querer

Lo que Randall Bragg busca es el poder; y lo busca de un modo que limita su querer a la monotonía de querer más poder. Lo arrastra la ilusión de que es esa la manera en que se llega a lo máximo: poder tenerlo todo. La ambición que lo motiva arrasa los influjos del deber hasta el punto en que, continuamente, pasa por encima de la ley; y también de la realidad que le muestra, por ejemplo, que Everett es más hábil en el uso del revólver.

Cole y Hitch, en cambio, ajustan su ambición a lo que ganan dedicándose al servicio de la ley. Virgil lee continuamente a Emerson, quien escribe que cumplir con el deber es tan duro en la vida real como en la intelectual. Y la dificultad aumenta cuando, como sucede muchas veces, la línea que separa el deber del querer se desdibuja. Por ese motivo, mientras se encaminan en Río Seco hacia el lugar en donde deberán enfrentarse con los Shelton, Everett —a quien Virgil le ha dicho antes, aludiendo al duelo, que Allie ya nunca se acostará con Ring— le recuerda que siempre les ha ido bien porque nunca han permitido que en su trabajo se mezclaran los asuntos personales. Cole lo sabe, y lo demuestra cuando le dice a Everett: “Yo quería a Allie en el pueblo y la voy a querer cuando vuelva. Pero ahora hay algo huyendo, y lo queremos agarrar”.

Recordemos que Virgil afirma que siempre que ha matado ha sido en defensa de la ley. Recordemos también que cuando Everett dice que no se toma la cuestión legal muy en serio, pero que en cierto modo eso le jus-



tifica el ganarse la vida como pistolero, Virgil añade que si él no se lo tomara en serio, se vería obligado a preguntarse qué clase de hombre es. Everett, en cambio, reconoce que una vez ha matado ilegalmente; y lo reconoce poco antes de decirle a Bragg que si rehúye el duelo, él regresará para matarlo en el medio del salón. Otra vez se mezcla el querer con el deber. ¿No es cierto acaso que Everett explica su actitud diciendo que “quería salvar la carrera de Virgil... y darle una oportunidad con Allie”? Por eso, porque es algo que quería, Everett renuncia, antes de hacerlo, a su cargo de alguacil. También por eso, cuando le dice a Virgil que no intervenga, le aclara que le está pidiendo, por primera vez, un favor “personal”.

Se desdibuja la línea, decíamos, que separa lo que se debe de aquello que se quiere, pero si esa indeterminación sucede, es porque a veces —como ocurre con Everett— lo que se quiere es algo noble. En el otro extremo, en el del querer innoble, imposible de confundir con el deber, tenemos lo que ha sucedido con los ciudadanos prominentes de Appaloosa. Ellos quisieron la ayuda de Cole y de Hitch porque querían liberarse de Bragg, el asesino. Y cuando, tiempo después, lo reciben diciendo “Sr. Bragg, qué gusto verlo”, como si ese hombre rico y elegante no fuera el mismo Bragg, ya no quieren que el comisario y su ayudante continúen en sus cargos.

Cole y Hitch lo sabían sin necesidad de que Bragg se los dijera. Ya no tendrán en Appaloosa el trabajo al cual ambos se dedican, pero Allie no quiere abandonar su casa, Virgil se quedará con ella, y Everett comprende

que debe separarse de su amigo, cuando cierra los ojos mientras dice: “Está bien”.

Frente a los frecuentes desequilibrios entre el poder, el deber y el querer, que —como sucede en la vida real— perturban a la mayoría de los personajes de la historia que el filme narra, Cole y Hitch nos conmueven porque, comportándose con la pertinacia con la cual un “tente en pie” se mantiene parado, logran una y otra vez evitar que las actitudes equivocadas que el entorno adopta y promueve los arrastren. Ni la ambición de poder que se asocia al dinero abundante que caracteriza al hacendado, ni la atracción del deseo vinculado al sexo, que atiza las llamas de la rivalidad, ponen una “cortina” demasiado espesa entre la intimidad de sus afectos en su vida “privada” y la conducta que asumen en su vida pública. En esa capacidad para mantener el equilibrio entre el poder, el deber y el querer, que ambos nos muestran, encontramos la quintaesencia de lo que nos ayuda a convivir mejor.

El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez, puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo, puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?

Chuang-Tzu (398-286 a. C.)

Citado por Robert Burton en *On Being Certain*



## Índice de autores citados

- Ackerman, Dianne, *Historia natural de los sentidos*.
- Ackerman, Dianne, *Historia natural del amor*.
- Bateson, Gregory, *Espíritu y naturaleza*.
- Buchanan, Mark, *Nexus*.
- Burton, Robert, *On Being Certain*.
- Chiozza, Gustavo, “El malentendido en los vasallajes del yo”.
- Chiozza, Gustavo, “Del malestar en la cultura al ‘bienestar moral’”.
- Chiozza, Luis, *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*.
- Chiozza, Luis, *El valor afectivo*.
- Chiozza, Luis, *Las cosas de la vida. Composiciones sobre lo que nos importa*.
- Chiozza, Luis, *Tú y yo. ¿Debemos, podemos, queremos?*
- Chiozza, Luis, *La culpa es mía. La construcción de la culpa*.
- Chiozza, Luis, *El interés en la vida. Sólo se puede ser siendo con otros*.
- Chiozza, L. y Obstfeld, E., “Psicoanálisis del trastorno diabético”.
- Chiozza, Luis; Dayen, Eduardo y Salzman, Roberto, “Fantasía específica de la estructura y el funcionamiento óseos”.
- Chiozza, Luis, “Nuestra contribución al psicoanálisis y la medicina”, en *Obras Completas*, tomo introductorio.

- Coveney, Peter y Highfield, Roger, *Frontiers of Complexity*.
- Dawkins, Richard, *El gen egoísta*.
- Ernout, A. y Meillet, A., *Dictionnaire Étymologique de la Langue Latine*.
- Freud, Sigmund, "La iniciación del tratamiento".
- Freud, Sigmund, "Introducción del narcisismo".
- Freud, Sigmund, "Los que delinquen por conciencia de culpa".
- Hofstadter, Douglas, *Gödel, Escher y Bach*.
- Ho, Mae-Wan, *The Rainbow and the Worm. The Physics of Organisms*.
- Judt, Tony, *Algo va mal*.
- Kant, Emanuel, *Crítica de la razón práctica*.
- Kline, Morris, *Mathematics: The Loss of Certainty*.
- Lipton, Bruce, *The Biology of Belief*.
- Margulis, Lynn y Sagan, Dorrión, *Microcosmos*.
- Margulis, Lynn y Sagan, Dorrión, *Origin of Sex*.
- Margulis, Lynn y Sagan, Dorrión, *¿Qué es el sexo?*
- Margulis, Lynn y Sagan, Dorrión, *La danza misteriosa*.
- Margulis, Lynn; Asikainen, Celeste y Krumbeing, Wolfgang, *Chimeras and Consciousness. Evolution of the Sensory Self*.
- Maturana, Humberto y Varela, Francisco, *Autopoiesis y cognición. La realización del viviente*.
- Ortega y Gasset, José, *El hombre y la gente*.
- Pierce, Charles, *La fijación de la creencia. Cómo aclarar nuestras ideas*.
- Peirce, Charles, *Chance, Love and Logic*.

- Prigogine, Ilya y Stengers, Isabelle, *La nueva Alianza. Metamorfosis de la ciencia.*
- Racker, Enrique, *Psicoanálisis y ética.*
- Rothbard, Murray N., *Lo esencial de Ludwig von Mises.*
- Rothbard, Murray N., *What Has Government Done to Our Money?*
- Russell, Bertrand, *Religión y ciencia.*
- Sebeok, Thomas y Umiker-Sebeok, Jean, *Sherlock Holmes y Charles Peirce.*
- Taleb, Nassim, *El cisne negro.*
- Thomas, Lewis, *Las vidas de la célula.*
- Thom René, *Esbozos para una semiótica.*
- Von Mises, Ludwig, *La acción humana. Tratado de economía.*
- Von Uexküll, Jacob, *Ideas para una concepción biológica del mundo.*
- Von Weizsaecker, Victor, *Patosofía.*
- Wilber, Kent, *Sexo, ecología, espiritualidad.*

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres  
Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en marzo de 2013.